

Pablo Rieznik

LAS FORMAS DEL TRABAJO Y LA HISTORIA

**Una introducción al estudio
de la economía política**

Editorial Biblos
PENSAMIENTO SOCIAL

Rieznik, Pablo

Las formas del trabajo y la historia: una introducción al estudio de la economía política -

4ª ed. - Buenos Aires, Biblos, 2009

157 pp.; 23 x 16 cm

ISBN 978-950-786-382-0

Primera edición: agosto de 2003

Segunda edición: julio de 2004

Tercera edición: febrero de 2007

Diseño de tapa: *Luciano Tirabassi U.*

© Pablo Rieznik, 2003, 2004, 2009

© Editorial Biblos, 2003, 2004, 2009

Pasaje José M. Giuffra 318, C1064ADD Buenos Aires

info@editorialbiblos.com / www.editorialbiblos.com

Hecho el depósito que dispone la Ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Esta cuarta edición fue impresa en

Primera Clase, California 1231,

Buenos Aires, República Argentina

en septiembre de 2009.

Índice

Presentación	9
---------------------------	---

INTRODUCCIÓN

Las formas del trabajo y la historia	13
El trabajo en la historia	14
Una actividad vital	17
Trabajo y naturaleza humana	19
El cerebro, la mano, el trabajo	22
Trabajando para no trabajar	25
El reino de la libertad... ..	28

PRIMERA PARTE

Capítulo 1	
La economía como ciencia	31
El asombro, la apariencia y la esencia	32
Teoría y algo más, cada vez más: el movimiento	36
Absoluto y relativo, materialismo y especulación	40
La ciencia como economía y la ciencia social	42

Capítulo 2	
La anatomía de la sociedad moderna	45
Las tres fuentes	47
La historia, la economía y su misterio	50
El trabajo del hombre	53
El trabajo alienado	55

Capítulo 3	
Trabajo alienado y mercancía	59
Todo al revés	59
La superación del trabajo como enajenación	63
¿Qué es eso llamado “mercancía”?	66
Comprender el valor	69

Capítulo 4

El capital como relación social	71
Poseedores y desposeídos contemporáneos	72
El contenido de la relación capitalista	73
La expropiación del capital	77

Capítulo 5

La plusvalía y la ley del valor	79
Historia de un problema	79
De Smith y Ricardo a Marx: la solución	82
Plusvalía y, nuevamente, la alineación	85
La fórmula del valor (resumen)	87

Capítulo 6

La ganancia y el fundamento de la decadencia capitalista	91
Plusvalía y ganancia	91
Valor y precio: la transformación	93
La caída tendencial de la tasa de ganancia	95
El límite del capital	99

SEGUNDA PARTE

Capítulo 7

Ciclo y crisis	105
La función de la crisis y su manifestación	106
Las mercancías y la razón última de la crisis	109

Capítulo 8

Capitalismo e historia contemporánea	111
Revolución social	114
La ex Unión Soviética y el socialismo	117
Stalinismo y posguerra	121
Final de época	125

Capítulo 9

La economía mundial como punto de partida	
Internacionalización del capital e imperialismo	127
Introducción	127
Economía mundial (comercio exterior) y capitalismo	128
Monopolio y capital financiero	133
Imperialismo e internacionalización del capital	141
Nota sobre los países atrasados	146
Economía mundial: tendencias y contradicciones	149
Bibliografía citada	155

Presentación

Las formas del trabajo y la historia. Una introducción a la economía política es el resultado de una ya larga experiencia en el dictado de la materia, o de cursos vinculados al tema, en facultades de varias universidades nacionales, especialmente en la de Buenos Aires. Se trata de una labor demorada, en particular si se tiene en cuenta su factura específica. Nos referimos al hecho de que su base son clases grabadas, cuyo registro particular ha motivado correcciones y agregados que, no obstante, no alteran lo esencial. El punto de partida fueron las versiones de los últimos años, que acreditan el acervo de una labor decantada con el tiempo. Añadimos, además, una introducción que, deliberadamente, denominamos con el título de la obra y que originalmente fuera publicada en la revista *Razón y Revolución*, como parte de las tareas de investigación realizadas en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

El libro que ahora presentamos define el objeto de estudio de la economía política como una forma social específica e históricamente determinada que asume el trabajo de los hombres. No es lo que normalmente se acepta en los manuales y textos convencionales, en los cuales la economía se presenta como una suerte de lógica abstracta que relaciona medios (escasos) y fines (múltiples), una especie de técnica de la administración eficiente. La economía tampoco puede comprenderse como una ciencia referida al metabolismo de la producción en términos genéricos y ahistóricos. Al revés, es un producto de las circunstancias muy precisas que se identifican con el modo de producción capitalista. Esto significa también, que lo que aquí introducimos es el estudio de lo que se llama la “crítica de la economía política” en el sentido que tiene tal concepto en la tradición marxista, insustituible en la materia. La “crítica”, entonces, desbordando el límite de lo “económico”, se plantea en los términos de una visión científica más general de la dinámica de la sociedad moderna. Por esta misma razón el énfasis es colocado, de manera sistemática, en un enfoque histórico y sociológico que contribuye a destacar la especificidad de la economía política. Esto domina el hilo de todo el texto, como

puede verificarse en los títulos de los capítulos del libro. El eje central es, indudablemente, poner en relieve el carácter de una época marcada por el agotamiento de un sistema social, económico y político que es el resultado de su propio desarrollo. El lector confirmará si hemos conseguido esclarecer un problema vital de nuestra existencia como sociedad en el mundo de hoy.

Es preciso advertir que las clases que sirvieron como elemento original en la configuración del libro marcan su estilo, algunas reiteraciones, sus pretensiones pedagógicas, la excesiva libertad en el uso de las referencias bibliográficas en la mayoría de sus capítulos y aun cierta informalidad. Claro que no es la primera vez que se realiza una producción de este tipo, que naturalmente tiene ventajas que el autor no necesita explicar. Theodor Adorno condenó en su oportunidad las publicaciones de esta índole. Aludió al carácter efímero y provisorio del discurso del habla en contraste con la elaboración previa de la palabra escrita. El argumento, sin embargo, precede su texto *Introducción a la sociología*, presentado como el protocolo de un discurso oral que tuvo "su verdad en su propia transitoriedad"... y que precede a sus clases grabadas en 1968. Si se trata de justificaciones, entonces, conviene apelar a antecedentes relevantes que, por supuesto, apenas sirven de pretexto y no como punto de comparación.

Este trabajo no hubiera sido posible sin la colaboración de María Sánchez, quien me alentó desde siempre a encarar su producción y se esmeró en la transcripción, edición y lectura del texto, así como de la traducción del capítulo IX, "La economía como punto de partida". En este caso la "clase" respectiva fue sustituida por un texto que remite al mismo tema, pero que naturalmente tiene las ventajas del texto escrito. Marina Rieznik y Graciela Molle dedicaron también su tiempo a la lectura del original. Todas ellas tuvieron el tino de formular reparos a ciertas imprecisiones que fueron eliminadas y la indulgencia de escuchar los argumentos que, en otros casos, justificaban el carácter de una trama del habla que el autor frecuenta. Con mucha profesionalidad en un área que ciertamente no domino, Mónica Urrestarazu contribuyó a dar el formato a la edición definitiva. Por eso el agradecimiento que corresponde por toda la ayuda para que este libro sea entregado a la consideración de sus lectores, entre quienes imaginamos no sólo a universitarios vinculados a las carreras de humanidades y ciencias sociales sino también al público no especialista interesado en indagar la naturaleza de la sociedad en la cual vivimos.

P. R.

INTRODUCCIÓN

Las formas del trabajo y la historia

Es un hecho que, en el nacimiento de la economía política y de la sociología modernas —disciplinas que ciertamente conocen un origen común—, el concepto de trabajo y su significado ocupan un lugar central y privilegiado. No es menos evidente que el descubrimiento y la dilucidación del papel del trabajo en nuestra época deriva de las propias transformaciones que hicieron del trabajo humano y de sus resultados materiales una potencia práctica sin precedentes en cualquier período histórico previo. En este sentido, el trabajo como fuerza productiva aparece como un producto del capitalismo, es decir, de las relaciones de producción que son la peculiaridad de la sociedad burguesa.

Es claro, sin embargo, que la propia modernidad es imposible de ser concebida sin un desenvolvimiento propio de los resultados del trabajo. Es la capacidad humana de transformar la naturaleza la que en un estadio histórico determinado de su evolución creó las condiciones que permitieron, primero, la acumulación original de capital y, más tarde, el despliegue de la industria, la configuración de mercados compatibles con la extensión y los requerimientos de la circulación en escala nacional e internacional. El trabajo, la posibilidad del hombre de adecuar especialmente el entorno a sus necesidades, es, en definitiva, la condición de su misma supervivencia. Pero sólo con el capitalismo el poder social del trabajo encuentra una dinámica y un modo de producción que hacen de su rendimiento creciente la clave misma de su existencia. El crecimiento sistemático es una necesidad de la propia producción capitalista y una forma de existencia compulsiva de los propietarios de los medios de producción. El capitalismo se constituye como tal haciendo de la potencia del trabajo una configuración societal específica, creando una clase trabajadora completamente separada de las condiciones e instrumentos de su propio trabajo y que sólo puede existir vendiendo su capacidad subjetiva de trabajar. La investigación sobre el carácter de este trabajo y su capacidad de multiplicar sus frutos en una dimensión completa-

mente desconocida en épocas pretéritas es fundante para toda la ciencia social moderna y para la economía en particular.

El trabajo en la historia

En la historia anterior, el trabajo ni siquiera era concebido como algo propio de la actividad humana, es decir, como un atributo específico de la acción del hombre dirigida a asegurar y crear las condiciones de su propia vida de un modo único y que le es propio. No se identificaba la riqueza con el trabajo en ningún sentido. De un modo general, en el mundo antiguo y durante un largo lapso posterior, hasta el final de la Edad Media prevaleció una cosmovisión organicista y sexuada: "La Tierra concibe por el Sol y de él queda preñada, dando a luz todos los años", según la expresión aristotélica.¹ La riqueza era un don de la tierra, imposible de ser creada o reproducida por la intervención del mismo hombre que, en todo caso, se limitaba a descubrirla, a extraerla y consumirla. La idea misma de producto o producción humana estaba completamente ausente en la Antigüedad. Dominaba la creencia de que aquellos materiales que aseguraban al ser humano su reproducción existían apenas como resultado del vínculo mencionado entre la Tierra y las potencias celestes, a las que normalmente se les asignaba el atributo de la masculinidad. En la unión, entonces, del Cielo y la Tierra debía buscarse el origen de los animales, las plantas o los minerales "paridos" por esta última, e incluso no faltan mitos y leyendas que atribuyen al propio hombre este origen. La mitología de la fecundidad de la agricultura, del arado y de la metalurgia se inscribe ya bajo el dominio del dios fuerte, del macho fecundador, de la Madre-Tierra, del dios del cielo que clavaba en la tierra su hacha y su martillo, originando así el rayo y el trueno. De ahí el carácter mágico asignado primero al hacha de piedra y después al martillo del herrero, que no hacía sino imitar simbólicamente el gesto del dios fuerte.

Las prácticas agrícolas nacieron como ritos tendientes a propiciar este maridaje originario y, con ello, los frutos obtenidos. El arado comenzó siendo un instrumento en estas prácticas rituales de culto a la fertilidad: tirado por un buey que se consideraba símbolo celeste y guiado por un sacerdote, penetraba en las entrañas de la Madre-Tierra asegurando su fecundidad; la siembra misma y el abonado constituían otros tantos ritos para propiciar la fertilidad vegetal, a la cual se asociaba la propia vida sexual del hombre. Es el motivo por el cual las prácticas orgiásticas estaban entonces abundantemente relacionadas con la agricultura en la historia de las religiones. Posiblemente también pudo obedecer a la intención de facilitar esa unión sexual entre el Cielo y la Tierra, y la consiguiente fertilización de esta última, la idea de recubrir de hierro la punta del arado que iba a penetrar en la Madre-Tie-

1. Véase J.M. Naredo, *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1987. De aquí se extrajeron los conceptos sobre este tema.

rra. Lo cierto es que el hierro de los meteoritos fue el primero en utilizarse para tal finalidad y que igualmente se atribuía a la influencia celeste la producción de los minerales en el seno de la tierra: el oro crece por la influencia del Sol, la plata por la de la Luna, el cobre gracias a la de Venus, el hierro a la de Marte, el plomo a la de Saturno...

En este contexto, en consecuencia, la idea misma de producción humana carecía de sentido; la riqueza no era producida ni acumulada por el hombre. Una visión de tal carácter implicaba además la idea de evolución y progreso, algo que se encuentra completamente ausente en las diversas ideologías anteriores a la modernidad. Prevalecía, al contrario, la idea de la degeneración de la sociedad humana. El verso de Horacio "*Damnosa quid non inminuit dies*" ("El tiempo deprecia el valor del mundo") expresa el axioma pesimista aceptado en la mayor parte de los sistemas de pensamiento de la Antigüedad.

El trabajo para el mantenimiento de la vida era concebido, por lo tanto, apenas como una compulsión, tarea obligada y penosa, ejercicio propio del degradarse, extraño a aquello que podría caracterizar lo más elevado de la esencia del hombre como tal. En la Grecia clásica, el trabajador era esclavo, no era hombre; el hombre no trabajaba. No hay en la lengua griega una palabra, por lo tanto, para designar el trabajo humano con la connotación que le otorgamos en la actualidad. Tres sustantivos designaban, a su modo, actividades que hoy identificamos con el acto propio del trabajo: labor, *poiesis* y praxis.²

Labor refería a la disposición corporal en las tareas pertinentes del hombre para mantener su ciclo vital y, por lo tanto, asegurar la perpetuación de la especie, bajo el dominio de los ritmos propios de la naturaleza y del metabolismo humano. El campesino ejerce una labor cuando, mediante su intervención, se pueden obtener los frutos de la tierra; pero también se expresa como labor la actividad de la mujer que da luz a un nuevo ser. La labor excluye una actitud activa y un propósito propio de transformar la naturaleza o de conformarla a las necesidades humanas. Implica pasividad y adaptación del agricultor a las leyes suprahumanas que determinan la fertilidad de la tierra y de los ciclos naturales.

Poiesis define, en cambio, el trabajo que no se vincula a las demandas de la supervivencia; es el hacer y la creación del artista, del escultor, del que produce un testimonio perenne y libre (no asociado a las exigencias inmediatas de la reproducción de su vida). *Poiesis* es la trascendencia del ser, más allá de los límites de su existencia, lo que se manifiesta en una obra perdurable, un modo de afirmarse en el mundo natural y sobrenatural.

Praxis, finalmente, es la identificación de la más humana de las actividades. Su instrumento es también algo específicamente humano: el lenguaje, la palabra; y su ámbito privilegiado es la vida social y política de la comunidad, de la *polis*. Mediante la praxis el hombre se muestra en su verdadera

2. Véase Susana Albornoz, *O que e trabalho*, São Paulo, Cortez, 1998.

naturaleza de hombre libre y consecuentemente de animal político, de ciudadano, de miembro de una colectividad, que es lo que le da sentido a su vida individual. Como ha sido señalado al respecto, el concepto de "derecho natural del individuo" es ininteligible para los griegos. Como es sabido, corresponde a Aristóteles la definición recién citada de que el hombre es, por sobre todas las cosas, un animal político "[ya que] es manifiesto que la ciudad es por naturaleza anterior al individuo, pues si el individuo no puede de por sí bastarse a sí mismo deberá estar, con el todo político, en la misma relación que las otras partes lo están con su respectivo todo. El que sea incapaz de entrar en esta participación común, o que, a causa de su propia suficiencia, no necesita de ella, no es más parte de la ciudad, sino que es una bestia o un dios. En todos los hombres hay, pues, por naturaleza, una tendencia a formar asociaciones de esta especie". La praxis griega, por lo tanto, tan distante de la apreciación moderna sobre el carácter del trabajo, incorpora ya, no obstante, una dimensión absolutamente social vinculada con la conciencia, con el hablar, con la comunicación entre los hombres: es decir, un principio constitutivo del trabajo que le es intrínseco al trabajo cuando se lo considera como actividad exclusiva de la especie humana.

En el mundo antiguo, el trabajo que podemos llamar "intelectual", el que se identifica con la libertad y la esencia del hombre, se presenta como opuesto a la naturaleza servil y humillante del trabajo físico. La tarea del artesano, aun cuando no fuera esclavo, no resultaba una manifestación libre del productor, puesto que era una elaboración dirigida y condicionada a la satisfacción de una necesidad inmediata del consumidor y, al mismo tiempo, un recurso, un medio, para el sostenimiento del mismo productor. Esclavo del objeto y de las necesidades del usuario, el artesano no se diferencia de las herramientas y los medios de trabajo de que dispone. Importa no el proceso de trabajo sino su resultado, que no aparece como creación sino como configuración determinada por la realidad independiente o determinante del objeto a ser usado o consumido. La actividad libre es la que no genera nada y se manifiesta externa a la compulsión física del objeto o la necesidad material. Una actividad que no se presenta, además, como resultado social de un determinado desarrollo productivo (que permite que el hombre libre no trabaje porque subsiste merced al trabajo de otros). Trabajo y no trabajo, con el significado aquí descripto, se encuentran en una oposición dada e irreductible, natural y eterna.

Los mitos y la religión fijaron esta característica como escatológica: en la tradición judeo-cristiana el trabajo productivo se presenta, entonces, como carga, pena y sacrificio impuestos como castigo a la caída del hombre en la miseria de la vida terrenal. Trabajo y sudor, parto y dolor: consecuencia del pecado original es la célebre expresión bíblica del trabajo que lo estigmatiza como condena, doblemente asociada a la tarea material para mantenerse en el hombre y para reproducir a la especie en la mujer.

Esta concepción primitiva del trabajo se encuentra, asimismo, en el sentido etimológico de la propia palabra en la lengua latina. Trabajo deriva

de *tripalium*, una herramienta configurada con tres puntas afiladas, que se utilizaba para herrar los caballos o triturar los granos.³ En cualquier caso, *tripalium* era, asimismo, un instrumento de tortura, y por esto mismo *tripaliare* en latín significa torturar; identifica el trabajo con la mortificación y el sufrimiento.

Otras palabras latinas tienen un contenido más atenuado para denotar esfuerzo humano dirigido a un fin, una connotación implícita en las definiciones genéricas de trabajo, como aparecen en los verbos *laborare* y *obrar*. El énfasis en el padecimiento de la actividad —o, alternativamente, en su resultado y en el carácter creativo de ésta— recorre el sentido etimológico de ambas expresiones, sentido que se traslada a la mayoría de las lenguas modernas, no sólo a las de origen latino, y a la definición misma de trabajo en cualquier diccionario moderno de nuestro idioma. Los sustantivos *labour* y *work* en inglés, *Arbeit* y *Werk* en alemán, acentúan la misma dicotomía; *labour* y *Arbeit* se usan para denotar pena y cansancio; *work* y *Werk*, para expresar más bien el carácter activo de la tarea humana definida en el campo del trabajo. Como en alemán *Arbeit* deriva del latín *arvum*, que significa terreno arable, numerosos estudios infieren que la palabra traduce el pasaje prehistórico de la cultura de la caza y de la pesca a la cultura agraria basada en la crianza de animales y en la labranza de la tierra.⁴

Una actividad vital

En la misma medida en que trabajo implica una relación de actividad entre el hombre, sus dispositivos físicos y biológicos, y el medio circundante, su apreciación está históricamente dominada por el tipo particular de vínculo que se postula como humano entre el individuo, la sociedad y la naturaleza. La relación entre el hombre y el mundo natural no implica todavía, *per se*, la conciencia clara de actividad propia o diferenciada; para esto debemos considerar la historia concreta de tal relación, es decir, que el hombre se humaniza, se convierte en ser natural diferenciado, como resultado de su creciente independencia del medio. La conciencia sigue a la existencia y es claro que la existencia humana se construye como tal en un sendero que conduce de la extrema dependencia de las fuerzas elementales de la naturaleza a la capacidad de comprenderlas y dominarlas. En la Antigüedad, por la completa sumisión del hombre al dominio de la fuerza natural, la vida activa sólo puede ser concebida como humana cuando se emancipa del puro mundo naturaleza *latu sensu*. La vida activa, como elemento diferenciador de lo humano, contradictoriamente, es contemplación e inclusive pasividad con relación a la actividad productiva. Las palabras y sus connotaciones, en consecuencia, carecen de significado si son abstraídas de la historia real.

3. Véase Istvan Meszaros, *La teoría de la enajenación en Marx*, México, Era, 1970.

4. Véase Marcelle Stroobants, *Sociologie du travail*, París, Nathan, 1993.

Existe, no obstante, el peligro de unilateralizar este último criterio y, en lo que nos ocupa —el trabajo humano y su representación en el pensamiento de los hombres—, el de concluir en la imposibilidad de encontrar un concepto, un sustrato común, a aquello que el trabajo designa en diversas etapas históricas. Se ha dicho, por ejemplo, que el trabajo es una “invención” moderna, que no existió siempre y que no puede ser concebido como inherente a la condición humana.⁵ Tal planteamiento invoca como prueba el hecho de que la noción de trabajo no existe en numerosas sociedades y que sólo en la modernidad, en el mundo burgués, se lo distingue de otras actividades y se delimita con una fisonomía propia, indistinguible en cualquier época precedente.⁶ También Jürgen Habermas ha criticado lo que considera una concepción antropológica y no histórica del trabajo porque la primera aludiría a una dimensión metafísica, vaga y genérica, que identifica al trabajo como una necesidad derivada de la supervivencia.⁷

Pero, ¿son necesariamente opuestas y excluyentes la concepción antropológica e histórica del trabajo, como sugiere Ernest Mandel?⁸ La cuestión se traslada en este punto al campo de la epistemología porque es indudable que supera el terreno circunscripto de la realidad material y de la categoría conceptual del trabajo. Concebir la historia sin continuidad es un error similar al de abordarla como un proceso sin rupturas. La sustancia antropológica del trabajo no violenta su carácter esencialmente histórico que se manifiesta en el hecho de que el trabajo —como lo conocemos hoy— no existía en el pasado, y que debemos reconocerlo aun allí donde “no existía”. Precisamente porque existe ahora, debemos advertirlo a partir de su “no existencia”, es decir, de su carácter tan embrionario, pleno de precariedad natural y de naturalidad no humana. El descubrimiento es sólo posible a posteriori, del mismo modo como es el organismo desarrollado el que permite explicar el menos desarrollado y como —según la conocida tesis— es la anatomía del hombre la que permite entender la del mono. El trabajo moderno permite, entonces, entender el trabajo pasado, iluminar lo que en una circunstancia histórica precedente no podía ser delimitado ni pensado. De esta manera, aunque el concepto de trabajo es, según Marx, una “categoría totalmente simple” y como representación del trabajo en general es muy antigua, es la “más simple y antigua en que los hombres aparecen como productores”; sin embargo, solamente en su forma de existencia moderna, cuando se presenta como indiferente con relación a un trabajo determinado, como la facilidad de pasar de un trabajo a otro, como medio general de crear riqueza y no como “destino particular del

individuo”, es que se vuelve, por primera vez, “prácticamente verdadera”, una categoría tan moderna como las relaciones que la producen: las abstracciones más generales, de hecho, “surgen sólo donde se da el desarrollo más rico de lo concreto”.⁹

El carácter sustantivo, antropológico, natural, del trabajo humano es muy claro en Marx, a pesar de que no son pocos los marxistas que intentan negarlo. En uno de los más conocidos y fundacionales manuales modernos de sociología del trabajo se plantea que nadie ha definido con más vigor que el mismo Marx la relación del hombre con la naturaleza en la actividad del trabajo; concebido, entonces, como un rasgo específico de la especie humana.¹⁰ Conforme a tal definición:

El trabajo (dejando de lado todo sello particular que haya podido imprimirle tal o cual fase del progreso económico de la sociedad) es, ante todo, un acto que tiene lugar entre el hombre y la naturaleza. Al trabajar, el hombre desempeña frente a la naturaleza el papel de un poder natural, pone en acción las fuerzas de que está dotado su cuerpo, brazos y piernas, cabeza y manos, a fin de asimilar las materias dándoles una forma útil para su vida. Al mismo tiempo que, mediante este proceso, actúa sobre la naturaleza exterior y la transforma, transforma también su propia naturaleza desarrollando las propias facultades que en ella dormitan.¹¹

En lo que se refiere al propio Marx, esta definición del trabajo de su obra más elaborada se encuentra en total armonía con el concepto fijado en sus trabajos juveniles. Casi, diríamos, de un modo brutal: “El total de lo que se llama la historia del mundo no es más que la creación del hombre por el trabajo humano”.¹²

Trabajo y naturaleza humana

La formulación marxista es, de todos modos, el punto culminante de un largo período de desarrollo del pensamiento científico que debe remontarse a los finales de la Edad Media. Se trata de una época en la cual la relación entre el hombre y la naturaleza adquiere una nueva dinámica y se busca una definición nueva y original del trabajo. Pierre Naville y Georges Friedmann citan la apreciación del filósofo inglés Francis Bacon sobre el arte (en el sentido de artes y oficios) como “el hombre añadiéndose a la naturaleza”, fórmula cuyas prolongaciones pueden encontrarse en Descartes y en los enciclopedistas franceses. En lo que Bacon denomina “arte” se había refugiado durante

5. Véase S. Albornoz, ob. cit.

6. Véase Michel Freyssenet, “Historicité et centralité du travail”, en Jacques Bidet y Jacques Texier, *La crise du travail*, París, Actuel Marx-Presses Universitaires de France, 1995.

7. Citado por M. Freyssenet, ob. cit.

8. Ernest Mandel, *La formación del pensamiento económico de Karl Marx*, México, Siglo Veintiuno, 1986. (El autor retoma la concepción de Habermas que contrapone la idea antropológica y la histórica del trabajo.)

9. Ídem.

10. Véase Mario A. Manacorda, *Marx e a pedagogia moderna*, São Paulo, Cortez, 1996.

11. Pierre Naville y Georges Friedmann, *Sociología del trabajo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958.

12. Karl Marx, *El capital* [1864-1877], México, Siglo Veintiuno, 1977, cap. VII.

la Edad Media la actividad empírica y práctica que designaba la acción de intercambio entre el hombre y la naturaleza: la transformación de objetos, la producción de la "obra". El arte era aquello que caracterizaba el oficio de un artesano, la tarea del artista, los propósitos de la alquimia; un saber que se consideraba ajeno al pensamiento abstracto y a los procedimientos típicos de la ciencia, exclusivos de un campo intelectual y espiritual que no podía contaminarse con el experimento o con la materialidad inmediata, azarosa y semiesotérica que caracterizaba el dominio del arte.¹³ Eran, por lo tanto, ámbitos que se oponían: no se pensaba que la ciencia pudiera informar, orientar o prescribir la obra, el trabajo, en el sentido y con el alcance que entonces tenía. En la superación de esta dicotomía se encuentra el significado revolucionario del nacimiento de la moderna ciencia experimental. Como indica Ludovico Geymonat, el ideal de Galileo y Descartes, entre otros, será unir íntima y definitivamente la concepción de la ciencia en la Antigüedad con la del arte de la Edad Media, es decir, edificar un saber fundado sobre las nuevas técnicas, racionales, válidas, ya no sólo en el campo de las ideas abstractas sino en el campo mucho más rico de las experiencias concretas.

La importancia que esta referencia presenta para nuestra indagación sobre el trabajo reside en el hecho de que el supuesto social que posibilitó este cambio "es la consolidación victoriosa, decidida, de un mundo de nuevas riquezas directamente vinculadas con el trabajo y, por lo tanto, con el surgimiento de grupos cada vez más numerosos de científicos profundamente sensibles a los intereses de la producción y capaces de darse buena cuenta de la unidad indisoluble entre la práctica y la teoría". Es la realidad creada por la actividad del hombre la que determina la base material de este nacimiento de la ciencia moderna, asociada a las obras resultantes del trabajo colectivo: la canalización de los ríos, la construcción de puentes, la excavación de puerros, la erección de fortalezas, el tiro de la artillería, ofrecen a los técnicos una serie de problemas que no pueden resolverse empíricamente y que exigen necesariamente un planteamiento teórico. Una importancia especial adquirieron en la época los problemas prácticos suscitados por la navegación, que debía afrontar viajes cada vez más extensos hacia las ricas tierras recientemente descubiertas.¹⁴ Del trabajo y sus resultados a la ciencia, de la ciencia al trabajo y sus resultados.

La concepción de trabajo que encuentra su definición en la fórmula ya citada de Marx es indisociable de esta evolución que florecerá con el Renacimiento y que, como señalamos, es el punto de partida de todo el pensamiento científico moderno. El trabajo mismo tiende a pensarse como una categoría antropológica desde el momento en que se concibe precisamente como la especificidad del ser humano en su vínculo con la naturaleza. El ideal, ahora, es una relación práctica y activa; el postulado de que por medio y a través de

esa relación el hombre se hace hombre y se muestra hombre, se manifiesta él mismo como producto y creación histórica.

Hace dos décadas, en un texto que marca una época (*Labour and Monopoly Capital*, de 1974), Harry Braverman comienza su obra con una definición del trabajo que sintetiza y esquematiza adecuadamente su significado moderno y cuya dimensión natural y antropológica no implica una visión ahistórica o esencialista. Se parte en esta concepción de la evidencia natural de la cual partió el propio Marx: todo ser vivo para sobrevivir depende de un intercambio determinado con la naturaleza de la cual él mismo proviene. Este intercambio puede ser totalmente pasivo, como es el caso de todas las especies del reino vegetal. Se trata de una primera distinción pertinente a la hora de considerar lo específico de cualquier conducta animal dirigida a la supervivencia, marcada, entonces, por un comportamiento activo o dirigido a un propósito determinado. Apoderarse de los materiales de la naturaleza no constituye de por sí trabajo alguno. El trabajo sólo comienza cuando una determinada actividad altera los materiales naturales, modificando su forma original. De cualquier manera, lo que compete al trabajo humano en su particularidad son las diferencias que lo separan de un modo radical de lo que puede considerarse como trabajo puramente animal. En consecuencia, dice Marx en *El capital*:

No tenemos frente a nosotros aquellas formas primitivas e instintivas de trabajo que nos recuerdan la de los animales. [...] Presuponemos el trabajo en una forma que lo hace exclusivamente humano. Una araña realiza operaciones que se asemejan a las de un tejedor y una abeja hace avergonzar a un arquitecto en la construcción de sus celdas, pero lo que distingue al peor de los arquitectos de la mejor de las abejas estriba en que el arquitecto levanta su estructura en la imaginación antes de erigirla en la realidad. Al final de todo proceso de trabajo tenemos un resultado que ya existía en la imaginación del trabajador en su comienzo. Éste no sólo efectúa un cambio de forma en el material sobre el que trabaja, sino que también realiza un propósito propio que rige su *modus operandi* al cual debe subordinar su voluntad.

Conciencia y propósito como rasgos esenciales del atributo humano del trabajo se delimitan, en consecuencia, del acto meramente instintivo, anclado en mecanismos congénitos, innatos. El trabajo del hombre reposa en su carácter único a partir de la posibilidad del pensamiento conceptual, de la capacidad de abstracción y de representación simbólica. Su origen es la naturaleza única del cerebro humano. De este modo el trabajo como acción a propósito, guiada por la inteligencia, es el producto especial de la humanidad. El trabajo que trasciende la mera actividad instintiva es, por lo tanto, la fuerza con la cual el hombre creó al mundo tal como lo conocemos. La posibilidad de todas las diferentes formas sociales que han surgido y puedan surgir dependen en último análisis de este signo específico del trabajo humano.

Como señala Braverman, a partir de esta característica de la biología humana el trabajo del hombre puede emanciparse de la exigencia instintiva

13. Véase K. Marx, *Manuscritos económico-filosóficos* [1844], Madrid, Alianza, 1993.

14. Ludovico Geymonat, *El pensamiento científico*, Buenos Aires, Eudeba, 1984.

de las acciones dirigidas a la supervivencia propia de cualquier otro animal. No se trata de que a partir de sus aptitudes cerebrales el hombre aprenda a resolver ciertos problemas que presenta la inadaptación de ciertos recursos de la naturaleza para su utilización o consumo; esto también lo pueden concretar algunas especies no humanas. El quid de la cuestión es aquí que con el desarrollo de la capacidad de representación, del lenguaje y de la comunicación por medio de los signos que le corresponden, el hombre puede transmitir y delegar la ejecución de un trabajo:

La unidad de concepción y ejecución puede ser disuelta. La concepción precede y rige la ejecución, pero la idea concebida por alguien puede ser ejecutada por otra persona. La fuerza rectora del trabajo sigue siendo la conciencia humana pero la unidad entre dos puede ser rota en el individuo y restablecida en el grupo, el taller, la comunidad, la sociedad como un todo.¹⁵

El cerebro, la mano, el trabajo

Hay que evitar, sin embargo, la tentación de identificar el origen del trabajo con las cualidades del cerebro privilegiado del hombre, cuyo singular poder explicaría el dominio humano sobre el resto de los animales. Los antropólogos y paleontólogos creyeron durante mucho tiempo que el desarrollo del cerebro era la verdadera clave para explicar el principio mismo de la evolución de nuestra especie y del cual derivarían la postura erecta y el lenguaje articulado como manifestaciones secundarias. En un principio, entonces, la mente. Los descubrimientos de la ciencia y el hallazgo de fósiles que permitieron verificar el sendero histórico del desarrollo de nuestra especie comprometieron, sin embargo, el rigor de tal esquema interpretativo, como lo puso de relieve recientemente Stephen Jay Gould.¹⁶ Ahora sabemos, en consecuencia, que el cerebro del hombre comenzó a crecer debido al logro de la postura erecta; por el estímulo poderoso que suministró a la inteligencia el hecho de que las manos fueran liberadas de la locomoción. La evolución del hombre consistió en un cambio más rápido en la postura que en el tamaño del cerebro; la liberación de nuestras manos para usar herramientas precedió a la mayor parte del crecimiento de nuestro cerebro.

Notablemente, Gould destaca el “brillante resultado” que, en torno de esta cuestión, anticipó “una fuente que sin duda sorprenderá a la mayoría de los lectores”: Friedrich Engels en su *El papel del trabajo en la transformación del mono al hombre* —publicado póstumamente en 1896—, que desafortunadamente no tuvo impacto visible en la ciencia occidental. Engels considera tres puntos esenciales en la evolución humana: el habla, el tamaño del

cerebro y la postura erecta. Plantea que el primer paso debe haberse logrado cuando ciertos monos empezaron a descender de los árboles, hecho que promovió la subsecuente evolución de la postura erecta de nuestros antepasados terrestres. Cuando se movían en el nivel del suelo estos monos comenzaron a adquirir el hábito de usar sus manos y de adoptar una postura más y más erecta. Éste fue un paso decisivo en la transición del mono al hombre. La postura erecta libera las manos para fabricar herramientas (trabajo, en la terminología de Engels). El crecimiento de la inteligencia y el habla vinieron después. En consecuencia:

Las manos no son sólo un órgano de trabajo, son también un producto del trabajo. Sólo por el trabajo, por adaptación a cada nueva operación [...] por el siempre renovado empleo de estas mejoras heredadas en nuevas, más y más complicadas operaciones, alcanzó la mano humana el alto grado de perfección que la ha capacitado para hacer realidad las pinturas de Rafael, las estatuas de Thorwaldsen, la música de Paganini.¹⁷

Este punto de vista, no obstante, no es original de Engels puesto que ya había sido adelantado por un contemporáneo, el antropólogo y arqueólogo estadounidense Lewis Morgan. En cambio, Gould subraya que la importancia del trabajo de Engels consiste no en su conclusión sustantiva sino en su incisivo análisis político de por qué la ciencia occidental es tan comprometida con la afirmación apriorística de la primacía cerebral. Cuando los humanos aprendieron a manejar su propio entorno material, dice Engels, otras habilidades fueron añadidas a la primitiva caza-agricultura: hilado, alfarería, navegación, artes y ciencia, ley y política, y por último “la reflexión fantástica de las cosas humanas en la mente humana: la religión”. Cuando la riqueza se acumuló pequeños grupos de hombres alcanzaron poder y obligaron a otros hombres a trabajar para ellos. El trabajo, la fuente de toda riqueza y la fuerza motriz de la evolución humana, asumió el mismo devaluado status de aquellos que trabajaban para los gobernantes. Desde que los poderosos gobernaban a su voluntad, las acciones del cerebro aparecían como si tuvieran poder por sí mismas. La filosofía profesional persiguió un ideal inmaculado de libertad. Los filósofos descansaron en un patronazgo estatal-religioso. Aun si Platón no trabajó conscientemente para reforzar los privilegios de los gobernantes con una filosofía supuestamente abstracta, su propia clase dio vida a un énfasis en el pensamiento como lo primario, lo dominante y en particular más importante que el trabajo por él supervisado. Esta tradición idealista dominó la filosofía hasta los días de Charles Darwin. Su influencia fue tan subterránea y persuasiva que incluso científicos tan apolíticos y materialistas como Darwin cayeron bajo su influjo. Un prejuicio debe ser reconocido antes de ser combatido: la primacía del cerebro parecía tan obvia y natural que era aceptada como dada, más que reconocerla como un prejuicio

15. Harry Braverman, *Trabajo y capital monopolista*, México, Nuestro Tiempo, 1987.

16. Véase Stephen Jay Gould, “La postura hizo al hombre”, en *Razón y Revolución*, N° 2, Buenos Aires, primavera de 1996.

17. Friedrich Engels, *El papel del trabajo en la transformación del mono al hombre* [1896], en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, 1981.

social profundamente asentado, relativo a la posición de clase de los pensadores profesionales y sus patrones. Engels escribe:

Todo el mérito por el veloz avance de la civilización fue adscripto a la mente, el desarrollo y la actividad del cerebro. Los hombres se acostumbraron a explicar sus acciones desde su pensamiento en lugar de desde sus necesidades... y así fue como fue ganando importancia en el curso del tiempo esta mirada idealista sobre el mundo que, especialmente desde la caída del mundo antiguo, ha dominado las mentes de los hombres. Todavía las gobierna a tal punto que aun los más materialistas de los científicos naturalistas de la escuela darwiniana son todavía incapaces de formarse una clara idea del origen del hombre porque bajo esta influencia ideológica ellos no reconocen el papel que en él le toca al trabajo.

El énfasis en una definición antropológica del hombre subraya su carácter humano concreto, su desarrollo histórico, y no debe ser confundido con una caracterización genérica abstracta que lo designa como un "modo de actividad" cuya esencia sería la "búsqueda de un resultado en el menor tiempo posible". Es lo que afirma Jacques Bidet cuando señala que sin el trabajo, como sin el lenguaje, no puede ser pensada la especificidad del hombre.¹⁸ En este caso la lógica immanente del trabajo sería entonces la economía de tiempo ausente en otras actividades humanas, como el rito, el juego o la vida sexual; estas últimas, al contrario, reclaman una duración extendida como sinónimo de su realización más exitosa.

La ventaja o el rigor de esta definición consistiría en que no implica asumir la hipótesis difícilmente demostrable —según Bidet— del *Homo faber*, es decir, de la esencia humana definida por el trabajo; tampoco implicaría restringir el abordaje de toda sociedad en términos de "modo de producción". No obstante, esta peculiar definición "antropológica" vacía de contenido la definición de trabajo humano en la misma medida en que queda referida exclusivamente a una suerte de lógica hueca, careciente de finalidad. Es difícil admitir, además, que los ritos, el juego, el deporte o el sexo no contengan también una particular "economía" de tiempo.

De todas maneras, en esta particular definición de su trabajo, el hombre queda definido en su especificidad como una suerte de ser eficiente, "ahorrador de minutos y segundos", que desdibuja completamente la materialidad propia del trabajo y su significado en la historia real. En esta abstracción particular el trabajo queda definido como mero instrumento de una racionalidad dirigida a adecuar fines múltiples a recursos escasos. Es decir, la definición vulgar de la economía "moderna" convertida así en una suerte de ingeniería genérica —ahistórica y asocial— del comportamiento eficaz (y finalmente en el encubrimiento ideológico de la sociedad capitalista, del mercado y sus formas particulares de explotación y alienación del trabajo humano).

Trabajando para no trabajar

Lo cierto es que el *Homo faber* es el hombre, recordando aquella definición de *toolmaking animal* de Benjamin Franklin citada por Marx en *El capital*, y que retoma su conocida afirmación de que el hombre se distingue del animal en el proceso histórico real, cuando produce los elementos que hacen a su vida, cuando produce su vida. El trabajo, el modo de producción, la actividad vital, pueden ser utilizados como sinónimos si la consideración antropológica hunde sus raíces en el sujeto histórico auténtico, en las etapas de su desarrollo real.

Es decir, el abordaje antropológico sobre el concepto de trabajo debe ser al mismo tiempo una aproximación histórica, el análisis del proceso de diferenciación que le es específico como resultado de las transformaciones operadas en el vínculo cambiante del hombre con sus instrumentos y objetos de trabajo así como con el resultado de la actividad de producción de su vida.¹⁹ En términos generales podemos definir tres grandes etapas en esta evolución: 1) las manifestaciones iniciales del hombre en la preparación y el mejoramiento de herramientas seminaturales que permitieron un principio de supervivencia diferenciada como especie biológica y sin que aún surgiera con caracteres definidos una división social del trabajo, más allá de la dictada por la diferencia de sexos; 2) el neolítico, con la sociedad humana que se afianza en un terreno y se organiza como tal en la producción y en los ciclos propios de la agricultura y la crianza de animales; 3) el nacimiento de la industria y el desplazamiento moderno del centro de la producción del campo a la ciudad.

Carlo Cipolla ha dicho con razón que no debemos abusar del término "revolución" al estudiar la dinámica más amplia de la historia de la población humana con relación a las formas productivas de la especie.²⁰ El primer cambio revolucionario consiste precisamente en la superación del nomadismo, permitido por el dominio inicial del cultivo de la tierra. El segundo, ya en los albores de la historia presente, es el de la revolución industrial. Su forma social particular es la que corresponde al modo de producción capitalista, a la separación de los productores de sus medios de producción y al surgimiento de la clase trabajadora moderna resultante de la expropiación de los viejos trabajadores (campesinos, artesanos) de sus condiciones de trabajo. Por la misma razón, el trabajo moderno es el trabajo asalariado, la conversión de la capacidad de trabajar en mercancía y su delimitación muy precisa, en consecuencia, como actividad remunerada, en una esfera definida de la vida social.

La mutación actual en el trabajo deriva enteramente de los resultados de esta última revolución y del anticipo de la próxima. Esto es, de la posibilidad del hombre de emanciparse del trabajo mismo o, si se quiere, de modificar radicalmente el carácter social de éste, su actividad vital por excelencia.

18. Véase J. Bidet, "Le travail fait époque", en J. Bidet y J. Texier, *La crise du travail*, París, Actuel Marx-Presses Universitaires de France, 1995.

19. Véase Oves Schwartz, "Circulations dramatiques, efficacités de la activité industrielleuse", en J. Bidet y J. Texier, ob. cit.

20. Véase Carlo Cipolla, *La población mundial*, Buenos Aires, Eudeba, 1968.

La precisión es pertinente puesto que si el trabajo es concebido como forma de manifestación esencial de la vida humana, la aspiración de liberarse de él carece de todo sentido. Para decirlo con palabras ya cargadas de una densa connotación: es el cambio en la conformación material y social del trabajo, cuyos alcances revolucionarios nos harán pasar de una prehistoria a una historia auténticamente humana, el pasaje del reino de la necesidad al reino de la libertad. Por lo mismo, antes de considerar más exhaustivamente lo que podemos denominar la relación entre el trabajo y el no trabajo en la realidad del hombre históricamente constituido, son convenientes algunas precisiones adicionales que sirvan como introducción a este problema, ciertamente muy presente en el debate contemporáneo.

La identificación del trabajo con la producción activa de la vida humana, es decir, con la vida productiva, se presenta, a primera vista, en oposición al carácter degradado y envilecido que adopta la existencia del trabajador en la sociedad moderna. Dicho de otro modo: en la misma medida en que la potencia social del trabajo humano se despliega con el modo de producción capitalista de un modo sin igual, en esa misma medida se corporiza en el trabajador y en la clase trabajadora no como actividad vital sino como medio y negación de la vida misma. Es trabajo explotado y enajenado en el cual el hombre “se pierde a sí mismo”. Mario Manacorda, entre muchos otros, puso de relieve que es en Marx donde encontramos esta apreciación del trabajo humano como contradictorio con la humanidad misma y, en apariencia, en contradicción interna con la caracterización del propio Marx sobre el significado único y específico del trabajo del hombre.

La contradicción, sin embargo, debe ser resuelta y puede ser resuelta en el análisis de las formas históricas materiales y sociales de la evolución del trabajo humano, así como en la indagación sobre la conclusión de ese mismo proceso en el carácter concreto que adopta el mismo trabajo en la época contemporánea. En la base y en el origen de las formas históricas diversas que adopta la enajenación de la actividad laboral del hombre se encuentra un fenómeno que deriva y estimula la productividad del propio trabajo de nuestra especie. Así es: con la división del trabajo comienza al mismo tiempo la historia humana e inhumana del trabajo.

La división del trabajo condiciona la división de la sociedad en clases y, con ella, la división del hombre. Y como ésta se torna verdaderamente tal sólo cuando se presenta como división entre trabajo manual y trabajo mental, así las dos dimensiones del hombre dividido, cada una de las cuales es unilateral, son esencialmente las de trabajador manual, de obrero y de intelectual. Además, como la división del trabajo es, en su forma ampliada, división entre trabajo y no-trabajo, así también el hombre se presenta como trabajador y no trabajador. Y el propio trabajador —apareciendo el trabajo dividido, o alienado, como miseria absoluta y pérdida del propio hombre— también se presenta como la deshumanización completa; pero, por otro lado —siendo la actividad vital humana, o manifestación de sí, una posibilidad universal de riqueza— en el trabajador está contenida también una posibilidad humana universal.²¹

21. M. Manacorda, ob. cit.

Una observación fragmentaria y no rigurosa del planteamiento marxista supone que el desiderátum de la emancipación humana consiste en una suerte de retorno imposible al salvaje primitivo, al hombre total, integral —no unilateral— que se identifica con su actividad laboral no dividida, no especializada y que es expresión del carácter precario de su dominio sobre la naturaleza y, más bien, de su adaptación y sometimiento al propio medio natural. Es decir, del retorno al animal humano natural, a una situación en la cual “el hombre sólo se distingue del cordero por cuanto su conciencia sustituye al instinto o es el suyo un instinto consciente”, afirma Marx. Pero la naturaleza humana, históricamente construida, está en los antípodas de este estadio original. El hombre natural histórico es la naturaleza producida por la historia y su nueva condición natural es la universalidad generada por su propia actividad, por su trabajo.

En otras palabras, el trabajo produce la naturaleza humana en la misma medida en que la delimita y diferencia de la naturaleza puramente animal, a través de una apropiación específica del propio mundo natural: “La universalidad del hombre se manifiesta prácticamente en la universalidad por la cual toda la naturaleza se transforma en su cuerpo inorgánico”. Un hecho que se verifica en que, mientras

...el animal se hace de inmediato uno con su actividad vital [...] el hombre hace de su propia actividad vital el objeto de su voluntad y de su conciencia; tiene una actividad vital consciente: no existe una esfera determinada con la cual inmediatamente se confunde.²²

Este carácter voluntario, consciente, universal, de la actividad humana, por la cual el hombre se distingue de los animales y se sustrae al dominio de cualquier esfera particular, está en oposición a todo lo que es, a su vez, natural, espontáneo, particular, esto es, al dominio de la naturalidad (*Naturnotwendigkeit*) y de la causalidad (*Zufälligkeit*) en la cual el hombre no domina sino que es dominado, no es un individuo total sino miembro unilateral de una determinada esfera (clase, etc.) y vive, en suma, en el reino de la necesidad, pero no aún en el de la libertad. La división del trabajo, por lo tanto, “dividió al hombre y a la sociedad humana, pero ha sido la forma histórica de desarrollo de su actividad vital, de su relación-dominio sobre la naturaleza”.²³

Con el capitalismo moderno, con la universalización de las relaciones mercantiles y con la conquista del mercado mundial, la división del trabajo —y con ella la productividad del trabajo humano— alcanza una dimensión irrestricta e ilimitada. En estas condiciones la deshumanización del trabajo encuentra su expresión más clara en la conversión de la labor humana en el proceso productivo directo en una actividad descalificada, en la transformación del trabajador en una suerte de apéndice de la máquina conforme a una célebre definición que pasó a la historia con el *Manifiesto comunista*. Pero, al mismo tiempo, en las antípodas de este trabajo real, enajenado y por eso in-

22. K. Marx, *Manuscritos...*

23. M. Manacorda, ob. cit.

humano, el desarrollo material de las fuerzas productivas crea un universo real capaz de modificar de un modo revolucionario la actividad vital de la producción. Es el desarrollo que posibilita que el trabajo directo en la producción sea sustituido por el aparato mecánico-electrónico, automático, una realidad en torno de la cual Marx realizó un análisis excepcional en los *Grundrisse*.

La posibilidad de terminar con el trabajo determinado por la necesidad inmediata de la supervivencia es la condición decisiva para que la revolución social contemporánea se asiente en una conquista de la civilización humana como un todo. Es la libertad concebida como la construcción del hombre a partir de un umbral material que es el resultado de toda su vida histórica como especie.²⁴

PRIMERA PARTE

El reino de la libertad...

...sólo empieza allí donde termina el trabajo impuesto por la necesidad y por la coacción de los fines externos; queda pues, dada la naturaleza de las cosas, más allá de la órbita de la verdadera producción material. Así como el salvaje tiene que luchar con la naturaleza para satisfacer sus necesidades, para encontrar el sustento de su vida y reproducirla, el hombre civilizado tiene que hacer lo mismo, bajo todas las formas sociales y bajo todos los posibles sistemas de producción. A medida que se desarrolla, desarrollándose con él sus necesidades, se extiende este reino de la necesidad natural, pero al mismo tiempo se extienden también las fuerzas productivas que satisfacen aquellas necesidades. La libertad, en este terreno, sólo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente su intercambio de materias con la naturaleza, lo pongan bajo su control común en vez de dejarse dominar por él como un poder ciego, y lo lleven a cabo con el menor gasto posible de fuerzas y en las condiciones más adecuadas y más dignas de su naturaleza humana. Pero, con todo ello, éste será siempre un reino de la necesidad. Al otro lado de sus fronteras comienza el despliegue de las fuerzas humanas que se considera como fin en sí, el verdadero reino de la libertad, que sin embargo sólo puede florecer tomando como base aquel reino de la necesidad. La condición fundamental para ello es la reducción de la jornada de trabajo.²⁵

24. Véase el final del trabajo de Pablo Rieznik, "La pereza y la celebración de lo humano", en Actas del III Congreso Latinoamericano de Sociología, Buenos Aires, mayo de 2000. Este texto y el que aquí reproducimos se encuentran integrados con el mismo título en *Contra la cultura de trabajo*, libro que reúne una serie de textos relativos a la célebre obra de Paul Lafargue, *El derecho a la pereza*, Buenos Aires, Ediciones RyR, 2002.

25. K. Marx, *El capital*, t. III.

Capítulo 1

La economía como ciencia

El propósito de este libro es abordar la economía como ciencia. Cuando decimos “ciencia” nos referimos a una forma específica de conocimiento. En este sentido, no sólo la economía sino lo que denominamos “ciencias sociales” en general deben comprenderse como un aspecto del gran desarrollo del saber del hombre que forma parte del escenario histórico propio del final de la Edad Media y comienzo de la Moderna. Un fenómeno, a su turno, indisociable del progreso de la capacidad productiva y, por lo tanto también intelectual, que acompaña el surgimiento de la sociedad burguesa y que, por eso mismo, es el punto de partida del fantástico despliegue de la ciencia moderna.

En un sentido más amplio, naturalmente, los fundamentos de algunos principios básicos de la labor que es propia de la ciencia se remontan hacia el pasado, en particular a la civilización griega. Ya algunos siglos antes del inicio de la era cristiana los griegos se preocuparon con un concepto clave para la ciencia, el de la demostración. Es decir, verificar mediante pruebas rigurosas la consistencia de una tesis determinada. Al plantear este problema de la demostración, los griegos pusieron de relieve, al mismo tiempo, algo que tiene que ver con una condición básica, elemental, primaria, original, de cualquier ciencia, y es el hecho de que la realidad no se nos aparece exactamente como es. Al respecto Aristóteles resumió una visión de la época cuando dijo que la ciencia comienza con el asombro, porque las cosas parecen pero no son exactamente como parecen. Un conocido historiador de la ciencia, Ludovico Geymonat, hizo la corrección de que, para ser más preciso, la ciencia empieza con la indagación de lo asombroso, es decir, con una actitud activa de sondeo de aquello que aparece como opaco, es decir, no transparente. La realidad no es transparente, no puede ser captada inmediatamente por los sentidos, y por eso se necesita un tipo particular de indagación, de sondeo, de escrutinio, que llamamos “ciencia”. Esto vale, naturalmente, para todas las ciencias y en consecuencia también para la economía política.

El asombro, la apariencia y la esencia

En particular la sociedad moderna, en lo que se refiere a la órbita especial de la producción de la vida material del hombre, presenta muchas cosas "asombrosas". Una ciencia debe poner en relieve esos asombros, o esas contradicciones. Esa opacidad, ese asombro, esa contradicción, son propios de la sociedad moderna y no de una sociedad anterior, en lo que tiene que ver con el ámbito de la economía. Por ejemplo, en la época precapitalista la gente se podía morir de hambre porque había una mala cosecha. No había alimentos, no se podía comer, y sin comer no se pueden hacer muchísimas otras cosas. Eso es más o menos transparente, cristalino; su entendimiento no amerita una ciencia particular, salvo la que tiene que ver con la agricultura, el clima, etc. En la época moderna, en cambio, puede llover, cosecharse mucho, producir enormes cantidades de alimentos, y... está todo mal: los precios caen, las mercancías son invendibles; como consecuencia de esto, y de otros fenómenos que se llaman "macroeconómicos", la depresión inunda el ámbito de la producción, los salarios caen, crece la desocupación y la gente deja de comer... porque sobran alimentos. Es "asombroso".

Por supuesto, el ejemplo que doy es un ejemplo que está en el centro de la realidad económica mundial contemporánea. Las estadísticas oficiales hablan de que en el planeta Tierra hay 33 por ciento de seres humanos que pasan hambre. Si las cosas siguen así, tal vez se produzca una transformación biológica y ellos se van a convertir en una subespecie con características peculiares. Esto ya está sucediendo en algunos países del mundo. Porque de tanta desnutrición, maldad, opresión y explotación, cuando uno es chiquito, si no lo estimulan, si no come, y sobrevive, el cerebro se atrofia, la estatura no puede pasar cierto límite y el individuo se transforma en una suerte de animal que llamamos "humano" por su analogía morfológica con otros seres que son auténticamente humanos, pero que ya no es totalmente humano. Y al mismo tiempo que sucede esto, en el mundo "sobra" de todo en materia de capacidad productiva. Sobreproducción y miseria social: polos de una contradicción que provocan asombro y uno de los grandes temas que reclaman una indagación científica. Tan significativa es la cuestión que incluso se encuentra en el límite, como veremos, de lo que la economía clásica o convencional puede explicar.

Como retrato de esta miseria social que recorre el planeta se puede mencionar lo que sucede con el sida. En el mundo, en el umbral del siglo XXI, se estima que habrá aproximadamente 40 millones de enfermos de sida. De ellos, 30 millones, aproximadamente, viven en África, donde rápidamente vamos a tener ya no una subespecie humana sino un genocidio monumental. En la industria farmacológica mundial está muy avanzado el descubrimiento, sino de una vacuna, de drogas que pueden disminuir mucho el efecto terrible de esta enfermedad. Pero, según lo que se lee en la prensa, éstas sirven para combatir el tipo de enfermedad existente fundamentalmente en Estados Unidos, donde hay 600 mil de los 40 millones infectados por el virus

del sida. Hace poco, por ejemplo, se conoció una noticia que tiene que ver con las cosas "asombrosas" que pasan en nuestro mundo. Parece que frente a este genocidio en África del Sur decidieron que el Estado va a fabricar el remedio para el sida. Entonces el costo unitario de derrotar al sida va a bajar de 1.200 dólares, cuando la vacuna la fabrican empresas farmacéuticas privadas, a 40 dólares, cuando son hechas por el Estado. Este solo dato sirve para derrumbar un mito —de los tantos que vamos a tratar de derrumbar aquí— de que el Estado es ineficiente y lo privado es eficiente. Como retrato genérico vale para plantear algunos de los "asombros" o de las contradicciones que exigen una investigación particular sobre cómo es la producción de la vida (y de la muerte) en esta sociedad.

Producción hubo, naturalmente, antes de la Edad Moderna y antes del capitalismo, pero no abundaba la posibilidad de "asombrarnos" con cosas que merecieran una investigación especial, que fueran oscuras en los términos que aquí estamos explicando. Por ejemplo, antes del capitalismo, en la Edad Media había siervos de la gleba. Los siervos de la gleba cultivaban su huerta x cantidad de días a la semana y alguna parte de ese producto se la entregaban a algún señor. ¿Por qué? Porque ellos eran siervos y los otros eran señores. La condición política del servilismo feudal determinaba un traslado de productos de unos a otros. ¿Por qué uno le daba esto a otro? Precisamente porque era siervo uno y señor el otro, o sea, por una desigualdad explícita y originaria. En cambio es "asombroso" que las diferencias en las condiciones de vida sean hoy más brutales: siendo todos "iguales" ante la ley, habiéndose producido la Revolución Francesa y la declaración de los derechos del hombre y el ciudadano, habiéndose inscripto en la Constitución que el derecho a un salario digno es elemental, etc. Todos somos iguales, pero parece que no tanto.

Del libro *Rebelión en la granja* de George Orwell es la frase "todos somos iguales pero algunos somos más iguales que los demás". Allí se habla de una granja donde también, como en la Revolución Francesa, habiendo echado al patrón, todos los animales empiezan siendo iguales entre sí, hasta que los chanchos se transforman en los que manejan la vida en la granja. Y, como manejan la vida en la granja, convierten el "comunismo" en "una cosa para los zorros, una cosa para los chanchos, una para las ardillas, una para los chanchos, otra para los perros y otra... para los chanchos". Es un comunismo muy particular, algunos son iguales y otros "son más iguales todavía". En realidad, este libro fue muy utilizado como propaganda anticomunista en una época, pero George Orwell era socialista. Fue un hombre de izquierda que incluso llegó, antes de la mitad del siglo, a pelear como internacionalista en la Guerra Civil española, sobre la cual escribió otro libro que se llama *Cataluña en 1937*, que fue la base de la película *Tierra y libertad* del director británico Ken Loach. Este libro también habla de otra cosa asombrosa del siglo XX que vale la pena que señalemos de pasada. ¿Qué pasó en Cataluña en 1937? En medio de la Guerra Civil hubo una rebelión de los obreros catalanes, que luchando contra Franco quisieron instalar una comuna, como en

París en el siglo anterior, con una organización igualitaria y socialista. ¿Y quién reprimió a los obreros catalanes? El Partido Comunista español, que con los tanques con los que estaban disparando contra Franco fue a Cataluña y masacró a los obreros. Es decir, no cité una frase de cualquier libro y de cualquier autor. George Orwell es también autor de un tercer libro, que ahora tiene cierta notoriedad porque un gran éxito televisivo lleva el nombre de su personaje central: el Gran Hermano de 1984. Esta novela fue escrita en la década del 40 y habla de lo que pasaba en el reino del comunismo entre comillas de la Unión Soviética. ¿Quién era el Gran Hermano? El “amigo” Stalin. El dominio del Gran Hermano sobre todos los habitantes de ese país que describía 1984 se extendía al punto de que había una cámara de televisión en el cuarto de cada uno de ellos para registrar y controlar sus movimientos. Una cosa fantásticamente opresiva. Así el título *Gran Hermano* para un programa de televisión es casi perverso, porque hace referencia a una sociedad totalmente opresiva, no a un juego de jóvenes carilindos encerrados en un corralón mediático.

Entonces, el primer concepto planteado es el vinculado con la ciencia como un conocimiento especial, riguroso, relacionado con la observación y la experiencia, que se inicia en los siglos XVI y XVII y en cuyo desarrollo surgirá la economía.) El segundo concepto tiene que ver con precisar que el punto de partida de la ciencia es el hecho de que la realidad no es directamente transparente o, para decirlo con un conocido aforismo, “si la apariencia de la realidad o de las cosas coincidiera con su esencia, toda ciencia estaría de más”. Si, por un lado, el hombre que hace ciencia opera en este terreno particular que se extiende entre la apariencia y la esencia, el punto requiere un esclarecimiento adicional, relativo a cómo se mira, cómo se observa la realidad; algo que está en el principio de toda actividad científica. La observación de la realidad no es tan simple como parece. En primer lugar porque observar no es necesariamente o no tiene como resultado el reflejo mecánico, directo, de la realidad. El mirar, el ver —el sentido de la vista es uno de los más vinculados al problema de la observación—, son funciones cerebrales. Cuando observo cualquier objeto, lo que estoy viendo es la transmisión de ciertas neuronas que en mi cerebro forman una imagen a partir de que veo determinada cosa. Es posible, además —aunque incursiono en un terreno que no domino—, que estimulando eléctricamente ciertas partes del cerebro podamos “ver” ciertas cosas que no están fuera de nuestra propia cabeza. Y como observar es una función de tipo cerebral a veces podemos ver cosas que parece que son determinados objetos y no lo son. Asimismo, uno no puede observar sin prejuicios, no puede vaciarse de “teoría” y de conocimiento antes de acceder a una observación. En este sentido no hay observación pura, como una suerte de kilómetro cero de la tarea de la ciencia. En un libro introductorio sobre el tema de Alan Chalmers, *Qué es esa cosa llamada ciencia*, se muestra el dibujo de una escalera y el autor demuestra que lo que “para todo el mundo” es una escalera no necesariamente lo es. El mismo dibujo mostrado a hombres de alguna tribu primitiva que no conoce la escalera a éstos les parecía, por su-

puesto, cualquier otra cosa. O sea que observar no es una cosa tan simple. Bertrand Russell plantea otro caso interesante. Si yo miro a alguien en una clase, a Juan por ejemplo, todos desde sus respectivos lugares en el aula también pueden mirar a Juan y todos entonces podemos repetir la frase “yo miro a Juan”, y estamos hablando o refiriendo acerca de una misma cosa. Pero ¿es así? Yo estoy frente a Juan y lo veo de determinado modo. La persona que está sentada al lado de Juan lo mira y dice que también lo ve, y parece que ambos estuviéramos viendo lo mismo. Sin embargo, sabemos que no miramos lo mismo porque yo lo veo desde mi posición y el otro lo ve desde otro ángulo, o sea que el Juan que vemos es distinto. Además, si viniera un físico diría que cuando miro a Juan lo que estoy registrando es un conjunto de ondas bajo un fondo particular, que se refracta de determinada manera y llega a mi corteza cerebral de tal otra manera y, sin embargo, no es eso lo que yo estoy viendo cuando miro a Juan. Al margen de todo eso, cuando yo digo que miro a Juan no sé lo que el propio Juan está pensando. ¿A qué Juan estoy mirando, qué alcance y qué significado tiene mi enunciado sobre la visión de Juan? Es claro que la situación no es tan simple como parece.

Por todo lo que acabo de señalar: realidad, apariencia, esencia... observación; un tercer concepto que debemos retener sobre los atributos propios de toda ciencia es que hay que precisar con mucho cuidado que una de sus partes constitutivas es la que tiene que ver con los instrumentos del conocimiento y de sus lenguajes particulares. Saber cómo, en qué contexto y con qué posibilidades hacemos los que se llaman “enunciados observacionales”. Ya que mencionamos a los griegos, digamos que con ellos el conocimiento científico empezó tratando de depurar el lenguaje común, normal, lleno de equívocos, para expresar el resultado del conocimiento. Por eso uno de los primeros instrumentos del conocimiento fue la matemática, un lenguaje abstracto que trata de limar muchos equívocos. Ya citamos al comienzo a Geymonat, quien también plantea que, en esta cuestión de mostrar la importancia de los medios para indagar lo asombroso, los griegos fueron muy lejos. Geymonat destaca a los sofistas, aquellos que sembraron de paradojas aparentemente irresolubles el mundo de la época y que perduraron por la originalidad de aquellas paradojas, como la de Aquiles y la tortuga. La función de tales paradojas era mostrar que cosas que parecían absolutamente simples no eran tan simples como parecían a primera vista y que su indagación requería una aproximación metodológica muy precisa. Una paradoja famosa, similar a la de la tortuga y Aquiles, es la de la flecha que nunca podrá llegar a destino porque antes de llegar tiene que llegar a la mitad del camino y luego a la mitad de la mitad y así sucesivamente al infinito. Como tiene que recorrer infinitos pasos nunca va a llegar a su objetivo. Se trataba de una contradicción que requería, entre otras cosas, el perfeccionamiento de los instrumentos del conocimiento, algo que sólo mucho más tarde se resolvió, cuando las ciencias matemáticas pusieron de relieve que la suma de una serie infinita puede tener un resultado finito; algo que también parece paradójico.

De un modo general digamos que cada ciencia, y por lo tanto la economía también, se constituye como tal cuando tiene un terreno propio para indagar lo asombroso, horadar la apariencia e ir a la esencia a partir de la conformación de un campo específico en relación con otro terreno y con otra (u otras) ciencia(s) de la cual o de las cuales se delimita. En consecuencia, nos queda pendiente investigar cómo se constituye la economía como tal y las razones que abonan que se la pueda considerar una disciplina científica.

Teoría y algo más, cada vez más: el movimiento

Primero habíamos visto que la ciencia es un conocimiento relacionado con la observación y la experiencia. Segundo, que la realidad no es aprehensible inmediatamente. Tercero, que es necesario precisar con cuidado la importancia de los instrumentos y lenguajes particulares de cada ciencia.

Una cuarta cuestión que debemos señalar es otra característica que marca a la ciencia moderna, y tiene que ver con una cuestión decisiva: con la unidad entre el pensamiento teórico, la indagación sobre el lenguaje y la experiencia práctica. Galileo Galilei es uno de los fundadores de esta gran ciencia moderna que une cosas que estaban separadas. La ciencia que venía de los griegos era una ciencia abstracta, no comprometida con la experiencia, con el trabajo concreto, con la imperfección y las dificultades que plantea todo esto. Y por eso la ciencia griega era una ciencia de las matemáticas, de la geometría, no de la ciencia vinculada a la experiencia sino de aquella que se suponía guardaba la perfección del pensamiento y la lógica en una suerte de pureza incontaminada. Naturalmente estamos simplificando y aludiendo en particular al platonismo más que a la ciencia de los griegos en su diversidad. Con Galileo empieza la ciencia moderna, la que une la teoría y la práctica. Subrayo esto porque al plantear estos puntos hablo de cosas vinculadas con la estructuración del pensamiento científico que explican también el nacimiento de la economía. Repitiendo una tesis muy conocida: la terrenalidad de cualquier pensamiento pasa por la verificación práctica o, dicho de otra manera, la verdad de un planteamiento al margen de la práctica es una cuestión abstracta. Ello vale para la economía y vale para la historia, en el sentido de que el material de la realidad debe ser confrontado con la elaboración del pensamiento.

Abstracto es un término que usan a veces los juristas; por ejemplo, si yo atropello a alguien en la esquina soy culpable de un homicidio culposo, que en términos jurídicos significa no intencional o no premeditado. Pero si yo me muero antes de que se me juzgue, el juez dirá que ya el problema de la culpabilidad o la inocencia es abstracto porque ha dejado de existir. En ese sentido el pensamiento abstracto no tiene sentido, es especulativo, no tiene provecho; es abstracto en el sentido de desvinculado de la inseparable unidad entre la teoría y la práctica. No es a esta "abstracción" a la que hacemos referencia cuando hablamos de ella como un momento de la dinámica del

pensamiento científico. En ciencias como la economía la abstracción es un recurso clave en el método de investigación para poder formular resultados, generalizar, establecer leyes o principios del funcionamiento de la realidad observada y volver a verificar las conclusiones con esa misma realidad. Estoy hablando de otro tipo de abstracción, ya no concebida como ajena o extraña a la realidad. La unidad entre la teoría y la práctica del conocimiento científico vale para cualquier ciencia, incluso, por supuesto, la ciencia social.

La quinta característica de todo pensamiento científico se vincula con la regularidad, el carácter estructurado, sistémico, con el cual todo lo que existe se presenta. Si la realidad no tuviera, por debajo de cierta complejidad, una regularidad, un cierto orden, una cierta estructura, tampoco podría haber ciencia. Esto ha avanzado tanto que una rama de la ciencia moderna se llama "teoría del caos", es decir que hasta lo que antes parecía puramente azaroso, puramente caprichoso, puramente único e irrepetible porque era caótico, no es tan así. El caos no es sinónimo ya de azaroso, de caprichoso, quizá si de complejidad, pues revela cierta estructura. Del mismo modo como no puede haber ciencia de lo que no existe, de lo que no puede ser abordado, investigado, probado, etc., no puede haber ciencia de lo único e irrepetible, allí donde lo que normalmente llamamos "causa y efecto" no se manifiesta de alguna manera.

Una sexta característica muy importante en cualquier ciencia es el hecho de que el pensamiento científico progresa siempre en el sentido de generalizaciones crecientes. Tiende a tener una visión holística del mundo que enfrenta. Holístico es lo contrario a reduccionista, es una visión totalizante. Reduccionismo significa que si divido una cosa en partes, veo cada cosa y después, sumando, tengo el todo. Por ejemplo, un libro es una colección de palabras. Lo puedo separar en todas las palabras componentes y después unir las. Pero la unión de las palabras no da un libro. Un libro sólo puede comprenderse en la escala del todo; tiene leyes particulares en la escala del todo y no puede ser simplemente una suma de sus partes. Esta visión holística de la realidad ha ganado muchísimo terreno en los últimos años en el pensamiento científico general, aunque ya en el siglo XVIII hubo una reacción contra la ciencia puramente analítica. Esto es, el método cartesiano de separar y analizar en partes, el puro medir y contar de la ciencia que empieza con Galileo. Pero medir y contar excluye muchas veces el elemento *cualitativo* de la realidad; no medible, no contable por lo menos en los términos más simples de la matemática. Naturalmente cuando uno dice "holismo" o "reduccionismo" está haciendo algo que generalmente hay que tratar de evitar, que es separar las cosas en polaridades absolutas. El holismo integra el reduccionismo, porque medir y contar es una parte del proceso para llegar a una visión integradora, para avanzar realmente en el conocimiento. Dicho en términos más académicos y más rigurosos, y por eso muchas veces más incomprendibles sin una preparación adecuada: la dialéctica o la lógica dialéctica no da por abolida, o no liquida, o no invalida, la lógica aristotélica, la lógica formal. La integra en un programa de investigación más amplio y más abarcativo.

La economía política también tiene que ser holística. Esto ha dado lugar a un enorme debate en las ciencias sociales, en especial en el campo de la historia. Hubo una gran reacción en los últimos años contra la idea de una historia total. La historia sería nada más que la indagación de algunos recodos, de algunos espacios, de algunas mediciones recortadas en un contexto determinado, sin pretensión de ser parte de ningún todo. Ha proliferado aquello que en el título de un libro se denominaba "lo pequeño es hermoso". ¿Qué era Grecia? No sé, eso es muy complicado. Pero qué hacía una mujer griega con su vestido entre las cinco y las siete de la tarde puede iluminarnos no sé que cosa. Y la historia se ha fragmentado. Hay una historia cuantitativa, por ejemplo, una serie de precios sobre la producción de porotos en Potosí en 1700. Y no pretendamos hacer grandes escenarios sobre lo que pasó en toda esa época de un modo totalizador. De un modo burdo, se ha pretendido confundir la palabra *totalizante*, la palabra *abarcativo*, la palabra *amplio*, o la palabra *holístico*, con *totalitario*. La pretensión de explicar un todo sería totalitaria. Es un planteamiento muy reaccionario y muy anticientífico.

Un texto que escribí —"Engels, ciencia y socialismo"— en ocasión de un congreso que se hacía por el centenario de la muerte de Friedrich Engels, en 1995, contiene una crítica muy dura a uno de los ideólogos de esta visión, el sociólogo argentino Ernesto Laclau. Él defiende su posición de una manera bastante elegante y hace que una posición reaccionaria y anticientífica aparezca bellamente descripta. El razonamiento es más o menos así: en la Edad Media, los hombres creían que todo se explicaba por intermedio de los que sabían algo del mundo de los cielos, de los dioses. Era el mundo de la religión. Laclau dice que cuando la Edad Media se cae pasa algo trágico. El hombre sustituyó a los dioses, y mediante la razón y sus capacidades particulares, él trató de explicar todo, y por esto se convirtió en un ser totalitario.

Pero ése es el afán de toda la ciencia: tratar de explicar el todo. La ciencia avanza hacia la explicación del todo. Hay un joven físico argentino que está tratando de descubrir ahora en Estados Unidos algunas claves en relación con una explicación unitaria del origen del universo. ¡Miren qué dictador en potencia! En física hay cuatro fuerzas que explican el mundo: dos macroscópicas y dos microscópicas. La gravedad y el electromagnetismo en el nivel macroscópico, y una fuerza, llamada "fuerza fuerte", y otra débil, en el nivel microscópico. Todo el esfuerzo de la física se encamina a encontrar una fuerza que explique el conjunto, de la cual las otras serían manifestaciones particulares.

Naturalmente, se critica a veces a la economía, a veces al marxismo, por esa pretensión. Y como digresión digamos que el marxismo es una visión científica del análisis de la sociedad moderna, quiero decir que ciertos atributos que le son característicos no lo son porque sea "marxista" sino porque es ciencia. La ciencia es así. Además, los marxistas no inventaron el término "marxista". Un historiador inglés realizó un interesante trabajo sobre cómo y por qué surgió el calificativo "marxista", originado en la trinchera de los enemigos de Marx para desacreditar su lucha. El propio autor del *Manifiesto*

comunista dijo en algún momento, y después la frase se hizo famosa, "yo no soy marxista". En general se la usa para denigrar a los marxistas, pero en realidad Marx lo dijo porque él era contrario a la creación de un movimiento que tuviera un líder individual. El planteamiento que surge del análisis de Marx es que la historia es obra de fuerzas colectivas y no de individuos predestinados, una conclusión que, ciertamente, es bueno no olvidar.

Una séptima característica indisoluble de cualquier disciplina que se asuma como científica es la constatación de que la realidad, que debe ser analizada como un todo, que es ordenada, que debe ser indagada con una mezcla de teoría y práctica para comprender las mediaciones que hay entre la apariencia y la esencia; esa realidad es una realidad en permanente movimiento, en permanente transformación. La frase de Hegel "Todo lo que existe merece perecer" es ilustrativa. Es decir, todo lo que es, y que porque es despliega todas sus potencias, en un momento desaparece, se transforma en lo que no es. Nosotros mismos porque existimos merecemos perecer, y antes de perecer estamos siempre en constante transformación. No somos nunca los mismos. Depende para qué, somos los mismos, o no, según los contextos. Cuando a la noche vuelvo a mi casa no soy el mismo de la mañana, y no lo soy no en un sentido abstracto, espiritual, psíquico, poco tangible, sino en un sentido absoluto y tangible. Si hubiera una balanza, por ejemplo, se verificaría que mi peso es distinto. Al cabo de algunos años uno no tiene en el cuerpo ni una de todas las células que tenía hacía un tiempo. Y sin embargo uno sigue siendo el mismo. Este problema de la transformación, de la continuidad y la ruptura, invita otra vez a pensar las cosas no en términos puramente polares, antagónicos. Hay continuidad pero con rupturas, y hay rupturas pero con continuidad. La clave es que el mundo es un mundo en permanente transformación. Por eso la realidad siempre es histórica; las cosas suceden en un contexto determinado, en un momento, dentro de coordenadas del gran movimiento en el que deben ser abordadas. Y dentro de esas coordenadas algo que es puede dejar de ser.

En el prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* Marx dice que sus investigaciones lo llevaron a comprender que para producir los hombres contraen determinado tipo de relaciones sociales de producción independientes de su voluntad, y esas relaciones que contraen tienen que ver con la capacidad productiva que tienen. Se relacionan de determinada manera si su potencia para transformar la naturaleza es muy primitiva, y de otra manera si la potencia para transformar la naturaleza y hacer el mundo material es más avanzada. En la economía de subsistencia, propia de una época muy antigua, el mecanismo era, para llamarlo de algún modo, tribal. En la época de la gran máquina, funcionar como tribu no sirve. Cuando hablo de relaciones sociales se debe tener en cuenta que la palabra *social* no tiene ningún tipo de significado valorativo en este contexto. Quiere decir que los hombres no producen solos, separados unos de los otros, sino cooperando de una u otra manera. Ciertas relaciones sociales impulsan el desarrollo de las fuerzas productivas. Y ese mismo desarrollo de las fuerzas productivas en

otro momento hace que esas relaciones sociales ya no sean lo que eran, y que las fuerzas productivas requieran de otro tipo de relaciones sociales para desenvolverse. Lo que es se transformó en lo que no es. La realidad es histórica porque tiene movimiento. Nada hay fuera del tiempo y del espacio.

Absoluto y relativo, materialismo y especulación

Esto nos lleva a una octava característica. Estoy intentando que sean diez porque así la enumeración de ciertos atributos de la ciencia sería redonda, presentada con armonía. He aprendido de los matemáticos que la armonía y la belleza de ciertas cosas es muy importante en la ciencia; la simpleza y la armonía. Los que entienden de lenguaje matemático, porque la matemática es un lenguaje, encuentran que la fórmula de Albert Einstein $E = M \times C^2$ es de una armonía llamativa y de una gran simpleza para explicar cosas enormemente complejas. Si fuera muy inarmónica y muy poco bella no serviría. Siempre coinciden la simpleza, la armonía y la belleza con una gran explicación científica.

Entonces, la octava característica de todo pensamiento científico tiene que ver con el hecho de que en la ciencia no hay verdades absolutas porque todo está en movimiento. Vale la pena decirlo porque, si vamos a hablar de economía y vamos a hablar de marxismo, uno de los mitos más difundidos sobre el marxismo es que el marxista pretende la explicación total y absoluta. Un marxista no puede pretender dar una explicación absoluta de nada porque el punto de partida del marxismo es el abandono de la pretensión de tener verdades absolutas. Esto lo escribieron Marx y Engels cuando empezaron a estudiar la sociedad moderna. Plantearon que no hay posibilidad de llegar a verdades absolutas, que era la pretensión de la filosofía alemana en la cual ellos se formaron. Hegel había llegado a un sistema absoluto para la comprensión de todo. Tenemos que pasar, dicen, a las verdades positivas que surgen del desarrollo de la ciencia, positivas y relativas.

Hay que tener cuidado con el adjetivo "relativas". No se debe caer en lo que se llama "relativismo", o sea que todo vale. No, no todo vale. En un contexto determinado, dentro de coordenadas precisas, hay verdades absolutas o, si se prefiere, únicas. Son relativas cuando el contexto cambia: "Todo lo que existe merece perecer". Si no, caemos en que no hay ninguna posibilidad de conocimiento riguroso, cuestión que también está muy extendida en ámbitos de la ciencia. A veces se la pinta de una manera muy especial, para que suene agradable. Entonces, por ejemplo, alguien va a dar un examen y le dicen: "Diga, alumno, ¿qué marco teórico elige?". Se ofrecen marcos teóricos como papas en el mercado. Y no, así no vale. Hay que ver cuál marco teórico es el adecuado para una circunstancia determinada. Eso existe en el marco de cierta charlatanería, que abunda en las ciencias sociales —y que es una peculiaridad de las ciencias sociales. porque hay charlatanería en todas las ciencias pero en las ciencias sociales hay más—. Uno no puede decir que la man-

zana según Newton se cae por la gravedad, y según el criterio de un chamán porque hay alguien chiflando de abajo y la atrae con el chiflido. No, no puede ser; la ley de gravedad es "totalitaria". Newton fue considerado —es considerado todavía— un monstruo de la ciencia por el grandioso descubrimiento de esta ley. El hecho de que una sola cabeza haya, en tres grandes leyes, explicado el movimiento de las galaxias que están a 10 mil millones de años luz y el de la manzana que se caía es propio sólo de un monstruo genial. Hay una sutil relación entre Isaac Newton y la economía: John Maynard Keynes, uno de los grandes economistas del siglo XX, compró en un remate manuscritos de Newton y descubrió que era un loco total; era místico, alquimista, hizo experiencias rarísimas, lo que llevó a Keynes a decir que Newton no es uno de los grandes fundadores de la ciencia moderna sino el último de los grandes magos del pasado. Se sorprendió con las cosas que encontró en los manuscritos de Newton, que era una especie de ermitaño. No quería verse con nadie, nunca tuvo una mujer, no quería publicar lo que escribía. Era realmente un monstruo en el sentido humano, cotidiano, de la palabra, y un genio para la humanidad. Entonces parece que Newton se hizo místico por el abismo que le provocó su propio descubrimiento. ¡Que fantástico que se explique aquello de las galaxias y de las manzanas por una sola ley, tan simple y tan elegante!, la que dice que los cuerpos se atraen en una proporción que es igual al inverso del cuadrado de las distancias: la ley de la gravedad. Que algo que está a 10 mil millones de años luz se vincule con nosotros por una fuerza inmaterial, cuya formulación está en esa ley, a Newton le parecía que requería un dios. Y entonces era terriblemente místico.

Esta anécdota viene bien para explicar esto de las verdades relativas. Porque después de Newton vino Einstein. Einstein reveló que la explicación tan abrumadoramente universal de Newton no permitía, sin embargo, entender aspectos decisivos de la realidad. Sus leyes no servían para comprender qué sucede cuando se investiga el movimiento a altísimas velocidades. Einstein llenará esa laguna y sus formulaciones tendrán entonces un alcance todavía más amplio. Y luego vendrá otro a incorporar a Einstein, a Newton y a los anteriores a Newton en el gran contexto de una nueva visión superadora. La ciencia no es un camino, simplemente, de descubrimiento de La Verdad con mayúscula y de la conversión de La Verdad en una especie de deidad. Es un avance progresivo, por aproximaciones sucesivas a verdades relativas, a la comprensión cada vez más amplia del todo, del mundo que se va transformando y siempre va, por decirlo de alguna manera, delante de nosotros.

Una característica más, la novena de nuestra serie, se refiere a lo que llamaremos el *carácter materialista de la ciencia*. En el prólogo de Marx que comenté, él dice algo como lo siguiente: según son las relaciones entre los hombres, en relación con sus fuerzas productivas, así es el mundo que producen. Y así son los hombres produciendo. Sobre esa base real, concreta, material, construyen una cantidad de ideas, de mitos, de moral, de religión... Hasta ahora el mundo trató de explicarse a partir de lo que los seres humanos

piensan: del mito, de la moral, de la religión o de la ciencia. Marx dio vuelta la cosa. Planteó, básicamente, que es la vida la que determina el pensamiento y no el pensamiento a la vida. En ese prólogo dice que la existencia determina la conciencia y no la conciencia a la existencia. Primero está la realidad y después el científico, y no primero la ciencia y después la realidad. A eso se refiere el carácter materialista e, incluso, determinista de toda ciencia. Toda ciencia es determinista. No hay que confundir determinismo con exactitud, así como no hay que confundir lo de la totalidad con las verdades absolutas. Una verdad absoluta sería algo eterno. No hay nada eterno y universal, así que no puede haber cosas absolutas. No hay que confundir el determinismo con la exactitud. Y la ciencia ha avanzado mucho en esto, porque el determinismo en la ciencia ahora es probabilístico, no exacto en el sentido más restringido de la palabra.

Sobre esta base una décima propiedad clave de toda ciencia se vincula con su capacidad de predecir. Toda ciencia tiene que ser predictiva, tiene que ilustrar el desarrollo de sistemas y procesos estudiando las regularidades, las leyes que le son propias. Y las leyes permiten predecir, eso vale para cualquier ciencia. Por ejemplo, si el siglo XX no puede ser explicado a la luz de lo que el marxismo dice, no sería lo que podemos llamar una *sociología científica*. Y si la economía del mundo moderno que analizó, criticó y reelaboró Marx no sirviera para predecir ciertas cosas que pasan, no sería ciencia. La mayor parte de las cosas que se dice que dijo Marx y que no se cumplieron son cosas que Marx no dijo. Y hay que ver también cuál es la entidad de lo que dijo. Es decir, qué lugar ocupa en el diseño más general de su teoría. Ningún científico dejó de tener limitaciones en sus planteamientos. La esencia de un planteamiento es correcta cuando hay algo de fundamental en él y no algo marginalmente equivocado. Volveremos sobre esto.

La ciencia como economía y la ciencia social

Analizamos qué sería la economía como ciencia, es decir, qué características del pensamiento científico en general debe tener la economía si pretende ser realmente rigurosa. Ahora vamos a ver la ciencia como economía, es decir, qué hay de específico en la economía como disciplina. Para ello debemos situar el surgimiento de la economía como ciencia particular en el campo de lo que yo denominaría "la fundación de una sociología moderna". Engels dice que Marx es el Darwin de la teoría social: este último había integrado una comprensión de la evolución de las especies, había completado una historia totalizante del mundo animal, y Marx había completado una historia coherente, había integrado una explicación, a partir de los elementos preexistentes, de la evolución de la sociedad humana y en particular de la comprensión de las determinaciones de su existencia en la época contemporánea.

El punto de partida de esta ciencia, que es al mismo tiempo el punto de partida de la ciencia social y de la economía política —dicho en forma sintética y provocativa—, es el siguiente: antes de pensar el hombre tiene que comer. Para investigar cómo es el hombre, hay que ver cómo se produce a sí mismo en un sentido biológico y material. Se produce a sí mismo mediante la unión carnal. Y se produce como especie, más allá del ámbito puramente biológico, reproduciendo y acumulando los elementos de una vida material determinada. Marx dice que "el hombre es el mundo de los hombres". El hombre es lo que el mundo de los hombres construye y exterioriza. En la exteriorización de su ser el hombre produce un mundo determinado. Y comprender cómo produce socialmente ese mundo es comprender al hombre. No hay nada fuera de eso. Es decir, no hay nada que no pueda ser explicado a partir de la materialidad. No se trata de un enfoque "económico" de lo humano, parcial y fragmentario. Al contrario, es un abordaje en plenitud, abarcativo y total del fenómeno del hombre como tal.

Tomemos el caso de la ciencia biológica. La ciencia biológica, cuando entendió que el todo es superior a las partes y que había partes del todo que no se podían comprender simplemente sumando las partes, dijo: debe haber algo que no se explica por la biología ni por la física ni por la química; algo que dé una explicación del todo. Éstos eran los vitalistas. Y hablaban de una sustancia etérea, desconocida, incapaz de ser descripta, analizada o investigada por los métodos propios de la ciencia, que era lo que le daba a la vida esa particularidad que es la vida. Más tarde vino la biología sistemática, organicista, y dijo que no tenemos que salir del terreno de la ciencia para explicar el todo. Hay que volver a comprender el funcionamiento del todo y vamos a poder explicar el todo según las leyes que emanan de él.

A esto se refiere Marx cuando dice que "el hombre es el mundo de los hombres". El hombre es un producto. Un producto porque se produce mediante la relación sexual y porque, como hombre de una sociedad determinada, nacemos en un terreno determinado por la labor de generaciones previas. En ese sentido somos un producto, existimos en el tiempo y en el espacio. Pero somos un producto que se produce todo el tiempo, que se eleva sobre aquello que lo produjo para cambiarlo, para transformarlo, para desarrollarlo. La pasión de la naturaleza para un mundo ya no natural sino puramente humano: eso es el hombre.

El principio es analizar las cosas no yendo del cielo a la tierra sino de la tierra al cielo. Éste es el principio de la sociología científica. No a partir, como Marx y Engels dirán en alguna parte de *La ideología alemana*, del hombre predicado, del hombre representado, del hombre pensado, sino a partir del hombre real. El inicio de la historia requiere un hombre, y para estar en condiciones de hacer la historia el hombre tiene que comer, protegerse, vestirse, crear un ámbito adecuado para su supervivencia. Y ése es el primer acto fundante de la historia tanto en la antigüedad como ahora. Todos los días uno tiene que garantizar la producción de los elementos que hacen a su vida para poder seguir existiendo, y para poder pensar, y para poder enamorar, y

para criar a sus hijos, y para hacer una cantidad de cosas que tienen que ver con el ámbito de lo espiritual. El punto de partida, sin embargo, es uno. Es el ir de la tierra al cielo. Es el comprender algo oculto por la ideología —como conciencia falsa de la realidad— durante muchos siglos, como dice Engels al recordar la contribución histórica de Marx en el momento de su muerte.

Y aquí nace una nueva ciencia, una nueva posibilidad de entender el metabolismo de la sociedad humana, que es entender la historia del hombre. En el prólogo ya citado de *Contribución a la crítica de la economía política*, Marx dice que para entender la sociedad de nuestro tiempo no hay que comenzar por entender qué es la idea, ni la moral, ni el derecho, ni la religión. Para entender la sociedad moderna hay que comenzar por comprender la anatomía de la sociedad civil. Y la anatomía de la sociedad civil en la Edad Moderna tiene que ver con la forma en que se organiza socialmente para producirse. Es decir, “los hombres para producir se relacionan de una manera social determinada”. Esa relación social que contraen no es arbitraria. Está vinculada con cierto desarrollo de las fuerzas productivas. Las fuerzas productivas y las relaciones de producción forman un determinado modo de producción. Una cierta estructura de la producción sobre la cual se eleva cierta forma de pensar, cierta forma de razonar, cierta forma de moral dominante, cierta forma de religión, cierta forma de filosofía, a la que Marx llama “superestructura” y de la que dice que está condicionada por la estructura. No determinada en un sentido mecánico, sino que hay una cantidad enorme de grados, de posibilidades, amplitudes y libertades. Esta concepción es la que permite comprender el lugar más específico que ocupa la economía política como ciencia social, la misma que posibilitará su crítica y su superación.

Capítulo 2

La anatomía de la sociedad moderna

Nuestro punto de partida fue el análisis del pensamiento científico en general, o de la ciencia en general, tratando de establecer la aparición de la economía política como disciplina de este campo, en un contexto social e histórico adecuado. Por eso mismo pasamos de esta visión más o menos amplia a una precisión sobre la naturaleza científica de lo que puede denominarse “ciencia social” en la época moderna. Para esto hicimos alusión al método fundacional del marxismo, en el sentido de estudiar la sociedad humana no partiendo del hombre que está pensando en ella sino del que está construyendo su propia vida. Reiteremos aquello de que “no vamos del cielo a la tierra sino de la tierra al cielo”.

En función de esto llegamos al célebre párrafo del prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* en el cual Marx dice que la anatomía de la sociedad moderna debe estudiarse por la vía de la economía política, porque el secreto está allí. ¿En qué sentido? En el sentido de que el hombre produce su vida material, y por lo tanto se produce a sí mismo, se autoproduce, a través de determinado tipo de relaciones sociales, que son la trama fundamental de la sociedad en cuestión. Y esas relaciones sociales, cuya existencia es objetiva, independiente de nuestra voluntad, no se articulan en el vacío, no existen por capricho, sino que están estrechamente vinculadas con el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad de que se trate. Relaciones de producción y fuerzas productivas, entendidas como determinada capacidad del hombre de transformar la naturaleza para elaborar los materiales que hacen a su vida; una y otra cosa forman lo que se llama “modo de producción”. En un sentido muy general, los modos de producción que históricamente acompañan o son propios del desarrollo de la civilización humana son la sociedad primitiva, el esclavismo, el feudalismo y el capitalismo.

El elemento dinámico de todo modo de producción está dado por el desenvolvimiento de las fuerzas productivas. El hombre transforma la naturaleza y se transforma a sí mismo. Y en esa transformación crece el mundo material que construye, crece la exteriorización del mundo humano que surge de la producción de los hombres. Y a ese desarrollo deben adecuarse las

relaciones de producción correspondientes. Esta adecuación no es, naturalmente, armónica, sistemática, progresiva y sin pausa, porque las relaciones de producción están fuertemente ancladas en intereses muy precisos. Entonces, para tomar el caso de la sociedad moderna: si, por ejemplo, el desarrollo de las fuerzas productivas requiere un tipo de vínculo entre los hombres que suponga la socialización de los medios de producción, más allá de esta exigencia objetiva o real está el interés social de aquellos que tienen la propiedad privada de estos medios y que se oponen a la socialización. Por supuesto, en el pasado también fue así, en el sentido de que siempre ha habido intereses contrapuestos entre clases o fracciones diversas de esas mismas clases. Si no, no hubiera habido una revolución moderna, o una revolución burguesa, entendiendo a ésta también en un sentido general. Porque hablar de la revolución burguesa es hablar de un proceso de alrededor de trescientos años, que comienza con sus primeras manifestaciones en el siglo XVI en los Países Bajos, sigue en Inglaterra, con Oliver Cromwell y las dos revoluciones del siglo XVII; se expresa de un modo paradigmático en Francia en 1789, y finalmente en toda Europa con las revoluciones de 1848, dirigidas a consumir la tarea de liquidar el viejo pasado feudal. Todo un ciclo que, tomando sus grandes hitos, culmina precisamente con las revoluciones de 1848 en Europa y con la guerra civil norteamericana, allá por 1865, cuando se impone el norte burgués, capitalista moderno, sobre el sur latifundista y esclavista. Un vasto proceso histórico que configuró las relaciones de producción correspondientes a la gran industria moderna.

Luego de definir el significado de “modo de producción”, y haciendo hincapié en que lean con cuidado la definición de Marx en ese prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*, hay que señalar que la economía política estudia, o se concentra, como ciencia social, en la indagación acerca del tipo de relaciones sociales de producción, y específicamente en la época moderna, en la época capitalista. La economía política no aborda el desarrollo, el contenido o la especificidad de las fuerzas productivas, que en materia de indagación son propias de una cantidad de ciencias que no son la economía política. La economía política es una ciencia social; trata acerca de las relaciones entre los hombres. Esta definición de economía entra en colisión con otras definiciones convencionales, académicas, que dicen que la economía trata, en definitiva, sobre el vínculo entre las cosas. Porque, por ejemplo, un par de zapatos vale lo mismo que alguna otra cosa, en términos de valores de cambio. O con aquella otra corriente que plantea que la economía es una ciencia cuyo objeto es el estudio de la relación entre los hombres y las cosas, como hace la economía neoclásica, la economía marginal, la economía académica convencional moderna, que enfatiza el tema de la utilidad y de la relación que tienen las cosas con los hombres y a partir de la cual se forman los precios. Todo eso es una especie de degradación de la economía política, que en definitiva estudia vínculos entre los hombres cuya particularidad, como vamos a ver, es que están mediados por las cosas, como denominamos en general a los productos del trabajo humano.

La virtud del marxismo como ciencia no es haber consolidado, a partir de Marx, una especie de pensamiento totalmente original. Marx es la síntesis de lo mejor del pensamiento de su época sobre la sociedad y el hombre. En este sentido, como cualquier otra disciplina, el marxismo como ciencia integra las corrientes preexistentes y, al integrarlas, critica sus limitaciones; por lo tanto, reelabora algo novedoso en término de una síntesis original. La física nos brinda una analogía clara de lo que estoy planteando, retomando conceptos del capítulo 1. Newton integra los descubrimientos de una cantidad de físicos o astrónomos preexistentes, dándoles una forma universal, en particular en su famosa ley de la gravedad. Luego, en la época contemporánea, Einstein integra todo lo anterior en una visión todavía más amplia. Critica las limitaciones de lo previo, lo recontextúa y lo “resignifica” —para usar un término que siempre conviene utilizar siendo profesor, sobre todo si se es graduado de la Facultad de Ciencias Sociales—, generando un nuevo panorama y una nueva lectura del universo.

Las tres fuentes

Al igual que Newton o Einstein en sus respectivos contextos, el marxismo integra las grandes corrientes de pensamiento de su propia época. Éstas normalmente se resumen en tres vertientes básicas. Una es la vertiente hegeliana, la vertiente de la filosofía alemana, que tiene en Hegel su máxima expresión y cuyo componente fundamental es la idea de que el proceso del universo y el proceso del hombre están en constante mutación, en constante transformación, que no pueden ser analizados con los elementos propios de un análisis estático, de la lógica formal, la lógica aristotélica, la lógica silogística (todos sinónimos de lo mismo). Porque esa lógica lleva a pensar en compartimientos estancos, tratando de comprender las propiedades y las características de las cosas, hasta cierto punto, con un rasgo de inmutabilidad. Lo que dice la filosofía alemana es, en cambio, que todo cambia, heredando el planteo de aquel famoso griego, Heráclito, quien dijo que nunca nos bañamos dos veces en el mismo río. Ya tuvimos oportunidad de citar al propio Hegel: “Todo lo que existe merece perecer”. Por las leyes de su propio desarrollo, A se transforma en no-A, y por lo tanto para esto no sirve la lógica formal, aristotélica o como quiera llamársela. La lógica hegeliana, que en contraposición a la anterior se llama “dialéctica”, es la lógica de la transformación, del movimiento permanente, de aquello que conduce a la negación de lo que es, sobre la base del desarrollo de eso mismo que es.

Este punto es muy importante, y tiene que ver con los desarrollos de la ciencia más reciente, que ha pasado a preocuparse, como lo señaláramos, no sólo por los problemas de la cantidad, sino también de la calidad o, con mayor precisión, de los vínculos particulares entre lo cuantitativo y lo cualitativo. Y ésta es una de las leyes de la dialéctica, en términos controvertidos pero que valen por lo pedagógico, pues toma este punto de la transformación de

la cantidad en calidad. Por lo tanto, la suma de las partes no es el todo. El agua —demos el ejemplo clásico— se calienta hasta que no es más agua líquida sino gas o vapor. O, inversamente, se enfría hasta que ya no es líquida sino sólida o hielo. Hay un punto en que se da una transformación de lo cuantitativo en cualitativo. Esta visión del mundo como un gran todo, que vincula todas sus partes, que debe ser examinado con un criterio totalizante y que está en proceso de transformación, es herencia de la filosofía alemana. Ella es en parte una reacción a los excesos del cartesianismo y del mecanicismo, que reinaron durante el siglo XVIII, precisamente hasta los descubrimientos de Newton.

La otra gran vertiente del marxismo es la economía política inglesa, que tiene el valor clave de haber descubierto el enorme papel que cumple el trabajo en la producción de las riquezas humanas. De ahí justamente el nombre del libro de Adam Smith, *De la riqueza de las naciones*, de 1776. Hasta esa época la riqueza era considerada algo externo al hombre, algo que daba al hombre, desde afuera, una condición específicamente humana. Por eso, si tomamos el ejemplo histórico del voto censitario, el hombre tenía voto si tenía propiedades. Hubo un largo camino que recorrer hasta llegar al sufragio universal. Hoy nos parece, formalmente, una aberración, pero cuando hablamos de la propiedad tenemos que ver de qué estamos hablando. Cuando surge el voto censitario, la propiedad no era la propiedad de IBM, ni la propiedad de Shell, ni la de cualquier otra gran corporación, de alcance internacional. En ese entonces, la propiedad era estar afincado en algún lugar. Era lo que le daba a alguien, elementalmente, la condición mínima para no ser un paria, para ser un ciudadano. El pensamiento humano tuvo que evolucionar para concebir la riqueza como el resultado de la actividad del propio hombre, y no como algo externo a él, que le daba una condición particular. Por eso, dándole la razón a Engels, en los *Manuscritos económico-filosóficos* Marx dice que está muy bien plantear que Adam Smith es el Lutero de la economía. Porque Martín Lutero y la Reforma transformaron la religión en algo más vinculado a lo terrenal, en algo más vinculado a la subjetividad del hombre, así como Adam Smith transformó la propiedad en una construcción subjetiva, en el resultado del trabajo del propio hombre. Ambos, sin embargo, comparten la misma limitación: la humanización de la religión por parte de la Reforma de Lutero y compañía no liberó al hombre de la religión, lo mismo que la humanización del trabajo y de la propiedad, por parte de Adam Smith y de la economía política, no liberó al hombre de la propiedad. La economía política, a partir de sus propias limitaciones, se convirtió en una ideología, en una representación falseada, no auténtica, de la realidad, sosteniendo que esta sociedad —la mercantil capitalista— va a ser la última, la forma definitiva de la sociedad humana conforme a una naturaleza supuestamente eterna y universal del propio hombre para siempre. Por eso Marx elabora la *crítica a la economía política*, que es el subtítulo de su obra cumbre, *El capital*.

El descubrimiento de que es el trabajo el que crea la riqueza es revolucionario. Los griegos, por ejemplo, no consideraban el trabajo como algo hu-

mano sino más bien como algo animal, como algo extraño al hombre, y por lo tanto propio de esclavos. En la Antigüedad la palabra “trabajo” prácticamente no existía, o tenía una connotación completamente distinta de la actual. La palabra “producción” tampoco tenía sentido. Incluso en los mitos primitivos el hombre no trabaja ni produce, pues esto no existía ni siquiera como idea: el hombre se limitaba a extraer de la tierra aquello que surgía como parte de una gran unidad cósmica entre el Sol y la Madre Tierra, ya que éstos eran mitos sexuados, basados en la fertilidad. Hay quien dice que estos mitos sexuados basados en la fertilidad tienen que ver, desde el neolítico, con la elaboración de los metales, de las puntas para los arados, de los elementos para cazar y demás, puesto que aparecen como elementos sexuales masculinos que fertilizan la tierra. En este período se da la primera gran transformación humana: los hombres se asientan en la tierra para poder trabajarla. Tuvo que correr mucha agua bajo el puente para que se elaborara el concepto de trabajo como fuente de riqueza.

El trabajo fue “descubierto” cuando empezó a tener una potencia tal que nunca antes había tenido. Es decir, en la época moderna, y no antes. Debemos indicar asimismo que la economía política inglesa es, por supuesto, también el resultado de un desarrollo previo, en correspondencia con el desarrollo de las fuerzas productivas en la época moderna. En los albores de la propia era capitalista tenemos a los llamados “mercantilistas” que empiezan a pensar las cuestiones del mercado mundial, pero limitadas al comercio exterior, y a interrogarse sobre cuál es la fuente de la riqueza (que ellos referían a la acumulación del oro) y cómo se daban precisamente los intercambios en el mercado mundial. Después tenemos a los fisiócratas, hacia la mitad del siglo XVIII. Su teórico más importante es François Quesnay, que aporta algunas contribuciones muy importantes a conceptos que hoy son clave en el pensamiento económico y que puede ser considerado el fundador de la ciencia económica moderna. A los fisiócratas les debemos el aporte decisivo de haber comprendido el sistema económico como un gran metabolismo social. Quesnay ha pasado a la historia por haber diseñado lo que llamó el “cuadro económico”, que mostraba a la economía como una serie de flujos entre distintos tipos de sectores sociales, aunque la definición de esos sectores o capas fuera todavía relativamente primitiva. El “cuadro económico” era una especie de gran organigrama para tratar de entender el metabolismo de la producción social. En los tres vértices de ese organigrama había lo que un sociólogo moderno llamaría “actores sociales”, colectivos, sujetos, clases sociales. Quesnay agrupaba a los hombres según el lugar que ocupaban en la producción: una clase terrateniente, otra a la que llamaba “estéril” —la que estaba en las ciudades (estéril porque creían que las riquezas se producían en la tierra)— y una clase productora, los que producían en el campo. Para los fisiócratas el incremento de riqueza sólo provenía de la producción rural, del trabajo en la agricultura. A ese incremento, o excedente de producción por encima de lo producido anteriormente, lo llamaron “producto neto” (aho-

ra sería valor agregado); una idea clave que va a circular en todo tipo de conocimiento económico posterior.

La última gran vertiente que se integra en el marxismo es el llamado socialismo (utópico) francés, o pensamiento social francés. Los que más pensaron la transformación de la sociedad en términos de cambio práctico fueron los franceses. Y lo concretaron. Entre otras cosas por eso la Revolución Francesa y sus consecuencias alcanzaron un valor histórico universal. En Francia florece el “socialismo utópico” y también los pensadores que, como consecuencia de la frustración de la propia Revolución Francesa, se transformaron ellos mismos en defensores de una igualdad que fuera más allá de lo formal, dado que la “igualdad, fraternidad, libertad” —los grandes lemas de la revolución de 1789— no acababan de imponerse porque, a pesar de ser todos iguales y hermanos (recuerden la referencia a 1984 de Orwell), había algunos que eran más iguales que otros. Entonces el socialismo francés y los pensadores socialistas franceses se integran también como parte componente, constitutiva, de lo que luego será el marxismo. Entre los más conocidos socialistas utópicos se encuentra Charles Fourier junto a otros que imaginaban una sociedad mejorada respecto de la que había parido la sociedad burguesa moderna, pero a partir de sus propios pensamientos, a partir de sus propias ensoñaciones, de su propia creatividad, no a partir del estudio de las leyes del desarrollo de la sociedad en la cual estaban instalados. El pasaje del socialismo utópico al socialismo científico es la tentativa de entender la posibilidad de transformación de esta sociedad a partir de las leyes del desarrollo de esta misma sociedad y en eso consiste, incluso —si se quiere ser riguroso—, el papel revolucionario del capitalismo: el crear la base para su propia extinción y alumbrar la posibilidad de un orden social superior. Todo esto se integra, se asimila y se supera en la elaboración de un nuevo pensamiento, el marxista, al que también debemos encuadrar en la evolución del conjunto del pensamiento occidental que crece a partir de la época ya mencionada, al final de la Edad Media, del Renacimiento y comienzos de la era capitalista.

La historia, la economía y su misterio

Estas tres grandes corrientes del pensamiento moderno —la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés— confirman al mismo tiempo la tesis según la cual primero viene la existencia y después el pensamiento. La economía política surge en Gran Bretaña, porque es ahí donde se da la Revolución Industrial y el mayor impulso inicial del capitalismo. Había que entender cómo funcionaba esta nueva sociedad. En Alemania, en cambio, la filosofía sustituyó el fracaso práctico. Los alemanes llegaron tarde a todo. Tenían un país dividido en una gran cantidad de pequeños territorios, incluso cada uno poseía su propia aduana. Por eso la unidad nacional de Alemania es uno de los grandes problemas del siglo XIX y ese atraso

también ha marcado gran parte de la historia del siglo XX. Que Alemania haya llegado tarde a la historia capitalista tiene que ver con las guerras mundiales que marcaron el siglo pasado. Importa la comprensión de las condiciones históricas, materiales, concretas, del surgimiento de una forma de pensar. Finalmente, como los franceses son los protagonistas de varias revoluciones, desarrollan el llamado “pensamiento social”, o revolucionario, el socialismo de los franceses. Estas tres grandes corrientes se integran en una nueva ciencia: el marxismo. En contra de todo lo que se dice del marxismo, es una ciencia, es decir, una doctrina abierta. Esta definición pertenece a quien es considerado el más abstruso y totalitario dentro de los marxistas: Lenin. En algún momento le pidieron a Lenin que escribiera un artículo sobre el marxismo para una enciclopedia. Entonces escribió algo de lo cual me estoy sirviendo para explicar esto, ya que es ahí donde él habla de las tres fuentes, de las tres partes integrantes del marxismo. Ahí empieza diciendo que el marxismo, como toda ciencia, es una doctrina abierta, que es lo contrario de un dogma: un dogma es algo cerrado, fijo, inamovible.

Podemos decir que la economía política emerge en este contexto, en torno de tres grandes condiciones, o de tres grandes factores históricos, que marcan el medio en el cual precisamente surge. La primera condición tiene que ver con el hecho de que la órbita de la producción material de la vida humana adquiere una dimensión que nunca tuvo antes. Porque el capitalismo ha desarrollado las fuerzas productivas de la humanidad de una forma descomunal, creando las condiciones para otra cosa, para otra sociedad, para su superación. Hay una famosa frase del *Manifiesto comunista* que sintetiza esto, que habla sobre el carácter de cambio permanente que es propio, específico, del capitalismo y de su tarea de revolucionar las fuerzas productivas, y que incluso ha sido utilizada como título de un libro reciente, porque hasta tiene un aire poético. La frase dice “todo lo sólido se desvanece en el aire”, y hace alusión a este lugar del capitalismo que ha dado a la órbita de la producción una autonomía y una envergadura sin antecedentes en el pasado. Antes la producción estaba subsumida en otras órbitas, como la del consumo, la de un consumo muy restringido. Ahora es la producción la que toma la proa de este gran barco de la actividad humana revolucionándose constantemente.

La segunda condición para el surgimiento de la economía política tiene que ver con que, por primera vez en la época moderna, las relaciones de producción no están determinadas por factores extraeconómicos, como en el pasado cuando la sociedad estaba estructurada sobre la base de estamentos, castas, divisiones, que asignaban a cada hombre su rol económico. Un obrero moderno no tiene una distinción de sangre, de casta o de estamento en relación con el patrón de su empresa. Por lo tanto, la compulsión de ir a trabajar está determinada por el hecho de que no tiene otra cosa que ofrecer que la venta de su fuerza de trabajo, la libertad de no tener nada, la libertad de tener que ir a trabajar porque no posee ningún medio de producción. Pero no hay un factor extraeconómico como el que explicaba, por ejemplo, la situación de los esclavos o los siervos en el pasado.

La tercera decisiva gran condición del surgimiento de la economía política como ciencia es que, por primera vez, con el capitalismo la mercancía se transforma en la célula universal del universo económico. La mercancía es una cosa llena de sutilezas, dicho así a secas y de entrada. Parece una definición sumamente extraña porque la mercancía nos parece lo más trivial del mundo: es una cosa que tiene precio. Hemos nacido con los precios y moriremos con los precios. Con precios se manejaron nuestros padres y nuestros abuelos. Es una característica de las cosas, asimilable a cualquier otra de las características que ellas poseen naturalmente. Por ejemplo: de un televisor se puede decir que tiene ciertas características técnicas, colores, propiedades físicas y químicas, y un precio determinado. Y todo esto aparece como atributo del aparato. Sin embargo, es claro que el precio no está en ningún lugar físico del televisor, mientras que los atributos sí lo están, de manera material y muy concreta. ¿De dónde viene el precio? ¿Qué es el precio? Traten de explicarle eso a un niño y verán que hacerlo no es tan fácil, salvo induciéndolo a tomar los prejuicios que uno ya tiene incorporados como si se tratara de verdades eternas y universales, aunque no sean tales.

El ejemplo habitual que se da para comprender esto nos lo ofrece Rosa Luxemburg en su *Introducción a la economía política*, cuando nos dice lo que pasa cuando se le pregunta cuál es su riqueza a alguien del mundo antiguo o a alguien del mundo moderno. Creo que el personaje antiguo era Carlomagno. ¿Qué hizo Carlomagno para responder la pregunta sobre su riqueza? Un inventario. Dijo que tenía tantas cosas, tantas tierras, tantas vacas, tantos caballos, tantos palacios y todo lo que tenía. ¿Qué secreto hay ahí? Ninguno. Las vacas son vacas, los palacios son palacios y los caballos son caballos. En cambio, si le preguntan a un hombre moderno cuál es su riqueza, el tipo va a responder, por ejemplo, 50 mil millones de dólares. Incluso, si él apelara a un inventario de sus posesiones, nosotros, en nombre de la “claridad”, le podríamos decir que lo resuma, que nos diga el total: 50 mil millones de dólares. Y desde un punto de vista superficial esto es más claro esto que lo anterior. Pero no es así. ¿Qué son 50 mil millones de dólares? En principio son 50 mil millones de papelitos de un dólar. ¿Y qué son los papelitos de un dólar? En una época se cambiaba por oro. ¿Y por qué algo que no vale nada se cambiaba por oro? Porque había un Banco Central. ¿Y qué es un Banco Central? Ahora ni siquiera se cambia por oro. Se cambia por otro papelito. Lo supuestamente natural y trivial se transforma rápidamente en un verdadero laberinto.

Prosigamos. Dijimos que una mercancía es una cosa muy sutil. Nos vamos del ejemplo del dinero porque finalmente el dinero es una suerte de mercancía universal. El secreto del dinero es el secreto de la mercancía, es decir, del producto del trabajo humano que, más allá de su utilidad específica para el consumo (valor de uso), se caracteriza por tener precio o valor (la distinción entre una y otra cosa es irrelevante por el momento). ¿En qué consiste ese secreto? La respuesta a este interrogante es una parte clave de este libro, pero su sola formulación sirve ahora para entender por qué surge la economía política. O sea, por qué hay una apariencia cuya esencia no es

inmediatamente captable, que debe ser dilucidada. El precio o el valor de las cosas parece tan natural como sus propiedades materiales y, sin embargo, es un atributo social. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Cuál es el significado? Se cumple el principio de que para que haya una ciencia tiene que haber una opacidad. Por eso surge la economía con el capitalismo. Y cuando no haya más capitalismo ni mercancías, no habrá más economía. No es una ciencia eterna.

Hay economía cuando hay mercancías. Si no hay mercancías, no hay economía. Por eso coloco la mercancía como condición decisiva para el surgimiento de esta ciencia en especial. El misterio o “asombro” fundante de la economía —recordando lo que decía Aristóteles sobre el principio de la ciencia— es el producto del trabajo humano convertido en mercancía, en valor de cambio, en valor. Para ser más preciso, con las relaciones de producción que convierten a la mercancía, al valor, en lo que llamamos la “célula” del enorme tejido productivo de la sociedad moderna. El centro de las preocupaciones de la economía tiene que ver con estas relaciones de producción, es decir, con las formas sociales que son propias del trabajo humano en la época moderna. El trabajo, la actividad que es la base misma del sistema productivo, vuelve así al centro de la escena. Aquí entonces vamos a hacer un pequeño gran desvío en la explicación. Para resolver el “misterio” de la mercancía, para entender qué es el valor, vamos a plantear primero con algún detenimiento qué es el trabajo y cómo se manifiesta el trabajo en la producción de mercancías. Y entonces sí volveremos a una comprensión más aguda de la cuestión central en la economía política del problema del valor. Les pido, entonces, paciencia para seguir esta explicación.

El trabajo del hombre

Como señalamos en la Introducción, citando a Braverman, todo ser del reino animal al cual pertenecemos asegura su supervivencia a través de una relación activa con la naturaleza. Ahora, si trabaja un caballo y trabaja un hombre, ¿en qué consiste entonces la especificidad del trabajo humano? Y esto es lo que nos importa. Siempre hay que buscar, cuando se define, lo específico. “Definir es negar”, dice una famosa sentencia latina.

Lo específico del trabajo es algo que tiene que ver con la cabeza, con la conciencia, con el lenguaje simbólico. El trabajo del hombre es un trabajo con propósito. En los animales es puramente instintivo. Recordemos el famoso párrafo de *El capital* que también ya citamos en la Introducción: una araña puede hacer una tela de una perfección superior a la de cualquier tejedor. Pero el peor de los tejedores tiene una ventaja sobre la araña: tiene la tela, primero, en su cabeza. Trabaja con un propósito. Trabaja con conciencia. La conciencia también permite, por la vía del lenguaje, la transmisión de generación en generación. Por eso los hombres trabajan hoy de manera diferente a como lo hacían en el pasado. Las hormigas, las arañas, las abejas, “produ-

cen" los hormigueros, las telas y los panales de la misma manera que hace mucho tiempo.

El hombre tiene una capacidad especial relacionada con la conciencia, con el propósito. Y a partir de eso puede dividir la ejecución de la concepción del acto o del proceso de trabajo. Eso no lo puede hacer ningún otro animal. Todo animal tiene una relación unívoca con su trabajo. Por eso es siempre igual. El hombre, a partir de la conciencia, tiene una capacidad universal al trabajar. Puede hacer del trabajo un objeto de examen, también consciente. El hombre es el único que sabe que sabe, que conoce que conoce.

Esta capacidad de autorreplicarse, de saber que sabe, de saber que sabe que sabe, y así de seguido, es una capacidad que parece reproducir en el escalón más alto de la materia, que es la conciencia, una característica de la materia en niveles inorgánicos, es decir, donde no hay vida. El problema al cual se denomina como el de la autorreferencia ha dado lugar en el siglo XX a novedosas ramas de la ciencia y revolucionado la lógica y la matemática moderna, cuestionando las viejas fórmulas y métodos de las llamadas disciplinas "exactas", algunas de las cuales parecían eternas. Por ejemplo, la geometría cuyos fundamentos durante más de dos mil años fueron los que desarrolló Euclides en un trabajo excepcional para su época. Ya en el comienzo del siglo XX surgieron precisamente las geometrías no euclidianas, los triángulos cuyos ángulos ya no suman 180 grados, las paralelas que se tocan, etc., algo que fue decisivo en la elaboración, por ejemplo, de la teoría de la relatividad de Einstein, que ya mencionáramos. Sobre mediados del siglo XX un matemático de origen polaco, Benoît Mandelbrot, volvió a revolucionar el escenario con la geometría de los fractales. A diferencia de la del gran Euclides, la de Mandelbrot es la geometría de las formas irregulares, imperfectas, fragmentarias. Y más notable todavía, de las formas que se autorreproducen, que se autorreplican, que no pueden ser medidas y contadas con los viejos métodos matemáticos.

El ejemplo clásico sobre este punto es el de las fronteras. Tomemos como ejemplo la frontera que va desde Miramar hasta Mar del Plata, con sus acantilados y todo lo demás. Entre Miramar y Mar del Plata hay más de 40 kilómetros. Pero ¿cuánto mide la frontera? Podríamos poner estacas cada 10 metros, o alfileres cada 10 centímetros, por donde pasara un hilo. La longitud del hilo sería la medida de la frontera. Pero es obvio que cuanto más acerque los alfileres o las estacas mayor será la longitud. La cuestión se resolvería haciendo pasar el hilo por cada recoveco. Aquí surge el problema de la autorreferencia, porque cada fragmento tiende a reproducir en escalas más pequeñas la forma aproximada del todo, se autorreplica. Y esto, que parece fantástico, ha dado lugar a una nueva matemática. Hay figuras que se construyen con unas fórmulas que se llaman "ecuaciones iterativas" y que tienen la forma que sugiere la imagen mental que podemos tener de lo que describimos sobre la cuestión de la frontera. Lo que surge de todo esto es la intuición de la enorme potencia del fenómeno de la autorreferencia o la auto-

reproducción, como ese juego de espejos enfrentados que estiran sus propias imágenes hacia una suerte de territorio sin límites.

La metáfora anterior sirve para ilustrar la potencia del trabajo humano, marcada por la conciencia del hombre que sabe, que sabe que sabe, que acumula y multiplica sus capacidades. El trabajo humano tiene esta característica de tener propósito, que coloca al hombre y su conciencia como una suerte de sujeto universal frente a la naturaleza a la que transforma. Esto le da al trabajo humano capacidades extremadamente amplias y potentes que, a su vez, son un reflejo de la realidad. El hombre, en su trabajo colectivo, ha hecho maravillas, desde que surgió diferenciándose del mono, según la versión de la teoría de la evolución. El hombre ha ido tan lejos, ha llevado la potencia del trabajo a un nivel tal, que en el presente permitiría a la humanidad emanciparse de la necesidad de trabajar tal como lo ha tenido que hacer hasta ahora. Porque para garantizar los elementos que aseguran su supervivencia, el trabajo humano pasado ha creado enormes medios de producción que permiten sustituir ese mismo trabajo y crear un tiempo libre a disposición de los hombres fuera de la compulsión laboral inmediata. El trabajo puede abrir paso al no-trabajo o al trabajar de otra manera, dándole a la palabra "trabajo" un alcance muy vasto: "trabajo" es la relación con otros en la construcción de un mundo material. Hasta ahora siempre ha sido estar en la fábrica, estar en la producción. Ahora el hombre puede pasar a otro nivel.

De esta definición general de trabajo se desprende una primera gran contradicción, un primer gran problema, que causa asombro en su indagación. Si el trabajo es esta potencia, ¿por qué trabajar es tan penoso y miserable en la sociedad moderna? De este punto, por increíble que parezca, partió Marx. Marx va a llegar a la economía política a partir de que se relaciona con el mundo del trabajo de manera concreta, y con los trabajadores, cuando se exilia en Francia allá por los primeros años de la década de 1840. En 1844, cuando tiene veintiséis años, escribe una primera obra de gran envergadura sobre la materia económica, que nunca publicó, los llamados *Manuscritos económico-filosóficos*.

El trabajo alienado

Siguiendo esta idea de ir de la tierra al cielo, aquí se parte de un hecho económico contemporáneo: trabajar en la sociedad contemporánea es volverse loco (alienarse) y no elevarse a la cumbre de lo más maravilloso de lo humano (dicho esto de manera pedagógica y no demasiado rigurosa). ¿Qué está pasando?

¿Qué quiere decir "alienado"? Literalmente se refiere a algo que nos han sacado, a la enajenación de alguna cosa que nos pertenecía y se transforma por eso mismo en ajena. Para analizar qué significa el "trabajo alienado" Marx no parte de la filosofía sino de un hecho económico contemporáneo. Dice en los *Manuscritos*...

Partimos de un hecho económico contemporáneo. El trabajador se vuelve más pobre a medida que produce más riqueza, y a medida que su producción crece en poder y en cantidad. El trabajador se convierte en una mercancía aun más barata cuanto más bienes crea. La devaluación del mundo humano aumenta en relación directa con el incremento de valor del mundo de las cosas. El trabajador pone su vida en el objeto y su vida no le pertenece ya a él sino al objeto. Pero la vida que le ha dado al objeto se le opone como una fuerza ajena y hostil.

Marx describe así, metafóricamente, una realidad esencial del mundo moderno. Incluso esta realidad es hoy más potente que hace 150 años. La humanidad crea una riqueza abismal, pero esa riqueza abismal se distribuye de tal manera que para una parte entera de esa misma humanidad es un elemento hostil. Por ejemplo, el hombre crea y produce alimentos y se muere de hambre en proporciones sorprendentes. Ésta es una primera dimensión del significado de "trabajo alienado". La segunda consiste en lo siguiente: si el hombre produce algo que le resulta ajeno, que se aliena, que se levanta ante el hombre como algo hostil, uno no sólo produce algo que se le opone sino que tiene que trabajar en oposición a sí mismo. Es decir, uno tiene que trabajar no sólo no realizándose sino incluso negándose. O sea que no sólo se enajena la actividad de uno, el resultado de la propia actividad, sino que esa misma actividad es enajenada. Dicho en los términos de los *Manuscritos*...: "A la enajenación de la actividad corresponde la actividad de la enajenación".

Son dos aspectos de la cuestión que deben distinguirse: la enajenación de la actividad define el hecho de que el hombre trabaja, pero produce algo que no es suyo, que es de otro, que es del patrón —para que vean que todo se puede bajar a tierra—. Al mismo tiempo, la enajenación de una actividad da lugar a la actividad de la enajenación. Marx mismo la define del siguiente modo: "La enajenación del trabajo consiste en que el trabajador no se realiza en su trabajo sino que se niega, experimenta una sensación de malestar más que de bienestar, no desarrolla libremente sus energías mentales y físicas sino que se encuentra físicamente exhausto y mentalmente abatido. Su trabajo no es voluntario sino impuesto. Es un trabajo forzado. Su carácter enajenado se muestra en el hecho de que tan pronto como no hay una obligación física, o de otra especie, es evitado como la plaga. El trabajo en que el hombre se enajena es un trabajo que implica sacrificio y mortificación". Es decir, la primera dimensión del trabajo alienado es que se produce algo que no es propio, que es de otro. Por eso, cuando el trabajo debiera ser una actividad vital, consciente, que nos realiza con los otros, en la economía moderna termina siendo lo opuesto: un trabajo produce algo que es de otros, que no es propio, que se da como una potencia hostil. Un trabajo que nos mortifica, no nos gratifica, no nos da felicidad sino infelicidad. Con esta referencia al trabajador moderno, Marx describe una realidad aun más evidente hoy que hace 150 años.

De estas dos dimensiones básicas de la alienación del trabajo se deriva inmediatamente una tercera, puesto que —seguimos el texto—: "Llegamos al

resultado de que el hombre se siente libremente activo cuando no trabaja, sólo en sus funciones animales, comer, beber y procrear, o cuando más en su vivienda y en el adorno personal..." —observen la sutileza del análisis— "...mientras que en sus funciones humanas se ve reducido a la condición animal. Lo animal se vuelve humano y lo humano se vuelve animal". Se despoja al trabajo de su especificidad, la potencia del ser consciente que distingue al hombre como especie. Que el ser humano pueda aportar al trabajo, a su relación vital y activa con la naturaleza, la conciencia; la conciencia colectiva de un sujeto colectivo que está trabajando y, por lo tanto, la apropiación de las condiciones en las que trabaja en un sentido universal; todo eso es negado en la condición del trabajador contemporáneo. El hombre trabaja como un animal: lo humano se vuelve animal, lo animal se vuelve humano. Y para que no haya dudas: "Comer, beber y procrear son también, por supuesto, funciones humanas genuinas. Pero consideradas en abstracto, aparte del medio de las demás actividades humanas, y convertidas en fines definitivos y únicos, son funciones animales". Si el hombre come, bebe y procrea, puede no ser humano. Lo específicamente humano es la integración de una vida humana en general, y en primer lugar de la producción y apropiación social de esa vida. Si producimos, si trabajamos de una manera que aliena y que enajena, comer, beber y procrear son funciones en sí mismas puramente animales, casi instintivas.

Un texto de Istvan Meszaros dedicado de manera integral a lo que podemos denominar la "teoría de la alienación" en Marx sostiene que este concepto es el origen del posterior programa de investigación de Marx. El "asombro" —utilizando otra vez los términos aristotélicos— de Marx parte de este hecho. Importa subrayar que éste es un punto de vista radicalmente distinto del de la economía política clásica, la de Adam Smith y David Ricardo. La economía política consideraba que trabajar en el mundo moderno, como aún hoy trabaja un obrero "libre", es la forma natural de trabajar. El trabajo se había emancipado de cualquier yugo, de cualquier otro tipo de situaciones que impidieran ejercer la libertad de ir al mercado. La emancipación política de la servidumbre y del "viejo régimen" se identificaba con la emancipación humana en el mismo momento en que el hombre "libre" quedaba atrapado en la red de un sistema social de explotación del trabajo sin precedentes por su alcance, extensión y profundidad. Son dos puntos de vista antitéticos. Marx toma de la economía política algo fundamental: el descubrimiento del trabajo, pero advierte un problema, una contradicción: el misterio que convierte al trabajo del hombre en una potencia al mismo tiempo que en una carencia universal. Esto es un enfoque que podemos denominar "genético" del marxismo, que busca la raíz, el origen y embrión de su análisis, para observar cómo se va desarrollando y cómo el diseño del conjunto es riguroso, es científico. Se trata de explicar algo, ver cómo se despliega. Es importante entender esto, porque son elementos que sirven para que lo que se vea en economía política no sea considerado desde un punto de vista superficial sino

en el contexto de algo que, por lo menos para comprender la época moderna, es fundamental.

Para continuar, entonces, resumamos lo que definimos como las tres dimensiones del trabajo alienado. La primera es el trabajo en el que uno produce para otro, no para uno; para que sea de otro, ya que su propiedad no le pertenece a uno. La segunda dimensión del trabajo alienado es que se trata de un trabajo en el que uno no se realiza como hombre, porque no es la exteriorización de la propia vida sino su negación. “El hombre moderno trabaja para vivir, no vive para trabajar. Si el gusano de seda cobrara un salario por hacer lo suyo para poder vivir, sería un auténtico asalariado”, dice Marx en *Trabajo asalariado y capital*. Es decir, el trabajo no es la vida, no es la integración con otros y con la naturaleza para hacer la propia vida, sino que es un medio. Es un medio para vivir, y un medio podrido para vivir. Es el que corresponde a la sociedad mercantil, donde uno vende su capacidad de trabajo a otro, durante un cierto tiempo, para que él la use, en la misma medida en que el hombre pierde el control de su propio trabajo. Hay alienación del trabajo porque con el trabajo pasa lo mismo que con cualquier otra mercancía. El que compra la mercancía realiza su valor de cambio y es el déspota de su valor de uso. Uno vende su trabajo por ocho horas y el déspota del valor de uso de ese trabajo es otro, es el patrón. Hay otro que es el que controla el trabajo de uno. Esto es absolutamente terrenal. Es más terrenal que las tonterías que dice la economía convencional, que pretende ser terrenal, cuando habla de bonos, intereses y todas esas cosas que aparecen como lo más concreto de su saber vulgar. Así que, con los *Manuscritos económico-filosóficos* estamos hablando de la realidad. Y lo fantástico es que, aunque fueron escritos hace 150 años, sin embargo iluminan un rasgo decisivo en el funcionamiento de la sociedad moderna.

La última dimensión, la más importante, es que el hecho económico contemporáneo implica que, trabajando de una manera alienada, el hombre termina negando el carácter específico del trabajo humano como especie. El hombre se aliena de los otros hombres y termina siendo un animal y no un sujeto colectivo que crea el mundo material de su propia vida. Ésta es una enajenación profunda y un punto de partida decisivo del cual comienza el análisis de Marx. En los *Manuscritos económico-filosóficos*, como dice Meszaros, está en estado de nacimiento todo el programa de investigación de Marx.

Capítulo 3 Trabajo alienado y mercancía

Al examinar en el capítulo anterior el “trabajo alienado”, propio de la época contemporánea, partimos de una contradicción. Esta contradicción proviene de un hecho elemental: el trabajo, en principio, convierte al hombre en un ser universal, lo delimita de todos los otros representantes del reino animal y le da posibilidades ilimitadas para transformar la naturaleza. Sin embargo, este trabajo humano —cuyo descubrimiento desde el punto de vista teórico corresponde a la economía clásica en la época moderna— se encuentra en total oposición a la experiencia inmediata, cotidiana, de los que trabajan. Por esa experiencia de los que trabajan, o por el análisis de esa experiencia como hecho económico contemporáneo, Marx lo denomina “trabajo alienado”.

Todo al revés

Cuando, en el capítulo 2, esquematizamos tres dimensiones del trabajo alienado como se presentan en los *Manuscritos*..., lo que hicimos fue dotarnos de un abordaje que permite describir y comprender el mundo capitalista en lo que tiene de esencial. Por eso aunque el título original remite a lo “económico-filosófico”, esto no debe ser entendido en el sentido de especulativo o abstracto como opuesto y extraño a la propia realidad, al revés. Seamos bien concretos, entonces. Cuando afirmo que con el trabajo alienado produzco algo que no me pertenece sino que le pertenece a otro y que perteneciéndole a otro se enfrenta conmigo en un plano de hostilidad, en un plano de extrañamiento, mi afirmación “filosófica” es la realidad concreta y material del mundo contemporáneo. Hoy conviven el hambre y la abundancia de alimentos que lo satisfacen, pero los productos que satisfacen el hambre aparecen como extraños, y por lo tanto hostiles a la masa de hambrientos.

Bien concreto: una estadística reciente de Naciones Unidas revela que 20 por ciento de la humanidad vive con un dólar por día, otro 20 por ciento lo hace con dos dólares por día. Por lo tanto, al hablar de alienación estamos hablando de la realidad en la cual vivimos. Son cifras divulgadas por la

prensa. En la misma prensa en la que se dedica una página entera a informar sobre la magnitud que alcanzan hoy en el comercio mundial transacciones de carácter puramente criminal y delictivo según las convenciones vigentes. La noticia respectiva se refería a la envergadura del “tráfico de personas”, un negocio que por su volumen comienza a rivalizar con el negocio que estimativamente se calcula en 500 mil millones de dólares del llamado “narcotráfico”. Al hablar del tráfico de personas, en definitiva, se habla de la expresión más extrema y más miserable de la explotación del trabajo. Y esta explotación incluye no sólo el tratamiento como animales de una inmensa masa de inmigrantes de países paupérrimos, que buscan trasladarse hacia los países económicamente más desarrollados, sino también el trabajo esclavo de los niños. Hay 250 millones de chicos sometidos a algún tipo de forma de trabajo esclavo en el mundo, incluyendo 40 millones en América latina y 7 millones en Brasil. Hay también casi 200 mil mujeres por año que, bajo diversas formas de engaño, son trasladadas de los países del este hacia el oeste del hemisferio norte del planeta para ejercer la prostitución. También en condiciones de esclavitud, porque las llevan engañadas con una oferta de trabajo y después las someten por diverso tipo de procedimientos, de los cuales la violencia es el más común. Es decir que cuando hablamos de la alienación del trabajo, lo hacemos porque en un texto de hace 150 años vemos la realidad de hoy.

Luego de todo lo señalado sobre la alienación del trabajo debería ser claro que la superación de la alienación es la superación consciente por parte del hombre de las condiciones de su propio trabajo. La visión más general de Marx, y del marxismo en un sentido amplio, es que el hombre conviva en una relación con la naturaleza y con sus iguales auténtica y directamente humana. Que siendo el trabajo la “actividad vital del hombre” —y sobre esto un texto de consulta interesantísimo es el de Mario Manacorda, *Marx y la pedagogía moderna*—, el trabajo entonces sea la vida y no, como ya dijéramos, un medio para vivir. Que no sea un medio, y un medio degradado para vivir. Un medio, además, vinculado a una realidad indisociable del trabajo alienado y que plantea un vasto campo de análisis e investigación. Me refiero al hecho de que el trabajo alienado es el que se ha convertido en mercancía que se puede vender y comprar. No es cualquier forma del trabajo.

Vamos a examinar esta vinculación entre trabajo alienado y mercancía. En el capítulo anterior afirmamos que para entender qué es la mercancía íbamos a hacer un desvío previo para analizar el trabajo en sus determinaciones generales y en sus manifestaciones concretas en la sociedad moderna. Estamos llegando al final del desvío. Queda una precisión más, porque quiero señalar antes qué significa que la alienación o trabajo alienado esté en oposición al concepto de “relaciones directamente humanas”. Para entender esto podemos observar el capítulo de los *Manuscritos*... que hace referencia al dinero. El dinero es casi la mercancía misma, en el sentido de que es puro valor de cambio y ése es su valor de uso: el de ser la referencia misma de todos los valores de cambio, el “equivalente general”. El dinero permanente-

mente intermedia las relaciones entre los hombres y convierte lo negro en blanco y lo blanco en negro. Es decir, si yo tengo dinero puedo comprar el amor, y si no tengo dinero puedo ser un infeliz. Si yo tengo vocación de estudiar y no tengo un peso, no estudio. Y si tengo dinero pero no tengo vocación de estudiar puedo, hasta cierto punto, comprarme el estudio. Si yo quiero disfrutar del mundo viajando y no tengo dinero, no viajo. Si soy un imbécil y no me importa viajar pero tengo dinero, capaz que termino viajando. El dinero puede invertir todo. Y es notable que en ese capítulo sobre el dinero Marx comience con una cita de Shakespeare que definía al dinero como la prostituta universal, en el sentido de que es capaz de este tipo de trastocamientos.

Al vincular el trabajo alienado con la forma mercantil del trabajo humano, con el hecho de que la fuerza de trabajo puede venderse y comprarse, nos permitimos hacer una reflexión más general sobre la forma extrema de la mercantilización de las relaciones humanas que es el dinero: “El dinero”, dice Marx, “es la conjunción y el cambio en todas las cualidades naturales y humanas; transforma la fidelidad en infidelidad, el amor en odio, el odio en amor, la virtud en vicio, el vicio en virtud, el siervo en amo, la estupidez en inteligencia y la inteligencia en estupidez”. Esto sucede cuando el hombre es hombre por medio y a través del dinero, de la representación misma de la alienación. Un hombre que no es hombre porque no puede expresarse como tal objetivamente como es requiere la mediación del poder de compra resumido en la categoría dinero. Algo cuya superación, sin embargo, puede imaginarse más allá de la alienación, en una sociedad que sea humana en la cual “el hombre es hombre y su relación con el mundo es una relación humana. Entonces el amor sólo puede intercambiarse por amor, la confianza por confianza, etc. Si quieres gozar del arte tienes que ser una persona artísticamente cultivada, y no poseer dinero, si quieres influir en otras personas debes ser una persona que estimule e impulse realmente a otros hombres. Cada una de tus relaciones con el hombre y la naturaleza debe ser una relación específica correspondiente al objeto de tu voluntad, de tu verdadera vida individual”. Destaquemos lo de *individual* porque está muy extendido el prejuicio de que Marx sólo veía a las masas colectivas y de que era incapaz de pensar en términos de una emancipación que hiciera de la vida individual, para decirlo en términos simples, una vida vivible para cada individuo. “Si amas sin evocar el amor como respuesta, es decir, si no eres capaz, mediante la manifestación de ti mismo como hombre amante, de convertirte en persona amada, tu amor es impotente y una desgracia”, dice Marx. Es decir, el hombre se realiza, hasta en el terreno más etéreo y más sublime del amor, sólo como un acto social, cuando la relación con otro hombre es auténticamente humana y existe una suerte de interacción y de correspondencia en esa relación mutuamente construida.

Alrededor de estas citas, que parecen muy distantes de un curso de economía, quisiera resaltar el alcance más amplio que tiene la crítica a la economía política señalada por Marx en la construcción de una sociología científica y de una visión del mundo que contemple la emancipación del hombre a

partir del análisis de las condiciones en las cuales vive. Y el análisis de estas condiciones pasa fundamentalmente por comprender cómo el ser humano produce los elementos de su propia vida. Recordemos, finalmente, que el hombre construye su mundo no simplemente a partir del instinto. Se diferencia de los animales cuando construye su mundo real por un mecanismo que ya no es puramente instintivo, en el cual intervienen el cerebro, la conciencia, el lenguaje simbólico, la posibilidad de transmitir de uno a otro y de generación en generación y, en definitiva —según la definición de Braverman—, en la posibilidad de separar la concepción de un producto del trabajo de su ejecución. Si el hombre se expresa apropiándose de las condiciones de producción de su propia vida como un ser colectivo, habrá construido un contexto en el cual las relaciones entre los hombres no estarán mediadas por ninguna otra cosa que por las cualidades directamente humanas, y no por el dinero. El trabajo alienado, trabajo enajenado, trabajo mutilado, significa un trabajo al cual algo se le ha quitado. Se le ha quitado el resultado, se le ha quitado la libertad de poder debatirlo colectivamente y ejercer una actividad vital, se le ha quitado, por último, la condición de una verdadera acción colectiva consciente de seres humanos.

El trabajo alienado se confunde, se identifica, con la mercantilización del trabajo humano. Pero a su turno, la mercantilización del trabajo humano, la conversión de la fuerza de trabajo en algo que se vende y se compra, corresponde al desarrollo más o menos pleno de la sociedad capitalista moderna. Lo que es específico del trabajo humano en la sociedad capitalista moderna consiste en que la capacidad de trabajar se puede vender y alguien la puede comprar. Nunca existió un fenómeno universal de esta naturaleza. No quiere decir que antes del capitalismo no hubiera explotación; estoy hablando de *la forma* de esa explotación. El siervo de la gleba no vendía su fuerza de trabajo. Entregaba al dueño de la tierra, no en función de mecanismos económicos sino extraeconómicos, una parte de lo que producía. El esclavo no vendía su fuerza de trabajo, porque él mismo, como hombre, era una mercancía. La especificidad de la forma del trabajo en la época moderna es única, por eso es específica.

Si la mercantilización del trabajo corresponde al desenvolvimiento pleno de la sociedad capitalista, la clave original de la sociedad capitalista es una confiscación, una expropiación, una alienación, una enajenación, que separa al hombre de las condiciones de trabajo. Y por lo tanto, en términos históricos, convierte al viejo siervo de la gleba, o al viejo artesano medieval, en obrero moderno. Y la única capacidad de este obrero, careciente de herramientas y medios de producción, es poder vender su fuerza de trabajo. Así que el origen de la sociedad capitalista es una confiscación. Y a esa confiscación corresponde el desarrollo pleno del trabajo alienado. Veremos, al hablar de la teoría del capital, cómo esta confiscación —que es el contenido de la relación social capitalista bajo formas muy concretas— va evolucionando con el tiempo.

La superación del trabajo como enajenación

Basta decir esto para comprender, en un sentido más concreto y menos filosófico o abstracto, en qué consiste la apropiación de las condiciones de trabajo. Consiste en revertir este pecado original del capital. Dicho con palabras de Marx: en expropiar a los expropiadores. Es decir, a la clase social que en algún momento se constituye como clase social dominante bajo el fenómeno de la confiscación de las condiciones del trabajo, que se juntan en un polo de la sociedad mientras que en el otro polo, donde está la inmensa mayoría, no hay medios de producción sino la libertad de vender la fuerza de trabajo.

La superación de esta alienación implica otra forma de sociedad. Porque apropiarse de las condiciones que hacen a nuestro propio trabajo significa expropiar a los expropiadores. Son cosas muy específicas. ¿Quiénes son los expropiadores? Son las doscientas, quinientas, mil grandes corporaciones que tienen la sartén por el mango en la economía mundial, que controlan los recursos de la producción colectiva, concentrados como nunca antes en la historia.

Estoy hablando de las condiciones sociales más generales que pueden crear un ámbito para que haya auténticas relaciones humanas. Al hablar del trabajo alienado, señalé que el hombre se siente libre cuando no trabaja. ¿Pero es realmente libre alguien que se pudre trabajando y goza del placer de no trabajar? No. Entonces a las palabras y los conceptos hay que darles un sentido amplio y conectarlos entre sí, ponerlos en movimiento, no hacer una fotografía sino una película. La forma social del trabajo y del no-trabajo forman una suerte de par unívoco. Por eso existe el ocio alienado, el consumo compulsivo, la explotación del "tiempo libre". La conquista real del ocio y del gozo es incompatible con el trabajo enajenado.

Marx no sólo planteaba la emancipación de los trabajadores sino también que la emancipación de los trabajadores era un principio para emancipar a todos los hombres. Y esa emancipación coincidía con las posibilidades del hombre de emanciparse del trabajo directo de la producción, del trabajo compulsivo, del trabajo exigido por la necesidad de sobrevivir que rige desde que el hombre tiene que agachar el lomo para sacar algo de la tierra para comer. Quiere decir que en la base de la alienación del trabajo, que toma una forma social extrema durante el capitalismo, hay algo anterior. Ese algo anterior es la división del trabajo, impuesta por la precariedad del desarrollo de las fuerzas productivas. El hombre se parcela y se fragmenta, no tiene una visión general del ámbito de realización material de los elementos que hacen a su vida. Un abordaje sobre esta integración del hombre con su mundo productivo y la naturaleza sostiene que ésta era la característica de las sociedades más antiguas, de lo que a veces se menciona como el comunismo primitivo. Era tan primitivo que producir se limitaba a la caza y a la pesca o a la recolección. Todo funcionaba de una manera más o menos igualitaria en la producción. Pero era un universo de precariedad. Era un universo justamente de primitivismo, en el cual el hombre estaba más próximo al animal.

No es el mismo universo sino el antípoda del actual, resultado de un trabajo acumulado de generaciones y del desarrollo histórico de la sociedad moderna.

Esa división del trabajo, que en el capitalismo se desarrolla mucho y toma formas extremas, se da en el contexto social del trabajo asalariado, del trabajo enajenado que priva completamente al hombre de la apropiación consciente de las condiciones de su propia producción. Pero la división del trabajo es indisoluble del desarrollo de las fuerzas productivas y de la posibilidad de sustituir el propio trabajo humano por la operación de una máquina y el trabajo colectivo por un conjunto de máquinas. En este sentido la forma más extrema de la división del trabajo, bajo el sistema de la explotación del trabajo, crea las condiciones para eliminar, o mejor dicho superar, el proceso histórico secular de esa división del trabajo. Entonces el hombre podría apartarse de la producción inmediata y actuar como una especie de supervisor general del proceso productivo cuya base ahora es la máquina y no el trabajo directo del productor. La humanidad podría convertirse toda en una suerte de gran intelectual que puede tomar distancia del proceso productivo, porque la tarea de muchos hombres las harían las máquinas, las harían los robots, las haría el monstruo mecánico. La productividad del trabajo —porque las máquinas aumentan la productividad del trabajo—, acumulada históricamente, permitiría al hombre elevarse a una sociedad, hasta cierto punto, sin trabajo, es decir, sin el trabajo tal como fue conocido hasta la modernidad. Y sin embargo el trabajo ganaría la forma más bella posible; sería entendido como una relación, entre hombres y con la naturaleza, libremente constituida, que tiene ciertos prerrequisitos materiales. Una forma que es incompatible con el trabajo asalariado por la sencilla razón de que si en esta sociedad el hombre no trabaja está condenado a la miseria porque la división del trabajo transforma al trabajador en una suerte de apéndice de la máquina, un trabajo más descalificado, más simple, más animal y más barato... para el capitalista.

La animalidad del trabajo asalariado puede ser mejor comprendida si uno no está preso del concepto de que el trabajo emancipa, de que el trabajo dignifica. Este trabajo, el de la sociedad actual, no dignifica: este trabajo es opresivo. Pero el valor dignificador está tan metido en la cabeza porque es una deformación, incluso desarrollada por el mal llamado “comunismo” de la época stalinista. Hay una película de un polaco en la cual se muestra cómo una bestia que transportaba no se cuántos kilos en una hora y a una distancia determinada era el monumento al trabajador, al hombre nuevo. Es una tontería. El hombre nuevo para Marx es el hombre que puede pensar, el hombre que tiene tiempo libre, el hombre que tiene horas para dedicarle al gozo y al placer en una libre interacción con sus semejantes y con la naturaleza, no una bestia de carga. Una bestia de carga es un animal.

En definitiva, en una sociedad superior la significación social del trabajo y del no trabajo, la significación social de estar ocupado y de estar libre, va a cambiar radicalmente, porque está preparada por las condiciones materiales de desarrollo histórico previo. En esa sociedad superior vamos a tener

un hombre desconocido hasta ahora, un ser humano que podrá desplegar todas sus potencialidades. Como dice Pierre Naville en su libro *De l'alienation a la jouissance*: “Un tipo de comunidad (humana) y de intercambios sociales, cuya forma plenamente desarrollada es todavía difícil de prever, ya que, por definición, todas las necesidades se expresarán en la esfera de la libertad y el no trabajo y el trabajo serán metamorfoseados en pura actividad creadora. La producción no será más el precio del consumo; ambos serán los polos de un mismo acto social y personal de creación”. Hoy la inmensa mayoría de la humanidad tiene que ir a trabajar, ya no por las exigencias materiales que supone producir los materiales para vivir, sino por la forma social específica que toma la explotación en la época contemporánea. Pero no es tan difícil asimilar al explotado moderno con un animal, con una bestia de carga. Y más en una época en la cual la flexibilización laboral, la baja de los salarios, la extensión de la jornada de trabajo, han convertido al trabajo en una penuria descomunal, que se asocia más a la concepción del hombre como un burro que como un auténtico ser humano.

Esto puede ser profundizado si se consulta los *Grundrisse*. Los *Grundrisse* son una suerte de borradores que escribió antes de redactar *El capital*. Y, como los *Manuscritos económico-filosóficos*, casualmente, no fueron publicados hasta la mitad del siglo XX. En los *Grundrisse* Marx hace una descripción de las potencialidades que crea la maquinaria moderna, la automatización. A partir de esta nueva realidad el hombre ya no mide la capacidad de crear riqueza por el tiempo que le dedica al trabajo. Hasta ahora fue así: cuanto más trabajás, más creás, entendiendo trabajo en el sentido de aquél aplicado directamente a la producción. Pero con el monstruo mecánico creado, el hombre puede funcionar más como supervisor general de ese mecanismo automático que produce por él y así alejarse de la producción directa. El tiempo de trabajo deja de ser la medida de la riqueza, es decir que es la superación de la teoría del valor, que los clásicos establecieron a partir del vínculo entre capacidad de trabajo y cantidad de riqueza, y cantidad de trabajo y acumulación de esa misma riqueza. Esta teoría se va a superar si nos libramos de la forma social explotada en la cual el trabajo es envilecido en la sociedad contemporánea.

Marx plantea, entonces, que el robo del tiempo de trabajo ajeno, sobre el cual se funda la riqueza actual, aparece como base miserable comparado con el nuevo fundamento recién desarrollado, creado por la gran industria. Y ese nuevo fundamento es que el trabajo ya no aparece recluso en el proceso de producción sino que, más bien, el hombre se comporta como supervisor y regulador con respecto al proceso de producción mismo. Por lo tanto, en la medida en que la gran industria se desarrolla, la creación de riqueza efectiva se vuelve menos dependiente del tiempo de trabajo y del *quantum* de trabajo empleado. La riqueza depende, más bien, del estado general de la ciencia y del progreso de la tecnología, o de la aplicación de la ciencia al proceso de producción. Todo esto está en contradicción con el hecho de que el lucro depende de que más gente trabaje, en condiciones más penosas, para hacer

más amplia la ganancia. Por eso, el robo del tiempo de trabajo ajeno, sobre el cual se funda la riqueza actual, aparece como una base miserable comparado con este fundamento de la industria moderna. La alternativa de no trabajar implica convertirse en un paria social. Las notas de los *Grundrisse* que citamos terminan con esta frase formidable: "El plustrabajo de la masa ha dejado de ser la condición para el desarrollo de la riqueza social, así como el no trabajo de unos pocos ha dejado de ser la condición para el desarrollo de los poderes generales del intelecto humano". Para decirlo de un forma sencilla, para que hubiera un Aristóteles tenía que haber quinientos esclavos, si no la mente brillante de un pensador en Grecia no podía materialmente funcionar. Hoy los quinientos esclavos y Aristóteles podrían no trabajar porque, a diferencia de la Grecia antigua, tenemos inmensas capacidades para proveernos de lo necesario sin trabajar en el viejo sentido de la palabra.

En 1700, 90 por ciento de la humanidad estaba todavía en el campo. Tenían que producir para ellos y sobraba para alimentar al otro 10 por ciento, los que estaban en las ciudades. Hoy con 3 por ciento de la población en el campo se alimentan ese 3 por ciento y el 97 por ciento restante en un país desarrollado. Hay que entender con plenitud la frase de "que el no trabajo de unos pocos ha cesado de ser la condición para el desarrollo de los poderes generales del intelecto humano". En una sociedad en la cual nos apropiemos de las condiciones de producción modernas, vamos a poder multiplicar los Aristóteles. Naturalmente que, con una base más amplia, el genio, la creatividad, las posibilidades humanas, van a tener una dimensión desconocida en el pasado. Todo esto explica por qué la frase famosa de Engels, "con la superación del capitalismo pasamos de la prehistoria a la historia", tiene una dimensión que va más allá de lo puramente aforístico.

¿Qué es eso llamado "mercancía"?

Tenemos ahora que detenernos. En el análisis del significado del trabajo moderno, del trabajo asalariado, nos alejamos mucho del interrogante inicial de este capítulo. Si este trabajo enajenado es el trabajo, o es la capacidad de trabajar convertida en mercancía, ¿qué relación existe entre ambas cosas, entre la alienación del trabajo y la(s) mercancías(s)? El punto de partida para abordar este problema es comprender que "mercancía" no es sinónimo de producto de trabajo humano. La mercancía es una forma, una forma social del producto del trabajo en determinadas relaciones particulares de producción.

El valor, valor de cambio, es una realidad puramente social porque no se desprende de la materialidad específica del producto del trabajo —a esto se remite el valor de uso— sino del tipo de relaciones que establecen los hombres para producirlo. No siempre el producto del trabajo es una mercancía. Si el valor estuviera dado por la utilidad, como dice la economía tradicional, hubiera habido precios y valores desde que el hombre salió a cazar y pescar

en épocas remotas. Las cosas siempre fueron útiles, pero sólo en la época moderna son mercancías de un modo universal. No es la utilidad la que explica por qué un valor de uso se transforma en un valor de cambio. Y el valor de cambio no está en ningún grano de materialidad de esa cosa. Lo que hace que algo se convierta en valor de cambio son las condiciones en las cuales el hombre trabaja.

Por ejemplo, en un campamento —como el que muchos de nosotros realizamos alguna vez con un grupo de amigos o compañeros— hay producción porque tenemos que sobrevivir. Uno va a buscar leña, otro trae agua, otro hace fideos, otro monta las carpas. Eso se resuelve mediante una deliberación entre todos los participantes. En ese campamento las cosas no tienen valor ni precio, aunque son producto del trabajo humano. Porque antes de producir nos pusimos de acuerdo. Y según quien tiene más ganas, o más fuerza física, alguno va y corta la leña. Y si hay alguien que sabe cocinar mejor, y también encuentra placer en eso, cocina. Es decir, hay una deliberación colectiva, más o menos desarrollada, de lo que hay que hacer. Y al deliberar colectivamente está implícita también la distribución: cuánto y cómo vamos a hacer, cómo vamos a asignar la masa de trabajo social que tenemos en el campamento.

La otra posibilidad es que en ese campamento, donde hay que producir y dividirse el trabajo, en lugar de deliberar colectivamente, "juguemos al mercado". Nadie sabe lo que el otro hace. Cada uno produce lo que quiere. Entonces uno va y trae leña pero trae poca. Otro en cambio va a buscar agua y trae barriles de agua que superan la capacidad de beber de los que están en ese campamento. Como se ve, se ha creado ahora un juego de "oferta y demanda" allí donde no existía, se ha creado el mercado. La nueva forma social de trabajar ha dado como resultado que los "acampantes-productores individuales" no sólo tienen el producto del trabajo sino que tienen el producto del trabajo convertido en mercancía, es decir que se pueden cambiar por otro producto del trabajo, según alguna regla que se establezca. Se va a terminar intercambiando en proporciones determinadas de trabajo. Y a esas proporciones les podemos poner un signo, y eso sería el precio, o el valor. Entonces, si hay poca leña mi leña va a valer mucho en términos de intercambiabilidad. Y el que trajo demasiada agua va a malvender, es decir que no va a recuperar, cambiando con otro, ese trabajo que invirtió. Para hacerlo más simple: en nuestro campamento "de mercado" las cosas valen según el trabajo que tengan incorporado. Pero las cosas se transformaron de productos en mercancías no porque contengan trabajo —así sucedía en el campamento "normal"— sino por una forma social de organizarnos para trabajar. Lo que nosotros no regulamos por la vía de una deliberación consciente, lo "delibera" el mercado, lo resuelve el mercado con el movimiento de los precios. La mercancía "malvendida", a un precio por debajo de su costo, indica que se asignó demasiado trabajo a la producción de alguna cosa cuya demanda es inferior a la oferta. Sucedería lo contrario si la oferta fuera escasa. Detrás del movimiento de los precios está la regulación del trabajo social. La división del tra-

bajo que hizo la deliberación colectiva, ahora se hace por el procedimiento de los precios. Una aparente naturalidad, que se impone como un hecho ante los acampantes. Pero ellos produjeron el mercado, organizándose de determinada manera para producir.

Examinemos mejor esta cuestión. En el campamento "de mercado" se da, si analizamos bien la cuestión, lo que podemos llamar una primera dimensión de la alienación del trabajo que, a su vez, es la base de las tres dimensiones del "trabajo alienado" que vimos en el capítulo 2. Por alienación entendemos que algo preexistente ha sido anulado, mutilado, negado. Alienar es enajenar. ¿Qué se aliena, qué se enajena cuando pasamos del campamento "normal" al campamento "de mercado"? Lo que se aliena, lo que se niega, es el carácter social del trabajo en el momento de trabajar, de producir. En el campamento "normal" tenemos una producción consciente, deliberada antes de ejecutarla entre todos; en el campamento "de mercado", en cambio, cada uno hace lo que quiere, es una producción a ciegas. Lo que da valor a las cosas no es el trabajo sino un tipo determinado de trabajo o, mejor dicho, una forma social determinada de trabajar. Los campamentos de nuestro ejemplo son dos formas sociales de trabajar. El valor no está unido a la cosa como una propiedad material sino que es un derivado de la forma social de producción. El valor es una expresión de una relación social.

La relación social particular que hace aparecer la mercancía —célula universal del mundo económico moderno— es la relación social que descansa en la negación del carácter social del trabajo en el momento de producir. Por eso una sociedad mercantil tiene como requisito la existencia de productores privados independientes, que ejercen su trabajo aislados y recíprocamente indiferentes entre sí. Sólo se vinculan, en lo que tiene que ver con la producción, después de producir, a través del intercambio de los productos de su trabajo. Lo cual da lugar a un mecanismo de regulación social por la vía del movimiento de los valores o de los precios.

La existencia de mercancías es previa al capitalismo. La acumulación de capital moderno surge del tráfico de mercancías, del comercio que permite una acumulación dineraria que se transformará luego en capital industrial. Esto es a finales de la Edad Media, época de descubrimientos geográficos, grandes viajes, ligas comerciales en Europa. La mercancía y los valores tienen tres potencias históricas. La primera es cuando circulaban apenas en el margen de la sociedad. A esa época corresponde una gran intuición de Aristóteles. Él se preguntó por qué una bolsa de trigo era igual a un par de sandalias, pero nunca pudo resolver el problema. Porque resolverlo hubiera supuesto entender el trabajo y el valor de una manera que esa sociedad no le daba elementos para reconocer. La idea de un trabajo abstracto —abstracto porque se comparan horas de trabajo desprovistas de su contenido concreto— sólo pudo surgir como descubrimiento teórico cuando el trabajo se generalizó con una enorme potencia en los hechos: la gran industria moderna.

Comprender el valor

La sustancia del valor es puramente social, y esto es lo más incomprendido en la teoría marxista. El valor es una forma social del producto del trabajo en un contexto determinado de relaciones de producción. Es muy importante explicitar esto porque si no se lo hace parece natural que las cosas tengan valor, que las máquinas den valor o que las máquinas sean capital. El capital, como veremos, también es una relación social. El valor es como si fuera una convención establecida entre los hombres sin que ellos sean conscientes de esa convención. Esa convención se les presenta como un poder extraño a ellos mismos: el mercado. En esta descripción está presente también la idea de fetiche: alguna cosa a la cual yo le atribuyo propiedades que esa cosa no tiene. Hay muchas comparaciones que Marx hace entre el mundo del valor y el mundo nebuloso de la religión. El hombre crea determinado tipo de deidades, cualquiera sea la religión, y luego se somete a las deidades que él mismo creó.

En su libro *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*, Isaac Rubin dice que en la teoría del valor de Marx hay dos aspectos incomprendidos. Uno es que cuando se dice que una mercancía vale según el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla, no se comprende que detrás de este aspecto cuantitativo está la regulación social del trabajo. Es decir que cuando dos mercancías se cambian por su valor, esas ramas de la producción están en equilibrio en términos de la distribución del trabajo social existente. El equilibrio de dos valores es el equilibrio de la distribución del trabajo social. Lo que está detrás del movimiento cuantitativo de los valores es la regulación del trabajo social que no se hizo de otra manera antes de producir.

El segundo aspecto más incomprendido de Marx es el que tiene que ver con la mercancía como expresión de una relación social, una pura expresión de relación social entre productores privados, independientes, aislados e indiferentes entre sí. Sólo resuelven esa negación en la constitución del mercado por la vía de la mercancía. Las cosas se cambian, se socializan, no el trabajo. Las cosas empiezan a aparecer como mediación entre los hombres. Los precios parecen pertenecer a las cosas. Así, en el desarrollo concreto de la constitución de la sociedad moderna se plantea la relación entre trabajo alienado y mercancía. Porque la mercancía como forma social supone ya una alienación, la negación del carácter social del trabajo. La circulación de mercancías creará una sociedad donde todo se mercantiliza tanto que hasta el trabajo se convierte en una mercancía. O, más precisamente, la fuerza de trabajo se puede vender y se puede comprar. Y en ese plano, que es un plano muy desarrollado —porque primero aparece la mercancía, después el capital y con el capitalismo se presenta el trabajo mercantilizado—, el trabajo alienado toma la forma definida de las tres dimensiones que ya vimos. Es decir que entre trabajo alienado y mercancía, entre enajenación en el trabajo y formas mercantiles, hay una relación muy directa.

Capítulo 4

El capital como relación social

Como vimos al finalizar el capítulo anterior el valor, al aparecer como un atributo del producto del trabajo en sí, es indisociable del carácter fetichista de la mercancía. Sobre la cuestión del fetichismo de la mercancía podemos leer las siguientes palabras de Marx, del primer capítulo de *El capital*: “Lo que adopta para los hombres la forma de una relación entre cosas —que se intercambian entre sí a un precio determinado, pareciendo que el precio es una propiedad de la cosa— es sólo una relación social determinada existente entre ellos. Para hallar una analogía pertinente debemos buscar amparo en las nebulosas comarcas del mundo religioso”, donde los hombres crean ciertos dioses y se someten a ellos como si tuvieran una existencia independiente. El mercado es un resultado de una relación social entre los hombres que no crea dioses, crea mercancías. Y los hombres se someten a los valores y a las mercancías como si fuera una realidad autónoma de ellos. Sigue diciendo Marx:

[En las comarcas del mundo religioso] los productos de la mente humana parecen figuras autónomas, dotadas de vida propia en relación unas con otras y con los hombres. Otro tanto ocurre en el mundo de las mercancías con los productos de la mano humana —parecen que tienen vida propia—. A esto yo lo llamo “fetichismo”, que se adhiere a los productos del trabajo no bien se los produce como mercancías y que es inseparable de la producción mercantil.

El valor de uso de las cosas, de las mercancías, es decir, aquellas propiedades que permiten satisfacer necesidades humanas concretas mediante su consumo, es el sostén material del valor de cambio. Pero el valor de cambio como tal, fuera de ese sostén, es la expresión de una pura relación social. Esto parece extremadamente especulativo, profundo, difícil de penetrar, pero este análisis corresponde al desarrollo de los hechos, corresponde a la historia. Es un análisis lógico-histórico. En el mundo real primero vinieron los valores de uso, los productos del trabajo, y luego las mercancías, o luego la transformación de ciertos productos del trabajo en mercancías. Con lo cual

además de ser valores de uso se transforman en valores, en cosas que tienen precio, en cosas que se pueden intercambiar conforme a la cantidad de trabajo socialmente necesario, abstracto, que tienen.

Trabajo abstracto en el sentido de gasto general del trabajo humano, porque el trabajo útil para hacer una cosa y el trabajo útil para hacer otra cosa son formalmente distintos, incomparables. Un par de botas no se cambian por una chaqueta porque el trabajo de la chaqueta sea igual al trabajo de las botas. Se cambian porque tienen una cantidad abstracta, genérica, de trabajo incluido en ellas, que se puede medir en horas. Pero que los hombres tengan que apelar a este recurso es una consecuencia de la forma en que previamente se organizaron para producir.

Poseedores y desposeídos contemporáneos

Si queda claro que el valor, y por lo tanto la mercancía, es la pura expresión de una relación social, podemos tomar el análisis hasta aquí desarrollado como una buena introducción al tema de que el capital es una relación social, también, y que él mismo no tiene un gramo de materialidad, aunque en la versión corriente, vulgar, y muchas veces académica, el capital sea identificado con una cosa, una máquina, un activo, un conjunto de elementos que permiten potenciar el trabajo vivo, el trabajo presente, para hacerlo más productivo.

Pero el capital no es eso. Las herramientas, los medios de producción, existen desde antes de que existiera el capitalismo. El capital no es sinónimo de medios de producción. Es sinónimo de medios de producción que funcionan de determinada manera, o sea, en el contexto de determinadas relaciones sociales. Y esas relaciones sociales convierten a los medios de producción en capital.

Marx dice en *Trabajo asalariado y capital* que la premisa de la existencia misma del capital es la existencia de un sector mayoritario de la sociedad que no posea ningún otro elemento para producir que su propia capacidad de trabajar y de un sector minoritario que monopolice, en consecuencia, la propiedad o la posesión de los medios de producción. Es en esta relación social donde surge el capital. El individuo que pertenece a la clase de los que no tienen otra cosa que su capacidad de trabajar es el obrero moderno. Y el obrero moderno es una consecuencia de la separación entre el productor precapitalista y sus medios de trabajo. Es decir, el obrero moderno es el viejo campesino medieval expulsado de su tierra, el viejo siervo de la gleba expulsado de su hábitat relativamente natural, o el artesano, el oficial, el aprendiz o el maestro de algún gremio precapitalista convertido también él en obrero.

Naturalmente, a esta premisa básica de la existencia del capital hay que entenderla en forma completa comprendiendo al mismo tiempo que en esta relación social la tendencia es a que la mercantilización de todos los productos del trabajo se extienda, incluso, a la propia fuerza de trabajo, que

entonces se vende y se compra. No era así con el siervo de la gleba ni con el esclavo. En definitiva, el análisis de la economía política es el análisis de la especificidad de las relaciones sociales antagónicas de producción en el mundo moderno. Y siempre en la ciencia lo que vale es la especificidad de un fenómeno para comprenderlo.

El capital es una pura relación social. Es una relación social que tiene que ver con la producción y, aun más específicamente, con la propiedad de los medios de producción. La figura del capitalista se vincula con la propiedad de los modernos medios de producción, los que *grosso modo* se identifican con la industria moderna.

La relación social capitalista consiste en que los propietarios del trabajo pasado, que se materializa en máquinas, herramientas, medios de producción, en general utilizan ese trabajo pasado para valorizarlo como mercancía. El capital también es una mercancía, o un conjunto de mercancías, cuando ese medio de producción se une a la explotación del trabajo vivo, que produce más valor que el valor que le vuelve como precio o valor de la fuerza de trabajo. En definitiva, el contenido amplio del capital es el que está vinculado a la obtención de plusvalía. Es decir, el capital es un valor, o un conjunto de valores, que se autovalorizan mediante el valor que acrecienta el trabajo vivo no remunerado, esto es la plusvalía.

En la relación social capitalista es el trabajo muerto, pasado, acumulado, el que se aprovecha del trabajo vivo para potenciarse como valor. Y no es el trabajo vivo, presente, de los productores existentes el que se potencia usando el trabajo acumulado como medio y herramienta de producción. Y esto se refleja en los resultados más generales de la alienación del trabajo, en el sentido de que el trabajo vivo se degrada y los propietarios del trabajo pasado —que no trabajan, que son propietarios— se potencian en su riqueza y en su valor. Desde el punto de vista del sentido común, si me permiten una referencia tan vaga, lo que debería suceder es que el trabajo vivo se potencie con el trabajo acumulado, con el trabajo precedente, bajo la forma de herramientas y medios de producción, mientras que lo que sucede en la sociedad actual es que el medio de producción moderno, cuanto más desarrollado es, más fuente de agobio, humillación y mortificación del trabajo vivo. Después del análisis teórico llegamos a la descripción puntual de la realidad, que tiene que ver con la evidencia del mundo moderno, o sea con el hecho, para decirlo de un modo amplio, de que el capitalismo es una gran acumulación de riqueza y gran acumulación de miseria y podredumbre humana.

El contenido de la relación capitalista

Ahora bien, si el capital es una relación social, ¿cuál es el contenido de esa relación social?, ¿cuál es la evolución histórica concreta de esa relación social, cómo se fue metamorfoseando a lo largo del tiempo? El contenido particular de la relación social capitalista es la confiscación. El capital surge

como relación social cuando el trabajador es separado de las condiciones de trabajo y sólo queda con su capacidad de trabajar. El capital surge, por lo tanto, con la confiscación de los medios de trabajo al productor precapitalista, lo que agrega un elemento nuevo a la definición. El obrero moderno es el viejo campesino o el viejo artesano expropiado de sus medios de trabajo. La confiscación es originaria, genética, en el capitalismo, así como es originario el monopolio de los medios de producción en una parte minoritaria de la sociedad. Esto significa que, aunque el capitalismo se presenta en principio como una sociedad de iguales, su punto de partida es un monopolio, el monopolio de los medios de producción en la clase propietaria, en la clase burguesa o en la clase capitalista, que son sinónimos.

Esta confiscación, que tiene una referencia histórica concreta con la constitución del obrero moderno, es la primera forma que toma la relación social capitalista. Es la relación original que se tuvo que procesar por medios no estrictamente capitalistas. El campesino y el artesano se convirtieron en los modernos obreros a través de los métodos más brutales, que corresponden a la época de las guerras campesinas, o al período de los cercamientos en Inglaterra, que se iba constituyendo poco a poco como potencia industrial. Eran los métodos de la rapiña y la piratería, los métodos del saqueo, que no tenían que ver con los mecanismos de mercado. Es la época de los grandes descubrimientos, de la navegación en ultramar y de la rapiña generalizada en todo el planeta, a la cual está indisolublemente vinculada en una etapa histórica precisa. Es el proceso histórico que permitió acumular las masas de capital que luego funcionarían en algunos puntos del planeta como masa de capital industrial. Este proceso será la base de la Revolución Industrial, por eso se la llama "acumulación primitiva o genética".

El capital no pudo surgir por métodos específicamente capitalistas, porque hubiera habido una contradicción lógica. Marx hace referencia al problema de la gallina y el huevo: no se puede explicar la gallina por el huevo y el huevo por la gallina. No se puede explicar el surgimiento del capital por métodos capitalistas desde el punto de vista del desarrollo histórico. A este primer proceso histórico, que abarca toda una etapa, corresponde la manifestación más elemental de la confiscación original que es el contenido propio de la relación social capitalista.

La segunda dimensión histórica de la confiscación —el contenido mismo del capital— es aquella que se produce ya con el funcionamiento digamos "normal" del capitalismo. Para comprender lo que esto significa estamos obligados a adelantar brevemente una explicación que desarrollaremos en el próximo capítulo con mayor detenimiento. En lo que llamamos el capitalismo "normal", ya constituido, funcionando sobre la base de mecanismos que le son propios como modo de producción, el intercambio de mercancías se da a partir de la llamada "ley del valor". Es decir, en lo que podemos considerar estado de equilibrio, los productos del trabajo como mercancías se intercambian como equivalentes. Como equivalentes precisamente de trabajo, según vimos en el análisis que hicieramos en el capítulo 3 sobre la mercancía. Las

mercancías "valen" el trabajo que cuesta producirlas en condiciones normales; es decir, conforme a la técnica y el trabajo normal que corresponde a esa misma producción. Esto es lo que se denomina "trabajo socialmente necesario". Veremos más adelante cómo, siguiendo esta ley, se explica la ganancia del capitalista como una apropiación de una parte del valor producido por el obrero, la plusvalía. Lo que importa ahora es que, con el capitalismo desplegado como modo de producción, cambia de forma el contenido expropiador de la relación social capitalista. El capital se valoriza, ahora sí, por métodos propios del capitalismo, extrayendo plusvalía de los trabajadores a los que el capitalista explota. La plusvalía se explica aplicando la ley del valor, no violándola. Mientras que en la época originaria, primitiva, no existía la ley del valor como reguladora del metabolismo productivo y de la distribución de lo que se producía. Era la rapiña, era el saqueo. Ahora existe la ley del valor, todo se cambia de acuerdo con el trabajo socialmente necesario. La plusvalía surge de una mercancía muy particular —la fuerza de trabajo— que tiene como valor, al igual que cualquier otra mercancía, el trabajo socialmente necesario para producirla, es decir, para reproducir al obrero de modo que pueda vender sistemáticamente su fuerza de trabajo por un período. Y el valor de uso de la fuerza de trabajo es crear valor. El valor de uso de la mercancía *fuerza de trabajo* es trabajar, en un contexto de relaciones sociales particulares. Crear más valor que el valor de cambio de la mercancía *fuerza de trabajo*. La confiscación opera mediante el mecanismo propio de esa ley que dice que la regulación del trabajo en nuestra sociedad se hace mediante el intercambio de equivalentes de trabajo socialmente necesario, mediante el intercambio de valores. Es una segunda dimensión del contenido de la relación capitalista que corresponde a un desarrollo histórico que sigue al de la constitución original del capitalismo. En el capitalismo constituido, entonces, funciona la ley del valor.

La confiscación en su desarrollo histórico, como desarrollo propio de la relación social capitalista, resulta como la obra que devora a su propio autor. Una vez que se ha confiscado a todo el mundo y se lo ha convertido en obrero, una vez que se ha llevado a un extremo la confiscación de los obreros mediante el mecanismo de la plusvalía, la confiscación opera también confiscando a los capitalistas. Es la tercera gran dimensión de la evolución del contenido de la relación social que llamamos "capital".

Al afirmar que la confiscación opera ahora expropiando al propio capital estamos diciendo dos cosas fundamentales que deben ser puestas de relieve. La primera es que los grandes capitalistas, el gran capital, confisca al pequeño y mediano capital. Que los peces grandes se comen a los peces chicos, una vez que terminaron de instalar una relación social capitalista extremadamente difundida. Y la segunda consiste en algo más profundo: la confiscación que es propia de la relación social capitalista ha llegado a un punto tan elevado, ha constituido masas tan enormes de riqueza, ha agrupado conjuntos de producción tan vastos, que ya se torna incompatible con el funcionamiento de la sociedad capitalista. Este desarrollo de las fuerzas pro-

ductivas reclama ahora otro tipo de relación social, en la cual la producción sea puesta bajo el control social de los productores y no de una capa cada vez más reducida, cada vez más minoritaria, de potentes productores privados. Esta confiscación, entonces, es la evidencia de la necesidad de una expropiación que termine confiscando y expropiando a los confiscadores y a los expropiadores. Una vez que llegó al extremo la confiscación de todo el mundo por unos pocos, todo el mundo debe expropiarse a unos pocos para reapropiarse de las condiciones generales de la producción.

En la parte final del penúltimo capítulo del tomo I de *El capital*, "La acumulación primitiva", en el subcapítulo "Tendencia histórica de la acumulación capitalista", Marx pregunta: "¿En qué se resuelve la acumulación primitiva del capital?". En la expropiación de los productores precapitalistas. ¿Cómo sigue? Convirtiendo a esos productores precapitalistas en obreros modernos y extrayéndoles plusvalía, la segunda potencia histórica del capitalismo. Entonces, agrega: "No bien los trabajadores se han convertido en proletarios y sus condiciones de trabajo en capital; no bien el modo de producción capitalista puede andar ya sin andaderas, asumen una nueva forma la socialización ulterior de la tierra y de otros medios de producción en medios de producción socialmente explotados, y por ende en medios de producción colectivos, y asume también una nueva forma, por consiguiente, la expropiación ulterior de los propietarios privados. El que debe ser ahora expropiado no es ya el trabajador sino el capitalista que explota a muchos trabajadores. Esta expropiación se lleva a cabo por medio de la acción de las propias leyes de acumulación capitalista, por medio de la concentración de los capitales. Cada capitalista liquida a otros muchos. Paralelamente a esta concentración, o a la expropiación de muchos capitalistas por pocos, se desarrolla en escala cada vez más amplia la forma cooperativa del proceso laboral —es decir, la reunión de masas humanas enormes para trabajar—, la aplicación tecnológica consciente de la ciencia, la explotación colectiva de la tierra, la transformación de los medios de trabajo en medios de trabajo que sólo son utilizables colectivamente". Está describiendo la potencia de los medios de producción, de las fuerzas productivas que corresponden a esta fase última de la expropiación. Y dice más adelante:

Ahora, el monopolio ejercido por el capital —frente a esta enorme potencia social de los medios de producción— se convierte en traba del modo de producción que ha florecido con él y bajo él. La concentración de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan un punto en que son incompatibles con su corteza capitalista. Se la hace saltar. Suena la hora postrera de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados.

La expropiación del capital

Marx no hace más que describir, bajo la forma del movimiento histórico de evolución del capital, aquello que está afirmado en el texto del prólogo a la *Contribución a la crítica a la economía política*. Las relaciones sociales de producción son, en un principio, un estímulo al desarrollo de las fuerzas productivas. Las relaciones sociales capitalistas fueron un estímulo al desarrollo de la capacidad del hombre de producir, con referencia al universo de relaciones sociales y a la realidad material que correspondía a la sociedad precapitalista. Bajo esas relaciones sociales capitalistas se desenvuelve una potencia productiva jamás imaginada por la sociedad, al punto de crear mecanismos colectivos enormes para la producción de aquello que necesita el hombre, que funcionan en escala ahora casi planetaria. En ese punto, la propiedad privada de los medios de producción, de medios enormemente desenvueltos, tecnológicamente casi perfectos, que sustituyen el trabajo humano como tal, es un obstáculo a un desarrollo ulterior de las fuerzas productivas. Para que esa potencia colectiva sea útil a la humanidad los expropiadores deben ser expropiados. Y este enorme acervo social, creado por el trabajo de generaciones, debe ser puesto al servicio de una planificación auténticamente humana. Eso sólo es posible expropiando al monopolio privado de gigantescos medios de producción modernos. Entonces los expropiadores deben ser expropiados una vez que consumaron toda la tarea histórica de la expropiación capitalista.

"El modo capitalista de producción y de apropiación, y por lo tanto la propiedad privada capitalista, es la primera negación de la propiedad privada individual fundada en el trabajo propio", continúa Marx. Acá se introduce un concepto básico que es la base de todas las confusiones en la economía política. ¿Cuál es ese concepto? Que hay dos tipos de propiedad privada: la fundada en el trabajo propio y la fundada en el trabajo ajeno. El capital es la expropiación de la propiedad individual, los medios de trabajo del viejo productor, por un propietario que va a vivir a costa de la propiedad ajena y del trabajo ajeno. La propiedad capitalista, entonces, es la primera negación de la propiedad individual fundada en el trabajo propio, en la propiedad de algunas herramientas que aún tenía el siervo, por ejemplo. Y después dice: "La negación ahora de la producción capitalista se produce por sí misma con la necesidad de un proceso natural". El capitalismo crea condiciones que hacen necesario hacer saltar la corteza capitalista: la propiedad privada de unos pocos sobre medios enormemente potentes. Sería la negación de la negación, en lenguaje hegeliano. La propiedad privada capitalista negó la propiedad individual, y el desarrollo de la propiedad privada capitalista crea condiciones para la negación de esta negación, la negación de la propiedad privada capitalista: la propiedad colectiva de los medios de producción. Y continúa el texto: "Esta negación de la negación, esta expropiación de los expropiadores, restauraría la propiedad individual pero sobre el fundamento de la conquista alcanzada por la era capitalista: la cooperación de trabajadores libres y su propiedad colectiva sobre la tierra y sobre los medios de producción produci-

dos por el trabajo mismo". Marx equipara la expropiación de los expropiadores con una propiedad individual. Pero ahora el individuo no es el individuo de la pequeña propiedad de principios del capitalismo. Es el individuo-trabajador colectivo, es el individuo social. Y termina así:

La formación de la propiedad privada fragmentaria, fundada sobre el trabajo personal de los individuos —es decir, la transformación de la propiedad privada pequeña del productor precapitalista—, esa transformación en propiedad privada capitalista fue naturalmente un proceso comparablemente más prolongado, más duro y más dificultoso que la transformación de la propiedad privada capitalista, de hecho ya fundada sobre el manejo social de la producción, en propiedad social. En aquel caso —en la transformación de la propiedad privada del pequeño productor precapitalista en propiedad privada capitalista— se trataba de la expropiación de la masa del pueblo por unos pocos usurpadores —la clase capitalista, quien tiene el monopolio de los medios de producción modernos—, en este caso se trata de expropiación de unos pocos usurpadores por la masa del pueblo trabajador.

La superación del capitalismo está planteada en función de la leyes de movimiento del propio capital. Es decir, del hecho de que el capitalismo es un modo históricamente condicionado de producir y que, habiendo negado otro modo históricamente condicionado de producir previo, crea las circunstancias, las formas, los sujetos, las condiciones, para él mismo ser superado por un modo de producción superior.

Ésta es la conclusión de esta enorme metáfora sobre la evolución del contenido social específico de la relación capitalista, que es la confiscación o la expropiación. Esta explicación no sólo está orientada a la explicación del capital como relación social, luego de haber resuelto lo más difícil que es la comprensión de la mercancía como relación social, sino que también se orienta a mostrar el análisis del vasto panorama que se abrió a la investigación del mundo moderno con el descubrimiento inicial de la alienación del trabajo. Por eso señalamos en su momento que en el examen de la alienación de los *Manuscritos*... está el germen de todo el programa de investigación de Marx. Es una investigación sobre cómo el capitalismo lleva al extremo la confiscación de las condiciones humanas de existencia, creando, no obstante, un cuadro determinado, concreto, específico, de fuerzas materiales y sociales que permitirían superar esta contradicción.

Capítulo 5

La plusvalía y la ley del valor

Para indagar sobre las leyes de funcionamiento del capital, cuya naturaleza como relación social analizamos en el capítulo anterior, debemos precisar, ahora, algunos conceptos respecto de una cuestión central de la economía política. Nos referimos a la teoría del valor, una suerte de centro de gravedad de esta disciplina. Ya definimos la mercancía, el valor, como el resultado de una determinada organización social del trabajo. Recordemos, siguiendo en esto al economista ruso Rubin, que las condiciones de existencia de la mercancía son tres: 1) la existencia de productores privados independientes aislados entre sí; 2) que producen no para el autoconsumo sino para la sociedad, y 3) consecuencia de lo anterior, que, en tal contexto, la relación entre los productores se da a través de la cosa producida, del intercambio del producto del trabajo. Producto del trabajo que, por ese mismo contexto de la producción social, se ha transformado en mercancía, en valor, en valor de cambio. Una vez más, repitámoslo, es la expresión de una relación social.

Historia de un problema

La preocupación original de la economía política frente a la generalización de la producción de mercancías era comprender cómo se regulaba un sistema productivo de estas características; cómo se podía, incluso, medir, cuantificar el valor de sus mercancías. Para resolver este problema se plantea la teoría del valor. Notablemente, sin embargo, fueron los fisiócratas quienes primero comprendieron la economía como un gran metabolismo social, pero no avanzaron en esta materia. La razón de esta carencia tiene que ver con la concepción de los fisiócratas de que el único valor agregado proviene de la producción rural. La medida de ese valor o producto excedente en un ciclo respecto del anterior podía hacerse en términos puramente materiales, comparando, por ejemplo, cantidades dedicadas a la siembra y cantidades cosechadas respectivamente.

La perspectiva cambia radicalmente con los economistas clásicos. El

contexto del análisis de los fisiócratas era el de una Francia preindustrial hacia el final de la primera mitad del siglo XVIII. El que corresponde a los representantes clásicos de la economía política —Adam Smith y David Ricardo— es el de la potencia emergente, Gran Bretaña, en plena revolución industrial algunas décadas después. Para los clásicos, entonces, se presentaba casi como una evidencia que el excedente económico y la creación de riqueza eran una propiedad que correspondía no al sector llamado “primario” sino a todo el sistema económico y en particular a la emergencia y pujanza del sector urbano manufacturero, que florecía con la ascendente burguesía inglesa. Por lo tanto, para los clásicos, el producto neto o excedente, el valor agregado, no era ya una propiedad de la agricultura sino una consecuencia derivada de la creciente productividad del trabajo humano como tal. Productividad, además, cuya base era la división del trabajo y la especialización del productor en una parte o fragmento del propio proceso de trabajo, tema que en este momento no vamos a desarrollar.

Lo que sí quedó claro es que, a partir de este nuevo abordaje, la manera de estimar el excedente y el valor de la producción de los fisiócratas en términos materiales quedaba superado. Es muy fácil calcular un producto final determinado de tantas toneladas de trigo con los costos de ese producto en términos del trigo mismo; son productos homogéneos. Pero, como es sabido, uno no puede sumar peras con manzanas. ¿Cómo realizar ahora el cálculo, cuando el valor agregado ya no es una propiedad emergente de la actividad en la agricultura, cuando es una propiedad del trabajo en general y cuando está extendido como una característica de todo el sistema productivo, urbano, industrial, artesanal, agrario, etc.? Había que tener alguna medida para poder evaluar esos elementos del conjunto del sistema y poder entender al mismo tiempo por qué las cosas se cambiaban como mercancías en determinadas proporciones. Por eso es que con los clásicos la teoría del valor aparece como el centro de la teoría económica en la tentativa de explicar el excedente y el funcionamiento del sistema como tal.

Adam Smith se preguntó entonces cuánto vale una mercancía y a partir de su nueva concepción de la riqueza en términos del trabajo que la creaba llegó a la conclusión de que las cosas “valían” con relación al trabajo que tenían incorporado. Lo que hacía que una cosa se pudiera cambiar por otra era que todas eran productos del trabajo, equivalentes, comparables, a partir de portar una sustancia común. En general en los manuales convencionales se ofrece la ecuación económica en la cual en un lado está, por ejemplo, una cantidad, una tonelada de trigo, y en el otro una cantidad de otra cosa, y se asimila esta ecuación a cualquier otro tipo de igualdad. Una igualdad significa que hay algo en común en los términos equiparados. Aunque a simple vista parece que no hay ninguna propiedad que los iguale, lo que tienen en común dos mercancías distintas es que son productos del trabajo. Ésta es la conclusión a la cual llegaron los clásicos. La limitación que supone considerar que las cosas “valen” porque tienen trabajo ya la consideramos con detalle en el capítulo 3, por lo tanto, no nos detendremos en este punto. Con-

sideraremos ahora el aspecto positivo de la cuestión, admitiéndolo sin más. Entonces, el valor de las cosas se vincula al trabajo, lo cual es cierto en el sistema mercantil o capitalista. Aun así, esto que parece tan simple tiene una serie de complicaciones que ahora vamos a ver.

¿Qué tipo de trabajo, cuál trabajo es el que en definitiva hace que la mercancía tenga un valor determinado? Adam Smith elaboró el problema del siguiente modo: toda mercancía tiene un trabajo por el cual, cuando yo tengo una mercancía A, a mí no me interesa el trabajo que tiene esa mercancía A; a mí me interesa el trabajo que tiene la mercancía B que yo voy a cambiar por la mercancía A. A mí me interesa el trabajo que puedo comprar con la mercancía, que está materializado en la mercancía B. Por esta razón Adam Smith decía que una mercancía vale por el trabajo que pueda comandar, por el trabajo que pueda atraer —en este caso la mercancía que voy a tener cambiándola por la que produce—. Si un productor de mercancías gasta x horas de trabajo en el producto A, esas mismas horas de trabajo gastadas en otro producto B por otro productor se intercambiarán como equivalentes. Cada productor con su propia mercancía demanda, atrae, otra mercancía para su consumo.

Hasta aquí las cosas parecen razonables pero presentan un serio inconveniente cuando no se trata de dos productores individuales interesados en el consumo recíproco de las mercancías producidas sino del caso del productor capitalista. Cuando el capitalista vende su mercancía y “atrae” más trabajo al hacerlo, el resultado es que lo obtenido con su venta se transforma en la compra de nuevas mercancías, mano de obra, materias primas, máquinas, insumos, que le van a permitir reproducir el ciclo productivo, al cabo del cual podrá tener una nueva producción como la del ciclo anterior. El capitalista, por ejemplo, produce pares de zapatos, cuando los vende está buscando reponer el proceso de producción que le hizo en este ciclo tener esos pares de zapatos. Al venderlos “atrae” trabajo en el sentido de que los vende para comprar, para cambiar por salarios, materias primas, etc., y así volver a desarrollar el proceso productivo. Pero al margen de esto, él obtiene un lucro que naturalmente es lo que impulsa su actividad. No sólo va a pagar salarios y adquirir elementos materiales para la continuidad de la producción sino que va a tener un beneficio, una ganancia. Es decir que, desde este punto de vista, la mercancía no sólo repone el trabajo que costó producirla sino que, además, al venderse la mercancía da como resultado un determinado lucro. El problema que surge es saber de dónde proviene este lucro porque, si la mercancía vale el trabajo que tiene y se cambia por algo como equivalente de cantidad de trabajo, ¿de dónde salió lo que sobró, que tiene la forma de ganancia?

Smith no llegó a resolver este problema y formuló dos teorías del valor relativamente incongruentes o contradictorias entre sí. Por una parte, sostuvo que el salario y el lucro formaban parte del valor como cantidad de trabajo gastado en la producción. Esta teoría chocaba con el hecho que acabamos de ver de que sólo una parte de ese valor se reproducía en una nueva mercancía idéntica a la anterior mientras que el lucro sobrante quedaba en ma-

nos del inversor capitalista y no como valor en la nueva mercancía. En otra parte de sus textos Smith va a decir que en realidad el valor resulta de sumar el lucro, el salario y también habría que agregar la renta de la tierra, aunque de todos modos podemos considerar esta última como una parte del propio lucro.

Aunque parezca lo mismo, no lo es. En un caso el valor es preexistente y se divide en salario, lucro y renta, y en la segunda hipótesis lo que preexiste es... el salario, el lucro y la renta. En este último caso el asunto se complica porque el valor de la mercancía se remite al valor del salario y el lucro, pero ¿cuánto valen el salario y el lucro si no considero el trabajo gastado en la producción? En definitiva, explicar un valor por otro valor es no explicar nada, porque el interrogante original es precisamente qué es lo que produce el valor. Entonces, ¿qué es lo que vale de la producción del capitalista hipotético? Sus pares de zapatos, ¿valen por lo que fueron vendidos o valen la porción que corresponde a aquello que se aplica para que vuelvan a ser producidos, que es menor que el valor por el cual fueron vendidos porque una parte queda como lucro (y otra como renta)? A partir de este problema se inicia una suerte de confusión porque no se sabe exactamente cuánto valen los pares de zapatos producidos y no queda claro de dónde sale el lucro, cuál es su equivalente en trabajo.

Lo que en definitiva Smith no llegó a resolver es por qué era distinto el trabajo necesario del trabajo contenido en las materias. El trabajo contenido en las mercancías es el equivalente a la venta total de los pares de zapatos. Pero el trabajo necesario es una parte de ese trabajo contenido porque con esa parte, deducido el lucro (y la renta), se vuelve a producir la misma cantidad de pares de zapatos. El trabajo necesario para producirlo parece menor que el trabajo contenido en la venta original. El valor que comandaban los zapatos era un valor superior al trabajo necesario para producirlo.

De Smith y Ricardo a Marx: la solución

Entonces Ricardo encara la crítica a Smith y aborda el problema del lucro desde un ángulo más simple. Dice que la cosa no vale según el trabajo de la mercancía que la gente va a obtener. Esta forma de plantear el problema complica y confunde. El valor es preexistente porque se forma antes de que el producto se venda; el valor se forma en la producción. El valor no es el trabajo que comanda la mercancía, es el trabajo que ésta tiene contenido. Entonces una mercancía vale según las horas de trabajo que se necesitan para producirla. Por eso a la teoría de Ricardo se la llama "teoría del trabajo incorporado" y a la de Smith, "teoría del trabajo comandado".

En este punto debemos hacer una aclaración. Cuando hablamos de trabajo, nos referimos a los dos tipos de trabajo que hay en un proceso productivo de una mercancía cualquiera: el trabajo directo y el trabajo indirecto. El primero es el trabajo vivo, real, durante un determinado momento o ciclo de la producción. Hay también un trabajo indirecto, no vivo sino muerto o pasa-

do. El ejemplo típico son las máquinas que fueron previamente construidas y todo insumo de la producción producido previamente. Cuando hablamos de trabajo incorporado en una mercancía, hablamos de trabajo directo y de trabajo indirecto en el sentido que la mercancía cuesta el trabajo que cuesta producirla, sumando las horas gastadas en la producción misma y las horas gastadas anteriormente, ahora materializadas en la forma de máquinas, materia prima, etcétera.

Para resolver el dilema de Smith sobre la desigualdad entre trabajo necesario y trabajo incorporado, Ricardo supuso que era necesario entonces precisar el valor del propio trabajo. Si una mercancía vale según el trabajo que tiene incorporado, ¿cuál es el valor del trabajo? Así Ricardo —al igual que Smith— quedó atrapado en un círculo vicioso porque si el trabajo es la sustancia productora de valor, suponer que el propio trabajo tiene valor es abrir un nuevo e irresoluble problema: ¿qué es lo que da valor al trabajo? En verdad, al abandonar el criterio de Smith sobre el trabajo comandado, Ricardo dejó definitivamente en claro que el lucro era siempre una parte del valor resultante del trabajo incorporado por el trabajador. Al continuar sus investigaciones, no obstante, tropezó con el hecho de que industrias que utilizaban mucho trabajo vivo o trabajo directo acababan vendiendo su producción a un precio idéntico al de otras ramas industriales que utilizaban mucho menos trabajo vivo o directo. Esto es, en principio, incompatible con la teoría del trabajo incorporado porque diversas proporciones de trabajo incorporado dan como resultado una producción mercantil con igual precio. Esclarecer este punto —al que veremos después como el problema de la "transformación" de valores en precios— suponía precisamente establecer una distinción entre dos conceptos que hasta ahora no diferenciábamos: valor y precio. Como tampoco Ricardo había establecido tal distinción, su trabajo derivó en un nuevo callejón sin salida: tratar de precisar el valor del trabajo.

Resultado: a pesar de tener la virtud, desde el punto de vista del desarrollo de la ciencia económica, de haber puesto en relieve que el valor de las cosas debía resolverse investigando el mismo proceso de producción y no apelando al subterfugio de la teoría de valor comandado, Ricardo no resolvió el problema de esa desigualdad particular que mostró Adam Smith entre lo que llamamos "trabajo necesario" y "trabajo incorporado".

En la base de la complicación de Smith y de la simplificación que Ricardo no resolvió, se encuentra una desigualdad en el mundo real del intercambio de las mercancías que ninguno de los dos explicó. ¿De dónde proviene el lucro o la ganancia del que no trabaja, es decir, el capitalista, cuando nos mantenemos en una teoría del valor trabajo? Hay que comprender que estamos hablando en términos de categorías económicas y de personajes abstractos. Cuando decimos "capitalista" nos referimos al dueño de los medios de producción, que no ejerce ninguna actividad productiva, no trabaja, y el lucro opera como aquella parte de la cual se apropia el dueño de los medios de producción simplemente por serlo, o sea, por el monopolio de la propiedad privada de esos medios.

Para resolver el gran interrogante que dejaron planteado los economistas clásicos, Marx parte del análisis desarrollado por ellos mismos y define el aspecto cuantitativo del valor de cambio en términos clásicos. Una mercancía vale según el trabajo que cuesta producirla o, para ser más precisos, una mercancía vale según el trabajo socialmente necesario para producirla. "Socialmente necesario" quiere decir según el trabajo medio, con la técnica habitual de un trabajador para producirla. Marx parte de esto, pero explica la desigualdad que no resolvieron Smith y Ricardo en términos muy simples. Primero, la preocupación de Ricardo por encontrarle un valor al trabajo no tiene sentido: el trabajo no tiene valor, crea valor. Si el trabajo tuviera valor habría que ir a otra instancia para ver qué es lo que crea valor. ¿Qué es el salario entonces? Como dije, el salario no es el valor del trabajo; es el valor de la fuerza de trabajo. La fuerza de trabajo es aquella capacidad de trabajar que el trabajador vende al capitalista. Como cualquier otra mercancía, la fuerza de trabajo vale el trabajo social que sea necesario para reproducirla. Y la fuerza de trabajo se reproduce alimentando obreros, dándoles condiciones mínimas de subsistencia, para que en el ciclo productivo siguiente vuelvan a trabajar.

Pero esa fuerza de trabajo no sólo tiene esta equivalencia como cualquier mercancía. También, como cualquier otra mercancía, entra en el circuito productivo en el consumo. Cuando yo compro una mercancía pago por su valor de cambio y dispongo de su valor de uso, es decir, de su capacidad de satisfacer una necesidad concreta, consumiéndola. Con la fuerza de trabajo pasa lo mismo. El capitalista paga lo que vale la mercancía *fuerza de trabajo* y utiliza, consume, el valor de uso de esa mercancía. El valor de uso de la mercancía *fuerza de trabajo* es trabajar un cierto número de horas y producir un valor. Pero esas horas de trabajo del obrero son distintas de las horas de trabajo involucradas en la producción de las mercancías que el obrero consume.

En consecuencia, el punto clave es el siguiente: la fuerza de trabajo en acción, trabajando, consumida por el capitalista, produce un valor que es superior al valor de la mercancía *fuerza de trabajo*. El valor de uso de esa mercancía es producir valor, gastando trabajo. El valor creado por el trabajo en una jornada determinada es superior al valor necesario para reproducir la fuerza de trabajo. Marx resuelve de este modo la desigualdad no resuelta por Smith y da una solución al problema no solucionado por Ricardo. Es decir, al abordar el valor a partir de la propia producción se puede explicar un sistema de equivalentes de valor-trabajo sin violar el enunciado de la ley del sistema de conjunto: todo se cambia por el valor socialmente necesario para reproducirlo. La desigualdad entre trabajo necesario y trabajo contenido, o entre el valor por el cual yo vendo una mercadería y el salario, aparece entonces explicada. Esa desigualdad es la distinción que hay entre el valor que puede crear el trabajo en determinado período y el tiempo necesario para reproducir las condiciones del trabajador que ejerce ese trabajo.

Plusvalía y, nuevamente, la alienación

La clave de todo el problema es que Marx puso en relieve que, desde el punto de vista científico, el sistema de intercambio mercantil podía entenderse en todos sus terrenos como un intercambio de equivalentes. No hay ninguna mercancía que no se venda por el trabajo socialmente necesario para producirla. Al mismo tiempo dio cuenta de la desigualdad particular que es esencial al sistema mercantil capitalista de producción: el hecho de que la fuerza de trabajo vale menos que el valor que esa mercancía puede producir siendo usada.

En un libro de Claudio Napoleoni, *La teoría del valor*, que desarrolla todo este tema cuidadosamente, se señala que al analizar el intercambio entre la fuerza de trabajo y el capital Marx presenta una peculiaridad que ningún intercambio posee en el sentido de que este intercambio implica simultáneamente un cambio de equivalentes y un cambio de no equivalentes. Cuando se habla de equivalentes se habla, por ejemplo, de una tonelada de trigo = tantos pares de zapatos; son equivalentes en términos de trabajo socialmente necesario para producirlos. La fuerza de trabajo es un cambio de equivalentes en función de que se cambia por lo que cuesta reproducirla, pero se transforma en un cambio de no equivalentes cuando esa fuerza de trabajo actuante, trabajando, crea un valor superior al de su propio costo.

En este momento vuelve a aparecer, al explicar tal desigualdad, la cuestión del trabajo alienado o enajenado. Veamos al respecto la siguiente afirmación de Marx en *El capital*:

En la relación establecida entre el obrero y el capitalista, el obrero cede en un tiempo determinado su capacidad de trabajo, y la cede en el sentido más riguroso de la palabra. Es decir que durante un tiempo determinado su subjetividad, su trabajo, ya no le pertenecen. El capitalista se comporta frente a la fuerza de trabajo como el comprador se comporta con relación a cualquier mercancía adquirida, o sea, dispone de una manera absoluta de su valor de uso. El valor de uso de la fuerza de trabajo, si bien es provisto por el obrero, deja de pertenecerle pasando para aquel que se tornó propietario de ese bien para el cual este trabajo constituye un valor de uso.

El trabajador, entonces, tiene con su trabajo la misma relación que cualquier vendedor con la mercancía que vendió. El valor de uso de la mercancía, en este caso el trabajo, deja de pertenecerle. Notemos que la desigualdad en la cual se origina el lucro o ganancia queda explicada en los términos de la distinción entre trabajo y fuerza de trabajo, que son dos cosas completamente distintas. Una distinción teórica que pone en claro lo que se comprueba en la vida misma: las horas que se necesitan para producir los elementos que garantizan la existencia del trabajador son distintas, en el espacio y en el tiempo, de las horas que ese mismo trabajador pasa trabajando. La distinción entre fuerza de trabajo y trabajo reproduce como concepto o teoría una

distinción de la propia realidad. En esto reside el secreto de qué es el salario y la plusvalía, el descubrimiento de Marx.

En definitiva, lo que está detrás de todo este nuevo desarrollo y solución del problema es un planteamiento distinto sobre el sistema económico mercantil-capitalista basado en el intercambio de valores. Para Smith, el intercambio es la expresión de una tendencia natural del hombre y de esta manera el trabajo, que es individual, se transforma en trabajo social a través del intercambio. El intercambio expresa esta relación natural del hombre con las cosas y del hombre con sí mismo. En el párrafo de Marx que acabamos de citar se advierte que el acto de intercambio demuestra un principio totalmente contrario, que el acto de intercambio reside en una expropiación de la capacidad fundamental del hombre de trabajar que es poseída por el capitalista.

Es una conclusión interesantísima sociológicamente hablando. Como se indica en el libro de Napoleoni: para Smith, el hecho de nacer como trabajo privado y transformarse en trabajo social a partir del intercambio constituye el modo natural de formación de una sociedad. En esta concepción la sociedad mercantil capitalista era, para los clásicos, la culminación del desarrollo histórico en el cual la naturaleza del hombre se correspondía con las formas económicas y sociales del trabajo contemporáneo. Por el contrario, para Marx la formación de la sociedad a través del intercambio de productos obtenidos de una forma privada no sólo no es un proceso natural sino que es la consecuencia de la pérdida del carácter originariamente social propio del trabajo humano. Es decir, es a través del producto, a través de la mercancía, como los productores privados aparecen como parte de la sociedad que produce, y no a partir de la producción misma, a partir de su asociación como productores de una cosa social. Esta separación del obrero con relación a su trabajo es particularmente característica de la relación entre el obrero y el capitalista, por lo tanto el cambio de la fuerza de trabajo implica una enajenación de la subjetividad del trabajador que no se verifica en cualquier otra relación de cambio. He aquí, una vez más, el trabajo alienado. El capitalismo es, en síntesis, el desarrollo sin límites de esta contradicción básica entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la propiedad de los medios de esa misma producción.

Puede percibirse en consecuencia el enorme alcance que tiene concretamente el descubrimiento de lo que se denomina plusvalía y que enseguida desarrollaremos. Marx no descubrió que los obreros son explotados sino que puso en relieve la forma específica de esa explotación en el terreno de una comprensión de toda la ley de movimiento y, por lo tanto, de las contradicciones y del carácter históricamente condicionado del modo de producción capitalista. La plusvalía surge de la distinción fundamental establecida entre trabajo y fuerza de trabajo. Fuerza de trabajo es la mercancía que el obrero vende al capitalista, su capacidad de trabajar que se puede medir en determinada cantidad de horas en la cual esa fuerza de trabajo se gasta como mercancía en el ciclo productivo. El trabajo como tal no tiene ningún valor; el

trabajo crea valor. Toda la clave del lucro del capitalismo es que el trabajo, el valor que crea el trabajo en un período determinado, ese valor es superior al de la fuerza de trabajo utilizada en ese mismo lapso. El ejemplo más común es el siguiente: si un hombre trabaja ocho horas podemos suponer que en cuatro horas reproduce el valor de su propia fuerza de trabajo, pero el valor que crea es el de ocho horas; cuatro va a recibir en el salario para reproducir su fuerza de trabajo y cuatro van a quedar en manos del propietario de la mercancía *fuerza de trabajo*. Esas cuatro horas son la plusvalía.

La fórmula del valor (resumen)

El valor creado por el trabajo en la producción capitalista se divide, entonces, en dos partes: la primera, la reproducción del trabajador; la segunda, el lucro o la ganancia del capitalista. La primera parte se denomina capital variable (V); la segunda, plusvalía (P). Pero el valor de una mercancía, como vimos, no es apenas el trabajo directo o vivo que se consumió en producirla, porque esa mercancía contiene también lo que se llama "trabajo previo" —pasado, muerto— que proviene del trabajo incorporado en las máquinas, insumos de diverso tipo y materias primas, etc., que transfieren valor a la mercancía. Es lo que se llama "capital constante" (C). Así queda planteada la fórmula del valor de la mercancía en el modo de producción capitalista:

$C + V + P = \text{valor de la mercancía} = \text{cantidad de trabajo socialmente necesario}$

El nombre de cada elemento que integra el valor no es arbitrario. Está asociado a su función específica. El capitalista compra con su aplicación inicial dos tipos de mercancías sustancialmente distintas: la fuerza de trabajo y todos los restantes medios para producir. Estos últimos transfieren en forma constante el valor que tienen a la nueva mercancía producida. No crean nuevo valor. El capital variable se llama así porque el capitalista compra por cuatro horas una mercancía por su valor (fuerza de trabajo), pero esa mercancía produce un valor de ocho, en el ejemplo que tomamos aquí. La diferencia es la plusvalía.

En consecuencia, la distinción entre trabajo y fuerza de trabajo pone en relieve dos aspectos clave de una realidad esencial del modo de producción capitalista: que todas las mercancías se intercambian como "iguales", como equivalentes de valor y que, al mismo tiempo, existe una desigualdad clave en materia de producción de valor, que se desarrolla en el interior del proceso productivo en la fábrica.

Si el obrero estuviera directamente vinculado a los medios de producción no necesitaría asalariarse, ofrecer su fuerza de trabajo para combinarla con medios de producción que le son ajenos. Éste es el resultado de un largo proceso histórico en el cual el hombre es separado de sus medios y de sus condiciones de trabajo, al cual nos referimos al analizar la acumulación pri-

mitiva del capital. Al vender su fuerza de trabajo, el trabajo pasa a la órbita de dependencia de quien compró la mercancía *fuerza de trabajo* del obrero. Pero el trabajo es la actividad humana por excelencia, es decir, en esta enajenación está la esencia de la sociedad capitalista. Porque la parte viva de la producción, el trabajo, pasa a estar totalmente dominada por el propietario de los medios de producción y de la fuerza de trabajo y su búsqueda de ganancia.

Es el mundo "al revés". Ya citamos a Napoleoni al respecto señalando que, para Marx, la formación de la sociedad a través del cambio de productos obtenidos de una forma privada no sólo no es un proceso natural sino que resulta la consecuencia de la pérdida del carácter originariamente social propio del trabajo humano. Textualmente dice Napoleoni:

Si bien en la relación de cambio, los individuos como productores de mercancías producen una cosa social en el ejercicio de su propio trabajo, los productores se encuentran aislados, separados unos de los otros, recíprocamente indiferentes, no inmediatamente sociales, de donde se concluye que la sociedad se establece después de que el trabajo se desarrolló a través del cambio de las cosas. Sólo a través del cambio de las cosas la división del trabajo toma la forma de una división social del trabajo.

Vamos a reconstruir la cuestión que venimos analizando: si estamos en un universo de productores privados independientes de mercancías, el carácter social del trabajo es un presupuesto de su actividad. A pesar de que el mercado presupone la existencia de un trabajo social, en su trabajo (por eso es privado) cada productor actúa por sí, con independencia de sus pares. Sólo después de haber producido en el mercado, a través de la suerte que corra su producto sabrá si su trabajo será recompensado o no, si corresponde a una actividad social o no, si tiene una demanda adecuada o no. Por esta razón, lo que se presenta como natural para los clásicos es, entonces, completamente antinatural. Al respecto, en el capítulo sobre el fetichismo de la mercancía, Marx da un ejemplo muy simple: el de Robinson Crusoe, personaje al cual es tan afecta la economía burguesa en sus peores expresiones. Robinson Crusoe vivía en una isla y necesitaba distribuir las horas del día para diverso tipo de actividades: pescar, cazar, comer, producir herramientas. Conforme a su propia experiencia, él va distribuyendo su capacidad de trabajo en diversas áreas de actividad. El trabajo privado y la distribución de trabajo está perfecta y conscientemente elaborada a través de la experiencia de Robinson Crusoe.

La expresión de eso a nivel social sería que cuando son muchos Robinson, cuando el trabajo es social, la sociedad como tal tome en cuenta el tiempo que tiene disponible, sus necesidades sociales, los recursos existentes y diseñe, entonces, el sistema productivo, la asignación de los recursos y del trabajo como sociedad. Sin embargo, la forma que adquiere el desarrollo de las fuerzas productivas en la sociedad moderna y más industrial es inversa. Nadie prevé nada con anterioridad, todo el mundo se lanza a producir como pro-

ductor privado y después el mercado va a sancionar si su trabajo fue útil o no. Se pretende que haya algo aparentemente natural donde no hay nada de natural. La no naturalidad de este proceso tiene que ver con esa distinción fundamental entre trabajo y fuerza de trabajo, de la conversión de fuerza de trabajo en mercancía. Porque la particularidad de la transformación de la fuerza de trabajo en mercancía supone que esa capacidad de trabajo del hombre ha sido enajenada, ya no le pertenece. Éste es el fundamento que explica por qué la obtención de la plusvalía y la alienación del trabajo están, entonces, íntimamente vinculadas.

Cuando Marx habla de la esclavitud del trabajo asalariado no está utilizando un término puramente moral. Está haciendo un análisis de este proceso en el cual la subjetividad del trabajador deja de pertenecerle en el proceso de producción. Esa antinaturalidad es propia del sistema de producir a través de la mercancía. Cuando la producción se hace a través del mercado se plantea la antinaturalidad de que el carácter social del trabajo se expresa sólo a través del mercado y de las cosas, y no como una planificación colectiva propia de la experiencia que hace un individuo solo como Robinson Crusoe. Esta antinaturalidad se transforma en naturalidad bajo la apología de la ideología del libre juego del mercado.

El descubrimiento de la plusvalía y su significado nos permitirá, en el próximo capítulo, avanzar en la comprensión de la dinámica histórica del capitalismo.

Capítulo 6

La ganancia y el fundamento de la decadencia capitalista

En el capítulo anterior hemos aclarado el significado del descubrimiento de Marx sobre la plusvalía. Lo hicimos explicando además el contenido de los elementos que integran el valor de una mercancía en el modo de producción capitalista: el capital constante (C), el capital variable (V) y la señalada plusvalía (P). Vimos asimismo cómo la teoría del valor de Marx resolvía el carácter inacabado —y en esa medida erróneo— de las formulaciones de los economistas clásicos. Con Marx la teoría del valor adquiere, entonces, una fisonomía de “completitud”.

Debemos pasar ahora a una nueva fase del análisis. El descubrimiento y la explicación de la plusvalía, la conclusión de una versión acabada de la teoría del valor, permiten comprender un segundo descubrimiento y explicación de Marx relativa al movimiento, a la dinámica histórica del capital, a su tendencia al agotamiento o autodisolución. Nos referimos a lo que él mismo calificó como ley fundamental de la economía política y que llamó la “ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia”.

Plusvalía y ganancia

Para comenzar con este nuevo tema el principio es esclarecer qué es la ganancia. La respuesta es simple y llena de implicancias a la vez. Simple porque la ganancia es lo que le queda al capitalista una vez que recuperó el valor de su inversión original. Es decir, es la plusvalía. Sin embargo, la denominación de plusvalía cobra pleno sentido cuando, en la aplicación del capital inicial, distinguimos sus dos componentes: capital constante y capital variable. Entonces el plus de valor, la plus-valía, aparece como una consecuencia no de todo el capital sino del capital variable; es decir, de la única parte del capital que varía, que se amplía, que genera un valor adicional porque es la parte del capital que se aplica a la compra de una mercancía (fuer-

za de trabajo) cuyo valor de uso (el trabajo del obrero) es producir valor, más valor que el que tiene para su adquisición. Ahora bien, si a la plusvalía la relacionamos ya no con el capital variable sino con éste más el capital constante, o sea, con la totalidad del capital aplicado, la plusvalía toma la forma de ganancia. Ganancia es lo mismo y no es lo mismo que plusvalía. Es lo mismo porque la magnitud de la ganancia es igual que la de la plusvalía, no es otra cosa. Pero, sin embargo, es otra cosa desde el momento en que la plusvalía se vincula con la totalidad de la aplicación capitalista, de la cual sólo una parte es la fuente de esa plusvalía. El concepto de ganancia significa una modificación del concepto de plusvalía y es a esa sustancia modificada del concepto de plusvalía a la que llamamos "ganancia". La modificación consiste en que al vincular la plusvalía, como ganancia, con la totalidad del capital, cuando ésta deriva apenas de una fracción de ese mismo capital, se está encubriendo, ocultando, el origen real de la plusvalía que, entonces, aparece como una emanación de la aplicación global del capital originalmente aplicado. Mientras la investigación pone de relieve que la plusvalía es un producto de la labor del trabajador, la ganancia aparece en cambio como algo producido por el capital. La realidad se presenta invertida. Es precisamente lo que se señala en un párrafo muy interesante de *El capital* y que permite vincular nuestra explicación a conceptos explicados en capítulos anteriores. Éste es el párrafo:

La forma en que la plusvalía se convierte y adopta la forma de ganancia no es más que el desarrollo ulterior de la inversión de sujeto y objeto que ya se verifica durante el proceso de producción, ya hemos visto allí cómo todas las fuerzas productivas subjetivas del trabajo se presentan como fuerzas productivas del capital. Por una parte el valor del trabajo pasado que domina al trabajo vivo se personifica en el capitalista, por otra parte y a la inversa, el obrero aparece como una fuerza de trabajo meramente objetiva, como una mercancía. De esta relación distorsionada surge necesariamente, ya en la misma relación simple de producción capitalista, la idea correspondientemente distorsionada, una conciencia distorsionada, que las transformaciones y modificaciones del proceso de circulación, de funcionamiento del capitalismo, sigue desarrollando.

¿Qué quiere decir que el proceso capitalista sigue desarrollando esta confusión? Significa que en el capitalismo todo funciona y aparece como si realmente la ganancia, el lucro del capitalista, proviniera del capital, como si fuera un producto del capitalista y no una expropiación del trabajo. Esta confusión se refuerza por el hecho de que cuando las mercancías van al mercado no se cambian por el valor que tienen. Vamos a explicar muy sencillamente lo que se denomina la transformación de los valores en precios para que se comprenda bien lo que queremos decir.

Valor y precio, la transformación

Supongamos que tenemos dos sectores productivos (el I y el II) que involucran una cantidad determinada de capital constante y una cantidad determinada de capital variable, cada uno de ellos con su correspondiente plusvalía y, por lo tanto, como suma de todos estos componentes, un valor del producto final de cada sector. Sin embargo, tienen como característica distintiva que aplican proporciones diversas de capital constante y capital variable. En el sector I, en la aplicación media de capital de cada 100 de inversión total, se distribuyen 80 en capital constante y 20 en capital variable. En el sector II, al revés, proporcionalmente hay poco de capital constante —20— y mucho de variable —80—, siempre con relación a un total de 100 de inversión total. En la economía convencional se diría que en el sector I tenemos una industria "capital-intensiva", y que en el sector II tenemos una industria "trabajo-intensiva".

La plusvalía que se obtiene en cada sector es una plusvalía que, por supuesto, no está en relación directa con la totalidad del capital acumulado. Esta plusvalía surge de la parte no paga del trabajo realizado, del valor creado por los obreros, que son los que aparecen representados en el capital variable. Vamos a suponer que en la sociedad a la cual corresponde nuestro ejemplo hipotético hay un desarrollo de las fuerzas productivas que permite que si se trabaja una jornada de tiempo x, en la mitad de esa jornada se reproduce el salario del trabajador, es decir, el valor del capital variable, y en la otra mitad de la jornada se produce la plusvalía que va a ser apropiada por el capitalista. Dicho de otro modo: el capitalista se apropiará de una plusvalía de igual magnitud que el capital variable gastado. Esto significa que en la industria I la plusvalía va a ser de 20 y en la industria II va a ser de 80. Con lo cual el valor total producido por I es 120, y el valor producido por II es 180 (los 100 de capital original más la plusvalía obtenida en cada sector en proporción al capital variable).

Ahora bien, si las mercancías se cambiaran por su valor, la economía capitalista no funcionaría. Porque en ambos casos se está invirtiendo 100 de capital, sólo que en el sector I se obtienen 20 de plusvalía o ganancia, y en el II, 80. Entonces, si las mercancías se intercambiaran por su valor, para un mismo capital habría tasas de ganancia —proporción de la ganancia con relación al capital aplicado— totalmente distintas. Si esto fuera así en la realidad, nadie invertiría en el sector I, por lo que sus productos empezarían a escasear, todo el mundo invertiría en el sector II porque se gana más y se daría así una sobreproducción del producto II. Como resultado de esta situación en el sector I, la escasez llevaría a que se vendieran sus productos a una magnitud superior a su valor de producción (por la excesiva demanda). Al revés, en el sector II los capitalistas no podrían colocar sus productos al valor de su producción (por la excesiva oferta) y competirían entre sí para venderlos por debajo de su valor. Algunos capitalistas incluso pueden decidir pasar a invertir en el sector I donde las ventas se realizan, como explicamos, por encima del valor de la producción.

Entonces, como resultado del juego de la oferta y la demanda y de la movilidad de los capitales, las mercancías en el mercado se intercambiarán en magnitudes que no corresponden al valor de la producción. Tales magnitudes variarán hasta que se logre un equilibrio; equilibrio en torno de algo que es distinto del valor original, aunque ese "algo" tiene origen en el movimiento de los valores y ese algo final es el precio. El precio que haría quedar en equilibrio a las ramas de la producción de nuestro ejemplo es 150 porque así el sector I y el sector II invertirían 100 y obtendrían en proporción a éstos una misma ganancia de 50 por cada 100 invertidos, como puede verse en el siguiente cuadro:

Valores y precios

	C	V	P	= Valor	= Precio
I	80	20	20	120	150
II	20	80	80	180	150
Total	100	100	100	300	300

El resultado al cual llegamos es que las mercancías se terminan vendiendo y comprando a un precio que es algo distinto del valor. Los precios, como se puede ver en nuestro ejemplo, no son arbitrarios, tienen como base el valor total producido por el sistema; por eso, la suma de valores tiene que ser igual a la suma de los precios. Si se examina con cuidado el problema (obsérvese el cuadro), por detrás de la transformación de los valores en precio se verifica una redistribución de la plusvalía entre los dos sectores capitalistas. De modo que la plusvalía total obtenida por la explotación del trabajo de una sociedad determinada se distribuye no según la proporción de trabajo que cada capitalista explota sino según la proporción de capital que aplica cada uno con relación al capital total aplicado. Es decir, hasta cierto punto el resultado se presenta como una distribución "socialista" de la plusvalía; como si hubiera una oficina de distribución de las ganancias de los capitalistas donde, para que las cosas sean "justas", a cada capitalista no se le da una parte por la cantidad de trabajadores que explota sino por la cantidad de capital que aplica. En nuestro ejemplo, el capital total aplicado en el sector I y II es 100 de capital variable (20 y 80) más 100 de capital constante (80 y 20). Los 200 de capital total aplicado dan como resultado 100 de plusvalía (20 y 80) en proporción respectiva al capital variable (no total) de cada sector. Pero estos 100 de plusvalía se distribuyen en proporción no al trabajo explotado o capital variable sino en proporción al total del capital que en el ejemplo es igual en el sector I y II. De este modo y como resultado del proceso capitalista, la ganancia aparece retribuyendo tanto a la parte del capital que produce

plusvalía como a la que no la produce. La ganancia es una distorsión de la plusvalía en la cual se oculta su carácter esencial porque aparece como una emanación de la aplicación de la totalidad del capital y los valores de cada mercancía se transforman en precios, siendo la producción total de los primeros la base de los segundos.

Marx dice: "La plusvalía es, relativamente hablando, lo invisible y lo esencial que hay que investigar, mientras que la ganancia se revela como tal en la superficie de los fenómenos". La explicación va de la superficie a la esencia; lo que aparece es la ganancia y no la plusvalía, aunque la ganancia sea un resultado de ésta. Lo que parece es que todo el capital en funcionamiento produce ganancia; lo que se oculta es la plusvalía, la explotación del trabajo. Como señala Marx en la cita que mencionamos al comienzo: el proceso capitalista distorsiona, encubre, el carácter esencial de los mecanismos que determinan su funcionamiento.

La caída tendencial de la tasa de ganancia

El análisis del significado de la ganancia así como del llamado problema de la transformación de los valores en precios nos sirve ahora como introducción para pasar a ver el tema anunciado al comienzo: el punto de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Para explicar lo relativo a valores y precios tomamos como ejemplo a dos sectores de la producción capitalista que poseen una proporción distinta de aplicación de capital constante y variable. Si ahora suponemos no ya dos sectores en el mismo momento de la producción sino la evolución del conjunto del modo de producción a lo largo del tiempo, es claro también que la evolución del capital promedio de ese sistema se desarrollará en el sentido de una proporción cada vez mayor de capital constante con relación al capital total o, lo que es lo mismo, en el sentido de una proporción cada vez menor de capital variable con relación al capital total. Esto implica que, con el movimiento histórico del capital, tiende a reducirse su capacidad de crear plusvalía, lucro o ganancia toda vez que la fuente del plusvalor de la cual se apropia el capitalista (el capital variable) tiende a disminuir como parte proporcional del capital total. Estamos hablando insistentemente de proporción, de parte proporcional, para que no se confunda con magnitudes absolutas. Si en un momento determinado tengo un capital total de 100, compuesto de 20 de capital constante, 80 de variable y 80 de plusvalía, y en un momento histórico ulterior supongo una sociedad que acumuló mucho capital y la aplicación total del mismo es de 1.000, compuesto por 700 de capital constante, 300 de capital variable y con una producción de plusvalía de 400; ¿cuál es el resultado? Veamos el cuadro siguiente.

Ejemplo de evolución histórica del capital (valores)

Año	C	V	P	Total
X	20	80	80	180
X + ^	700	300	400	1.400

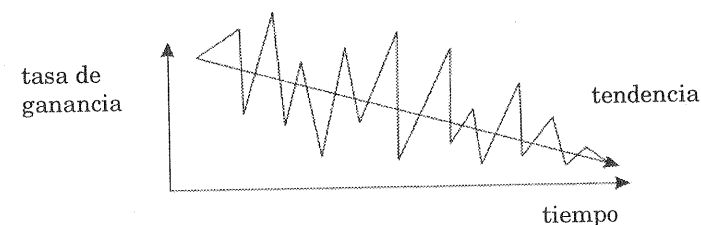
Primero: la plusvalía o la ganancia total en términos absolutos creció cinco veces (de 80 a 400). Segundo: sin embargo, la misma plusvalía o ganancia medida con relación al capital total cayó de 80 sobre 100 en el primer caso (80 por ciento) a 400 sobre 1.000 (40 por ciento en el segundo caso). Tercero: lo anterior es consecuencia del hecho de que aunque en magnitud absoluta aumentó tanto el capital constante (20 a 700) como el variable (80 a 300), el primero creció más que el segundo. Esto significa que disminuyó la proporción del capital variable con relación a la totalidad del capital total de 80 sobre 100 en el primer caso a 300 sobre 100 —o 30 sobre 100— en el segundo. Es lo mismo que decir que creció relativamente la proporción de capital constante (que no produce plusvalía) sobre el capital total. Cuarto: es posible observar una cosa más en nuestro ejemplo: se ha modificado también la relación entre plusvalía y capital variable, al aumentar —siempre en proporciones— más la primera (de 80 a 400) que el segundo (de 80 a 300).

Vamos, ahora, a partir de estos cuatro señalamientos para sistematizar la relación entre los diversos componentes de la denominada fórmula del valor. Entonces a la proporción entre la plusvalía y el conjunto del capital la llamaremos “tasa de ganancia”: $P / C + V$; tasa que mide cuánto se produce de plusvalía por unidad de capital aplicado. Si un capitalista obtiene 20 por ciento de ganancia por su inversión, significa que obtiene 0,2 de ganancia por unidad de capital que aplica ($20/100 = 0,2/1$). Para cultivar nuestra cultura matemática recordemos que toda tasa, todo cociente, mide cuánto hay en el numerador por cada unidad del denominador. Continuemos. A la proporción entre capital constante y capital variable la denominamos composición orgánica del capital, C / V , lo que mide cuánto se aplica de capital constante por cada unidad de capital variable. La composición orgánica del capital tiende a aumentar con el desarrollo capitalista, como vimos con anterioridad. Finalmente a la proporción entre la plusvalía y el capital variable, P / V , se la denomina tasa de plusvalía o tasa de explotación porque mide precisamente cuánta plusvalía queda para el capitalista por cada unidad de capital variable invertida. También tiende a aumentar, porque con el desarrollo del capitalismo el valor de la fuerza de trabajo, como el valor unitario de todas las mercancías, cae como resultado del avance en la productividad del trabajo. Significa que es necesario cada vez menos tiempo para producir una mercancía determinada o, lo que es lo mismo, que en el mismo tiempo se producen más mercancías que antes. Disminuye entonces, en el tiempo, el valor

de las mercancías que consume el trabajador y, por lo tanto, el del capital variable.

Resumamos y amplíemos lo visto hasta ahora, para observar la cuestión con mayor detenimiento. En el cuadro anterior la tasa de ganancia caía a la mitad entre el año X y el hipotético año posterior $X + ^$, de 80 a 40 por ciento. Que la tasa de ganancia tiende a caer es una conclusión muy sencilla una vez establecido el esquema teórico de capital constante, capital variable, plusvalía, tipo de trabajo en la sociedad moderna. La plusvalía surge de la parte del capital que se dedica a contratar trabajadores. Y como la proporción de trabajadores que se contratan por la unidad de capital disminuye, significa que aumenta la composición orgánica del capital, y la tasa de ganancia, en el largo plazo, tiene que caer. No hay más remedio. En el límite de una sociedad automatizada, no hay ganancia. En una sociedad automatizada, ¿de dónde saldría la ganancia? Si no hay trabajo humano, no hay ganancia, salvo que adoptemos el punto de vista animista de la economía convencional que atribuye a las máquinas la producción de valor. En definitiva la ley es desde el punto de vista conceptual muy simple, y es exactamente lo que dice Marx cuando trata la cuestión: “Aunque conforme lo desarrollado hasta este momento, la ley parece sumamente sencilla, toda la economía política no ha logrado descubrirla hasta el presente. Vio el fenómeno y se devanó los sesos en intentos contradictorios por interpretarlo, pero dada la gran importancia que posee esta ley para la producción capitalista, puede decirse que constituye el misterio en torno de cuya solución gira toda la economía política de Adam Smith. [...] Ahora bien, si se considera que la economía política hasta el presente andaba a ciegas en torno de la diferencia entre capital constante y capital variable, sin haber podido formular con certeza que jamás presentó claramente la diferencia entre plusvalía y ganancia, entonces deja de ser un enigma el hecho de que jamás lograra resolver este enigma”. Deja de ser un misterio que no resolviera el misterio, porque el misterio es que la economía política, cuando encaró el problema del origen del lucro y la plusvalía chocó, como ya explicamos, contra un muro que no pudo superar.

Cuando hablamos de tendencia decreciente queremos decir que es un fenómeno que se impone a lo largo del tiempo a través de una serie de manifestaciones que, a veces, son contradictorias. Veamos una curva para graficar qué es una tendencia:



Vamos a suponer que el eje horizontal mida la evolución del tiempo y el eje vertical el nivel de la tasa de ganancia. Entonces tengo una primera curva en forma de serrucho que muestra cómo es la tasa de ganancia en la medida en que el tiempo, los años, avanzan. Como la curva es un "serrucho", en algún año determinado puede encontrarse la tasa de ganancia en un nivel superior a la de algun(os) año(s) previo(s). La segunda curva, que tiene forma de línea recta, describe el sentido general del movimiento de la primera curva, que es decreciente. Quiere decir que la tendencia decreciente de la tasa de ganancia no es incompatible con la posibilidad de oscilaciones bruscas, de períodos más o menos extensos que, según una cantidad de factores diversos, pueden determinar el aumento durante cierto lapso de esa misma tasa de ganancia. La tendencia como tal es, sin embargo, irreversible porque está asociada indisolublemente al éxito y no al fracaso del capitalismo, esto es, a la pujanza del desarrollo y, por lo tanto, al agotamiento de su ciclo histórico de existencia como consecuencia de que amplió su papel como modo de producción social. En términos vulgares podemos afirmar que la tasa de ganancia tiende a caer como consecuencia de que al capitalismo le va bien, no porque le va mal. Porque aumenta la productividad del trabajo, porque la economía es más eficiente y porque se necesita menos trabajo vivo. Por eso mismo el motor del desarrollo capitalista empieza a patinar, a decaer. Notemos, al respecto, que en esta apreciación vinculada al destino mismo del capitalismo se revela que la indagación científica propia del marxismo, según lo vimos al principio, como toda ciencia estudia cómo las situaciones cambian por la lógica de su propio desarrollo. Ya vimos que con la vida pasa lo mismo. Si ésta se desarrolla normalmente, no morimos porque fracasamos; la vida conduce a la muerte, y esta muerte es un resultado inevitable del acabamiento de una condición vital, no como aborto sino como conclusión de la plenitud. Quien haya visto la película *Memorias de Antonia* recordará la historia de la protagonista, una mujer que muere, como supongo todos quisiéramos, como diciendo "ya hice todo lo que pude o que debía, ahora sólo debo preparar tranquilamente las condiciones de mi propia muerte", y así espera su muerte en una especie de estado de beatitud. Si es posible o no, teniendo en cuenta los misterios de la psique humana, lo dejamos para los psicólogos. Acá estamos planteando el hecho de que esta tendencia a la desaparición de la ganancia es el resultado del cumplimiento de la tarea histórica del capital. Dicho de otra manera, la tendencia decreciente, lo único que prueba es que el capital es un sistema social históricamente condicionado, y no apenas un fracaso en el sentido más elemental de la palabra.

La ley de la tendencia decreciente marca algo que en el marxismo es esencial como conclusión y sin la cual se lo niega sin atenuantes. Esta conclusión es precisamente la prueba de una tendencia al derrumbe, al colapso, al agotamiento, a la descomposición de la sociedad capitalista. Todo el desarrollo del último período capitalista es una demostración práctica de esta tesis. Usamos estas palabras (colapso, etc.) para que se comprenda que hay que evitar la comprensión vulgar, distorsionada, de esta afirmación. Esto no

quiere decir que se pueda sostener, por ejemplo, que el 24 de diciembre de 2023 se acaba el capitalismo. Tampoco significa que el capitalismo será inevitablemente sustituido por una cosa mejor, un orden social superior. Es un problema que nos conduce al terreno de la política de la lucha de clases, pero la contrapartida de la eventual impotencia del hombre para superar la sociedad actual no es la vigencia del capital sino su decadencia, la descomposición social, el retroceso civilizatorio; en este sentido es la época de una crisis terminal. Ésta es la dimensión decisiva, el significado profundo de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia.

Llegado a este punto debemos volver sobre el hecho de que la tendencia que analizamos de la evolución de la tasa de ganancia en la dinámica capitalista no se desenvuelve en forma lineal y que, en un período concreto determinado, podemos ver incluso un ascenso marcado de la misma. Para comprender la cuestión debemos hacer referencia brevemente a lo que se denominan "factores contrarrestantes", que atenúan o afectan el desarrollo de la tendencia. Para ello vamos a recurrir, en primer lugar, a una pequeña transformación de la tasa de ganancia: dividiremos el numerador y el denominador de la fórmula de esa tasa por el mismo factor, lo que, como enseñan las matemáticas, no altera el resultado porque en definitiva es como si lo dividiéramos por uno. Entonces, siendo G = tasa de ganancia:

$$G = \frac{P}{C + V} = \frac{P/V}{C/V + V/V} = \frac{P/V}{C/V + 1}$$

De este modo la tasa de ganancia queda expresada como relación entre dos tasas que definimos anteriormente: la tasa de explotación (en el numerador) y la composición orgánica (en el denominador). Podemos extraer dos conclusiones. Primero, que la tasa de ganancia es inversamente proporcional a la composición orgánica del capital, lo que quiere decir que cuando más aumenta esta última, más disminuye la primera. Aparece en la fórmula entonces una expresión matemática de lo que habíamos visto en el análisis previo. Sin embargo, en la misma fórmula se observa que la tasa de ganancia es directamente proporcional a la tasa de explotación; lo que significa que el aumento de esta última hace crecer, como es obvio y lógico, la tasa de ganancia.

El límite del capital

En consecuencia, el aumento de la composición orgánica del capital puede ser atenuado o contrarrestado por el aumento de la tasa de explotación. ¿Por qué hablamos de atenuar o contrarrestar y no de revertir? Vamos a dar tres respuestas básicas a este interrogante. Una: es posible demostrar, incluso matemáticamente (lo que no vamos a hacer ahora), que los aumentos

de la composición orgánica crecientes requieren aumentos que pueden llegar a ser infinitos —y también inviables— de la tasa de explotación. Dos, y más simple: en el límite la producción tiende a automatizarse y a hacer infinita la composición orgánica, la cual implica una disminución del capital variable al punto, también el límite, en que simplemente desaparezca el trabajo vivo como tal y, por lo tanto, como tuvimos oportunidad de indicarlo, desaparezca también la plusvalía. Tercero: la fórmula, al expresarse en términos de tasas, de magnitudes relativas, de proporciones, no debe hacernos olvidar que importan también las magnitudes absolutas.

Ejemplo: en el caso hipotético de un capitalismo desarrollado al extremo posible, con un trabajador a cargo del manejo y la supervisión de un enorme complejo de producción automática, la tasa de explotación de ese trabajador puede ser infinita. En consecuencia puede compensar la enorme composición orgánica que también se encuentra al borde del infinito. Sin embargo, en esa misma hipótesis ya no las proporciones relativas sino la magnitud absoluta de la plusvalía también tiene un límite absoluto, dado por la jornada de trabajo de apenas un trabajador. Es obvio que ningún capital puede funcionar con una producción tan ínfima de plusvalía. “El límite del capital es el propio capital”, las contradicciones en definitiva insuperables que le son propias.

Marx caracteriza la misión histórica del capitalismo precisamente en los capítulos de su obra mayor referidos a la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia:

La producción capitalista tiende constantemente a superar estos límites que le son immanentes, pero sólo lo consigue en virtud de medios que vuelven a alzar ante ella esos mismos límites, en escala aun más formidable. El *verdadero límite* de la producción capitalista es *el propio capital*; es éste: que el capital y su autovalorización aparece como punto de partida y punto terminal, como motivo y objetivo de la producción; que la producción sólo es producción para el *capital*, y no a la inversa, que los medios de producción son meros medios para un desenvolvimiento constantemente ampliado del proceso vital, en beneficio de la *sociedad* de los productores. Los límites dentro de los cuales únicamente puede moverse la conservación y valorización del capital, las que se basan en la expropiación y el empobrecimiento de la gran masa de los productores, esos límites entran, por ello, constantemente en contradicción con los métodos de producción que debe emplear el capital para su objetivo, y que apuntan hacia un aumento ilimitado de la producción, hacia la producción como un fin en sí mismo, hacia un desarrollo incondicional de las fuerzas productivas sociales del trabajo. El medio —desarrollo incondicional de las fuerzas productivas sociales— entra en constante conflicto con el objetivo limitado, el de la valorización del capital existente. Por ello, si el modo capitalista de producción es un medio histórico para desarrollar la fuerza productiva material y crear el mercado mundial que le corresponde es al mismo tiempo la constante contradicción entre ésta, su misión histórica y las relaciones sociales de producción correspondientes a ese modo de producción.

Con la relectura atenta de este párrafo y la reflexión sobre su significado podemos concluir, entonces, esta primera parte.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 7

Ciclo y crisis

La tendencia decreciente de la tasa de ganancia no ilustra solamente, como vimos en el capítulo anterior, sobre la tendencia hacia el colapso del modo de producción capitalista, el límite del propio capital. Existe otra dimensión explicativa que emerge de este movimiento particular de la tasa de ganancia, y que se refiere al hecho de que la evolución del capitalismo se manifiesta en ciclos cuyos extremos son, por un lado, la expansión y el crecimiento de la producción y, por el otro lado, el estancamiento y la crisis. Son fenómenos recurrentes que marcan toda la evolución del capitalismo contemporáneo.

Nos vamos a limitar ahora a trazar un esquema muy sencillo que plantee precisamente esta cuestión de ciclo y crisis. El concepto fundamental consiste en lo siguiente: las mismas razones que impulsan una onda expansiva de la economía capitalista explican que su impulso se detenga, empiece una fase declinante y se llegue hasta una depresión económica más o menos profunda. ¿Cuál es la razón, en términos de lo que vimos sobre la ley de tendencia decreciente, para que una fase expansiva se transforme en su contrario? En primer lugar, si hay un progreso general de los negocios, el mercado crece y el consumo se desarrolla, ¿qué sucede con la demanda de empleo, con la ocupación? Hay una tendencia a un empleo creciente. Al haber una tendencia al empleo creciente en el mercado de trabajo, la mercancía correspondiente, que es la fuerza de trabajo, tiende a subir de precio, en la misma medida en que la tendencia al pleno empleo se hace más intensa. Si hay una tendencia a la suba del precio de la fuerza de trabajo, en la medida en que este fenómeno se verifica, ¿qué tenemos? ¿Un aumento o un descenso de la tasa de explotación? Un descenso, debido al incremento del capital variable para una plusvalía dada. En segundo lugar, si las cosas andan bien para los capitalistas, va a haber una tendencia también a tratar de invertir, a tratar de aprovechar ventajas tecnológicas, de manera que puedan superar a sus competidores en el mercado. De conjunto, una inversión mayor por parte de los capitalistas con relación a la etapa previa, que se traduce eventualmente en incorporación de tecnología, compra de equipamientos, etc., ¿qué implicancia tiene en la composición orgánica del capital?, ¿sube o baja? Sube. Re-

sultado: en una época ascendente del ciclo económico tiende a subir la composición orgánica del capital y tiende a bajar —como vimos— la tasa de explotación. ¿Qué sucede, en consecuencia, con la tasa de ganancia? Baja, porque aumenta lo que la hace bajar y baja lo que la hace subir. Es decir, baja la tasa de explotación, baja la tasa de ganancia, porque la tasa de explotación es directamente proporcional a la tasa de ganancia; aumenta la composición orgánica del capital, baja la tasa de ganancia porque ésta es inversamente proporcional a la composición orgánica del capital. Por lo tanto, en un momento determinado el ritmo de desarrollo económico que venía impulsado por esta fase expansiva tiende a disminuir e incluso a detenerse y revertirse. ¿Por qué? Porque como la tasa de ganancia empieza a decaer, el hecho se traduce en que, en un momento, algún o algunos capitalistas no invierten lo que habían previsto, no lo invierten al ritmo precedente o eventualmente cae la inversión y eso resulta en capacidad ociosa, por un lado, y en baja de los salarios o despidos, por el otro.

La función de la crisis y su manifestación

En la medida en que se detienen la inversión y la incorporación de fuerza de trabajo eso tiene efectos que rápidamente se van propagando en la economía, porque si hay obreros despedidos o se reducen los salarios, los obreros consumirán menos productos del capitalista que produce los bienes llamados “salariales”. A su vez, si hay una detención en el proceso de inversión, fábricas que producían bienes llamados “de capital” en la economía convencional empezarán a sufrir los resultados de una demanda menor con relación a la situación pasada; entonces comienza una suerte de bola de nieve descendente, el círculo virtuoso de la expansión se transforma ahora en un círculo vicioso: las cosas se encadenan de manera que lo que antes estimulaba la suba del ciclo económico, ahora impulsa la baja. No porque operen tendencias distintas de las existentes en la fase ascendente sino porque las que operan en la fase ascendente tienen un límite determinado. Lo que explica el ascenso explica el quiebre.

En la medida en que la bola de nieve se agiganta, ¿qué sucede? En algún momento de la caída, cuando ésta es más o menos profunda, habremos pasado de una situación de pleno empleo o próxima al pleno empleo, o en esa dirección, a la situación inversa, es decir, a una alta desocupación. Si hay una alta desocupación, ¿qué va a suceder con la tasa de explotación? En primer lugar, sube la tasa de explotación en la medida en que la competencia del ejército de reserva de desocupados sobre los trabajadores ocupados hace caer los salarios. En segundo lugar, en la misma medida en que hay dificultades para la incorporación de tecnología, la composición orgánica del capital, que subía acompañando el ascenso de la actividad económica, tiende en el nuevo escenario a detener su desarrollo. Baja, por lo tanto, la composición orgánica o, lo que es lo mismo, aumenta el componente de trabajo vivo al

cual se aplica el capital. En consecuencia, el cuadro general de la economía puede volver a modificarse, dado que se recrearon las condiciones para que la rentabilidad del capital vuelva a un cierto nivel que permita reencontrar un curso mejor para el desarrollo de los negocios de los capitalistas. Conclusión: el comportamiento que es propio de la tasa de ganancia permite entender el carácter cíclico del capital.

Esta sencilla explicación muestra cuál es la función de la crisis: la de desvalorizar los elementos del capital. Al caer el valor de $C + V$, crece naturalmente la plusvalía sobre $C + V$, que es la tasa de ganancia, y vuelve así a retomar un nivel que permite una reversión, con relación al pasado, del clima económico general. Ésa es la función de la crisis: desvalorizar el capital o quemar y eliminar capital. Una de sus expresiones se revela en el hecho de que, en un cierto momento, el capital que logró salvarse de la crisis puede adquirir, comprar, el capital desvalorizado (porque está en quiebra una parte entera de la economía) y lo puede hacer funcionar con salarios mucho más bajos. Este esquema básico se puede aplicar en términos generales a una cantidad de situaciones que atravesaron y atraviesan toda la vida de la economía capitalista. El concepto clave —en las palabras de Marx en *El capital*— es el siguiente:

La desvalorización periódica del capital ya existente, que es un medio del modo de producción capitalista para contener la baja de la tasa de ganancia (desvalorizar el capital para que en relación a ese valor menor la tasa de ganancia sea mayor y para que su medio para contener la tasa de ganancia y para acelerar la acumulación del valor del capital mediante la formación de capital nuevo), perturba las condiciones dentro de las cuales se lleva a cabo el proceso de reproducción del capital, por lo cual está acompañado de paralizaciones súbitas y crisis del proceso de producción.

Desvalorizar el capital, quemar capital, eliminar capital sobrante, significa —como acabamos de ver— que la tasa de ganancia encuentra un límite. Quiere decir que hay demasiado capital para ser valorizado a una rentabilidad determinada, y no quiere decir que las necesidades estén satisfechas. Es decir, como se afirma en *El capital*, la producción se detiene allí donde el capital no puede autovalorizarse o valorizarse a una tasa determinada, y no donde las necesidades estén satisfechas. Esto mismo nos permite entender la manifestación contradictoria, y si se quiere absurda, de la crisis en el capitalismo, algo que se deduce de lo recién explicado. Porque si una crisis está asociada a penurias, carencias y miseria, al mismo tiempo dijimos que tiene como función quemar capital, destruir capital sobrante. Pero el capital es la forma esencial que toma la riqueza en el mundo del propio capitalismo, es decir, quemar capital es destruir la riqueza. La forma específica de la crisis del capitalismo, aunque parezca absurdo, es la sobreproducción y el subconsumo. Sobran cosas, no hay demanda, y entonces se da el hecho de que pueda haber hambre y pan al mismo tiempo, mucho pan y mucha hambre. Como señalamos en reiteradas oportunidades, el capitalismo es esa contradicción

en movimiento: por un lado, desarrollo descomunal de las fuerzas productivas, y miseria social, por el otro. En la actualidad este antagonismo tiene características terminales, alcanza un extremo inigualado en cualquier otra época histórica.

Al examinar más íntimamente el mecanismo de funcionamiento del capital, verificamos que las llamadas "crisis periódicas" son inevitables. Se explican por razones de tipo intrínseco, endógenas al sistema, y no por causas ajenas al propio sistema productivo, como sucedía en épocas precapitalistas, aspecto que señalamos al principio. Por ejemplo, una catástrofe climática podía arruinar el sistema productivo y tener muchas consecuencias en la vida de los hombres. Pero ahora no son las catástrofes climáticas, aunque puedan tener incidencia: es la catástrofe de las contradicciones del propio capital, que son más graves a medida que el capital está más desarrollado. Para decirlo en términos universitarios: la crisis no es algo anómalo que falla en el sistema capitalista sino que, al revés, es la norma del funcionamiento propio de lo que es la dinámica histórica del capitalismo.

En cambio, siempre que la ciencia "oficial" trata de ahondar en las causas que provocan la crisis se orienta a explicarla mediante alguna otra disciplina, porque la economía no la podría explicar. Abundan en particular las explicaciones de tipo supuestamente psicológico. Por eso hay toda una literatura sobre cómo se extiende en el mercado el pánico de una manera irracional, cómo los consumidores se comportan de una manera inadecuada, cómo los capitalistas se paralizan en su actividad y toda una serie de tonterías que tiene que ver con la incapacidad de explicar la crisis en la medida en que no se comprende teóricamente el carácter del sistema capitalista como sistema históricamente condicionado. Y se lo presenta, como vimos al principio, como un modo de producción relativamente natural que coincide con la forma más elevada que tendría el hombre de transformar la naturaleza, la mejor para satisfacer sus necesidades y satisfacer las exigencias de la vida. Desde este ángulo, una crisis no se puede abordar de un modo coherente y científico.

Todavía debemos agregar lo siguiente: que el capitalismo implica un funcionamiento de carácter cíclico no significa que resurja a partir de cada crisis como un ave fénix elevándose incluso a cumbres más altas de desarrollo. Porque si un enfoque es unilateral, se podría hablar de un desarrollo cíclico en el cual, si hay crisis y hay momentos de apogeo, de conjunto el capitalismo se reproduce en una suerte de espiral ascendente, no en forma de una evolución hacia la decadencia, sino más bien lo opuesto. En ese caso hay caídas y subidas, pero la tendencia general sería hacia arriba, como si el capitalismo tuviera a cada paso que remontar un obstáculo que tiene para superarse a sí mismo. Hasta cierto punto, caricaturizándola, ésta es la posición de la teoría económica de la regulación, o de buena parte de sus mejores exponentes que reivindican el gran aporte del marxismo al estudiar los elementos que inciden en una tendencia decreciente de la tasa de ganancia como un instrumento insuperable para analizar la dinámica de las crisis. Pero por la misma razón, porque aparece en un lenguaje marxistoiide, y a veces

marxista, el regulacionismo es profundamente engañoso respecto del contexto en el cual hay que analizar el desarrollo de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia en materia de ciclos y crisis, es decir, el contexto del fenómeno histórico más general de la tendencia decreciente como evidencia de la dinámica al colapso del capitalismo, que nos ocupó en el capítulo anterior. En consecuencia, los dos planos explicativos que surgen de la tendencia decreciente deben asimilarse en el análisis sobre el movimiento del capital.

Las mercancías y la razón última de la crisis

Hasta aquí analizamos la causa, la función, la manifestación de las crisis como sobreproducción, como resultado de las leyes del propio capital, no como una excepción o algo ajeno y extraño a esa misma legalidad. Cumplimos, entonces, en explicar lo aparentemente "inexplicable", en dilucidar lo "asombroso", para decirlo en los términos usados en el capítulo 1. Si se trata de vincular lo que acabamos de ver con los conceptos iniciales de este libro (lo que permite que el conjunto de conceptos se vinculen entre sí y el conjunto de la explicación tenga un carácter, digamos, armónico), importa entonces precisar el vínculo entre crisis y mercancía o, lo que es lo mismo, el intercambio mercantil. Esto porque no debemos olvidar que en el capitalismo todos los productos del trabajo circulan como mercancías, es decir, son al mismo tiempo valores de uso y valores de cambio.

Pues bien, la crisis en potencia, es decir como posibilidad, ya está contenida en esta característica dual o bifacética del producto del trabajo, que es al mismo tiempo el material para satisfacer una necesidad concreta de consumo y una especie de célula de la regulación del sistema productivo cuando éste toma la forma anárquica propia de productores privados independientes entre sí. El doble carácter de la mercancía significa que un valor de uso no puede ser consumido sin previamente realizarse como valor de cambio. Pero cuando esto no sucede, cuando lo que se presenta es el estallido de esta contradicción entre valor de uso y valor de cambio, lo que tenemos no es otra cosa que la manifestación de la crisis. Y esto que parece tan teórico no es sino la abstracción de un fenómeno tan real y dramático del cual nuestro país es un ejemplo paradigmático. Al respecto, un colega me dijo una vez que en la Argentina la producción de alimentos por habitante es una de los mayores —sino la mayor— en todo el planeta. Y en este país, que los más diversos observadores coinciden en señalar que atraviesa la crisis más importante de su historia, en este momento poseemos las cosechas récord de toda la historia y un producto agrícola que podría alimentar a varias poblaciones como la argentina a la vez. Pero en este escenario existen más hambrientos y más pobres que nunca. El valor de uso no puede consumirse, el valor de cambio no puede realizarse. Uno y otro no se complementan sino que se repelen. Es una cuestión puramente social, no técnica y material, es decir, de la forma de organización de la sociedad como economía capitalista.

Se trata entonces del antagonismo entre valor de uso y valor de cambio llevado a su máxima expresión. Para que el trigo sea consumido no basta que haya necesidad de pan: tiene que haber la realización del trigo y el pan como valores de cambio. La posibilidad de la crisis está implícita, por lo tanto, en la forma social de organización del trabajo y la producción bajo el capitalismo, cuya manifestación elemental es la mercancía y su circulación universal. Si miramos desde otro ángulo lo que señalamos sobre las crisis en épocas históricas previas al capitalismo, es fácil ver que se trata de carencias de valores de uso por factores, digamos, extraeconómicos vinculados a factores climáticos, naturales, etc. En el capitalismo lo que puede llegar a matar es la sobreacumulación de valores de cambio invendibles, la sobreproducción de mercancías, que es la expresión de una sobreacumulación de capitales im-potentes para valorizarse como tales.

Como en este capítulo analizamos el esquema general de la crisis en el capitalismo hemos pasado por alto, como en otros temas, polémicas y controversias más específicas. Un interesante resumen de ellas se puede encontrar en el libro de Ernest Mandel que lleva como título, precisamente, *"El capital", cien años de controversias en torno a la obra de Marx*. Dos pequeños capítulos están dedicados al tema y en uno de ellos se reproduce a Marx en una cita que bien podemos reiterar ahora a modo de cierre:

Las épocas en que la producción capitalista despliega todas sus potencias resultan ser, regularmente, épocas de sobreproducción, porque las potencias productivas nunca se pueden emplear al punto de que con ello no sólo se produzca más valor, sino que pueda realizarse ese valor acrecentado; pero la venta de las mercancías, la realización del capital mercantil, y por ende también la del plusvalor, no está limitada por las necesidades de consumo de la sociedad en general, sino por las necesidades de consumo de una sociedad en la cual la gran mayoría es siempre pobre y está condenada a serlo siempre. [...] La razón última de todas las crisis reales siempre sigue siendo la pobreza y la restricción del consumo de las masas en contraste con la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si solamente la capacidad absoluta de consumo de la sociedad constituyese su límite.

Capítulo 8

Capitalismo e historia contemporánea

Como llegamos casi al final de este libro aquí haremos lo que será una suerte de exposición conclusiva y balance hasta el momento. El propósito es, a partir de esto, superar el horizonte "económico" con el propósito de verificar lo que ilustra la crítica de la economía política con relación a la historia contemporánea. Entonces, apelando a vuestra paciencia, comencemos con un resumen de lo que hemos visto hasta ahora.

Hemos tratado de desarrollar una visión más o menos unitaria que ampliara el espectro de lo que significa la llamada, no con demasiado rigor, "economía marxista". Es decir, tratamos de situarla en el contexto, sí más riguroso, de un análisis del movimiento más general de la sociedad contemporánea, que tiene un fundamento importante en lo que se considera la órbita propia de la economía, las relaciones de producción, pero que se proyecta a una comprensión del conjunto del fenómeno social contemporáneo. En esa línea analizamos en primer lugar el carácter mismo de lo que se puede llamar una "ciencia social", de la cual la economía forma parte y, en ese contexto, el marxismo como una expresión muy elevada de una aproximación científica, para entender cuáles son las leyes del movimiento de la sociedad en la cual vivimos.

A partir, de ahí, en segundo término, ubicamos el lugar muy importante que ocupa el trabajo humano en el análisis de esas leyes del movimiento social: qué es el trabajo, y qué es el trabajo en el contexto de la historia moderna, donde está marcado precisamente por las relaciones sociales capitalistas. Hablamos entre otras cosas del trabajo alienado, para marcar las contradicciones existentes entre la potencia genérica del trabajo humano y la realidad casi abyecta o humillante de los trabajadores, o del mundo del trabajo, en la contemporaneidad.

En tercer lugar, cómo identificamos esa contradicción que acabo de mencionar con una sociedad en la cual la mercancía es la célula universal, es decir, con una sociedad en la cual la forma social de la riqueza toma la característica de lo que llamamos "mercancía", al punto de que esa universalidad de la circulación mercantil alcanza al propio trabajo, convirtiéndolo en algo

que se compra y se vende. Nos dedicamos en consecuencia a examinar qué es una mercancía, qué es esa célula básica del mundo contemporáneo, para concluir con la muy importante idea de que la mercancía es una pura forma social, en la cual se expresan, o se manifiestan, los productos del trabajo humano y la riqueza.

Entonces, luego de haber comprendido que la mercancía es esencialmente una relación social, que no tiene ningún tipo de materialidad, pasamos a un cuarto gran tópico en este análisis: comprender que el propio capital no es una cosa sino una relación social, cuya premisa es la existencia de una clase propietaria, que monopoliza los medios de producción y que tiene como contrapartida a una amplia franja de población que carece de medios de producción, y en general de cualquier otra cosa que no sea su propia fuerza de trabajo. Así planteamos el contenido mismo de la relación social capitalista: la expropiación o la confiscación.

Analizamos esa expropiación o confiscación en sus grandes etapas de desarrollo histórico. En primer lugar, hay una confiscación que se identifica con la etapa primitiva del capitalismo, cuando los viejos productores son efectivamente expropiados para constituir, a partir del viejo artesanado y del viejo campesinado, al sujeto colectivo obrero moderno, al trabajador contemporáneo. En segundo lugar, ya con el capitalismo consolidado como capitalismo industrial, identificamos esa confiscación o esa expropiación con el mecanismo de obtención de la plusvalía. Y finalmente completamos el análisis con un examen del desarrollo de este proceso confiscatorio del capital en un punto muy elevado, en el que el capital concluye expropiando a otros capitales, y planteando la necesidad de que él mismo sea expropiado, es decir, que las relaciones sociales de producción den lugar a una transformación social más amplia, modificando la relación del conjunto de la población con los medios de producción. Por lo tanto se plantea la expropiación de los expropiadores. ¿Quiénes son los expropiadores? Los capitalistas, que en su momento confiscan la propiedad privada, individual, basada en el trabajo propio, cuando los productores se transforman en obreros. Esos expropiadores deben ser a su vez expropiados, para darle a la gestión de los medios de producción modernos el alcance social que adquieren por el propio desarrollo del capitalismo.

En quinto lugar, hicimos una especie de *intermezzo* para replantear el significado más amplio de la teoría del valor, elemento central en la economía política. Vimos en qué sentido fue criticada y completada por Marx y pusimos de relieve el significado del descubrimiento de la plusvalía en una explicación, ahora coherente, del movimiento propio del capital.

En sexto lugar nos consagramos al análisis de la ganancia y de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia y la dinámica histórica del capitalismo hacia su agotamiento histórico. En séptimo lugar abordamos el problema de las crisis como un aspecto de las manifestaciones clave de las contradicciones insuperables del capitalismo.

Al considerar el desarrollo histórico del modo de producción contemporáneo, analizaremos lo que se denomina su etapa superior o última fase, el

imperialismo,* y describiremos las características fundamentales de esta época. Hablaremos del monopolio, del capital financiero, de la exportación de capitales, de la culminación del reparto del mundo entre las grandes potencias capitalistas, que se expanden del centro a la periferia a partir de la saturación de la explotación capitalista en el centro mismo del mundo contemporáneo. Esto quiere decir algo muy concreto: las oportunidades para hacer rentable el capital tienden a “desmejorarse” (para usar una palabra moderada) en los países en los cuales éste se originó y a acrecentarse con la explotación de recursos naturales y humanos en la llamada “periferia”.

Por eso identificamos esta última etapa del capitalismo, desde un punto de vista conceptual, con una idea muy rica: el capitalismo se transforma en imperialismo en una etapa muy alta de su desarrollo, cuando algunas características propias del capital se transforman en lo contrario de lo que eran y anuncian, plantean, la necesidad del surgimiento de un nuevo orden social, dado el agotamiento de este orden social contemporáneo, parafraseando una definición de Lenin. Llegamos a un punto en el que correspondería examinar el lugar histórico de esta última etapa.

Al caracterizar el lugar histórico del imperialismo a principios de siglo los marxistas formularon el pronóstico sobre las grandes líneas del desarrollo de la sociedad contemporánea más extraordinario que se pueda haber planteado en cualquier terreno de lo que se considera una ciencia social. Dijeron que, dado el agotamiento del sistema en el cual vivimos, asistiríamos a un período notablemente convulsivo, de catástrofes económicas, de modificaciones políticas muy extremas, de guerras y revoluciones, de conflictos muy agudos sin precedentes en el pasado.

Ésta fue, sin dudas, la norma en el desarrollo del siglo XX, una centuria de connotaciones extremadamente revolucionarias, y por lo tanto también contrarrevolucionarias. Se podría decir que, en la época en la que vivimos, está planteada con mucha fuerza esa contradicción básica del desarrollo histórico de cualquier sociedad, entre relaciones de producción y fuerzas productivas. Es decir, las fuerzas productivas del hombre encuentran un obstáculo definitivo en las relaciones sociales de producción, de modo que, si esas relaciones sociales de producción no son superadas, vamos a una involución muy aguda en las formas sociales de existencia. Es una época de revolución social, para decirlo en los términos del prólogo a la *Crítica de la economía política* de Marx, que establece esto como ley general del desarrollo histórico.

El punto que quedaría planteado son las conclusiones que podemos sacar con relación al pronóstico que formularon los marxistas hace un siglo.

* Este tema se desarrollará con amplitud en el capítulo 9.

Revolución social

En primer lugar, respecto de si la revolución social se verificó, las evidencias son abrumadoramente afirmativas. A principios de siglo, luego de los escritos que caracterizaban al imperialismo, en 1917 tenemos la Revolución Rusa, que constituye la instalación del primer gobierno obrero, de trabajadores, en la historia. Y para ser más precisos, del primer gobierno obrero victorioso, ya que hubo otro gobierno obrero previo, en una experiencia más acotada, más local, que es el de la Comuna de París en 1871.

Se puede decir, entonces, que con la Revolución Rusa, en 1917, culmina todo un desarrollo histórico. El desarrollo de la revolución burguesa, el de la revolución moderna. Si uno quisiera esquematizar esto, tomando un análisis extremadamente interesante que también planteó León Trotsky a principios del siglo XX en *1905: balance y perspectivas*, de 1906, los grandes jalones de este período son 1789 —el año de la Revolución Francesa—, 1848 —año emblemático de las revoluciones europeas— y finalmente 1905-1917 —los años de la primera, segunda y tercera revoluciones rusas—.

Esto es esquemático porque 1789 es simplemente un año, aunque naturalmente asociado a un episodio tan grandioso como la Revolución Francesa. No podemos concebir la revolución burguesa en términos de un acontecimiento puntual sino de un proceso que se inicia en los Países Bajos en el siglo XVI y termina con la Guerra Civil estadounidense, que impone definitivamente la hegemonía del capitalismo industrial moderno trescientos años después. Por muchas razones 1789 es una fecha paradigmática, que representa el ejemplo clásico de levantamiento y de revolución nacional contra el viejo régimen, es decir, contra el feudalismo, contra las formas sociales, productivas, culturales, de tipo precapitalista. Eso es la Revolución Francesa.

En la Revolución Francesa, tomada como paradigma, el proletariado, la clase moderna que surge del capitalismo, prácticamente no existía. Los protagonistas son los elementos populares de las ciudades, los llamados *sans culottes*, que son todavía herencia, en términos de su ubicación en el sistema productivo, de formas precapitalistas de producción vinculadas a una escala reducida de producción, a un desarrollo de lo que era todavía artesano, a la emigración del campo a la ciudad. La nación entera se levanta con la burguesía como clase dirigente contra la nobleza, contra la aristocracia, contra los representantes del régimen medieval. Y triunfa la modernidad, triunfa el mercado nacional, triunfa la república, triunfa la transformación agraria, triunfan todas las condiciones sociales y políticas que son requisito, precisamente, para el desarrollo nacional moderno.

Con el desenvolvimiento de esta nueva civilización, el capitalismo se desarrolla y el proletariado crece. De modo que las revoluciones que se procesan después de esta fecha incorporan un elemento nuevo. En 1848, que es el segundo hito histórico que consideramos, los estallidos de tipo revolucionario que se dan fundamentalmente en Europa están impulsados por la necesidad de un desarrollo capitalista y de un desarrollo burgués todavía más amplio,

contra los resabios, contra los intereses, contra los frenos, contra los obstáculos, que planteaban las clases precapitalistas. Pero, a diferencia de 1789, la novedad de 1848 es que la burguesía ya no arrastra a una nación que se levanta como un todo sin formas definidas fuera de la propia burguesía sino que cuenta con la presencia de un movimiento obrero desconocido en la etapa previa.

El movimiento obrero ya había presentado manifestaciones de existencia en la década del 1830. Para 1848 ya habían surgido algunas organizaciones de obreros que se proclamaban a sí mismas revolucionarias. Una manifestación de esto es la propia Liga de los Comunistas que integraba Marx, de la cual surge en esa oportunidad lo que podemos considerar el documento fundacional del movimiento obrero: el *Manifiesto comunista*.

El *Manifiesto comunista* concentra sus preocupaciones en la emergencia de una revolución “democrática”, o estimulada por factores que tienen que ver con un desarrollo democrático y capitalista, en la propia Alemania, en esa época todavía dividida, fragmentada, dominada por intereses localistas, que impedían que pudiera competir con Gran Bretaña y con Francia, ya situadas en el terreno de un desarrollo burgués más o menos consolidado.

La revolución de 1848 demuestra una cosa muy importante y de enormes consecuencias para todo el desarrollo histórico posterior. Si una nación determinada no resolvió los problemas de su desarrollo burgués moderno en los términos en que lo hicieron originalmente las naciones que estamos tomando como modelos —Gran Bretaña y Francia—, cuando tiene que encarar una acción contra el viejo régimen con la presencia del movimiento obrero, la burguesía ya no procede de un modo revolucionario, sino que incluso interviene de un modo contrarrevolucionario.

Esto es lo que verificaron el propio Marx y el movimiento obrero de la época a la luz de la experiencia de 1848. Ya en esa fecha —antes de la revolución en Alemania y en los demás países europeos— el *Manifiesto comunista* dice: “Ahora la revolución democrática será el preludio de una revolución obrera”. Es decir, en un mismo período histórico se pasará de las transformaciones propias del capitalismo, de las medidas que corresponden a una transformación burguesa general, a otra revolución acelerada por la presencia del enemigo de la propia burguesía, que es el movimiento obrero.

Lo que no dice el *Manifiesto comunista*, sí se dice dos años después en una circular de la Liga de los Comunistas de 1850, escrita por Marx con el propósito de hacer un balance de los acontecimientos de 1848 y que desde el punto de vista de un historiador debe ser considerada un documento complementario del propio *Manifiesto*. Allí Marx dice que esta presencia del movimiento obrero va a asustar tanto a la burguesía que terminará por abortar la posibilidad de una acción revolucionaria de la misma. Por lo tanto, lo que tiene que hacer el movimiento obrero —afirma la circular— es organizarse rápidamente para sustituir a la fracasada burguesía en la lucha por el poder, resolviendo de una forma combinada las tareas propias de una revolución burguesa inconclusa con las de una revolución socialista emergente. Esto ya

está anticipado en 1850, de una forma algebraica. Pero este balance va a tomar una forma definitiva en 1905, porque en la revolución rusa de ese año —que indudablemente estaba estimulada por el atraso del país, por su barbarie feudal, y que parece ser continuación de ese largo proceso iniciado en los Países Bajos— junto con la burguesía liberal aparece el movimiento obrero, ya no sólo potente en términos de análisis sociológico sino en la práctica. Lo que surge como novedad en un proceso revolucionario moderno, en la Rusia de 1905, son los soviets, los consejos obreros. Surgen en el cuadro de una movilización donde la huelga aparece por primera vez como un componente de la movilización general, que naturalmente se identifica con el carácter amplio y masivo que tiene cualquier revolución.

En 1789 no había huelga porque no había fábricas y no había movimiento obrero. En 1905 sí. Y en 1905, no tanto como consecuencia de un desarrollo de fuerzas internas, endógenas y a favor de un desenvolvimiento burgués en Rusia, sino de que en la Rusia de 1905 ya se manifiestan algunas de las características de lo que llamamos "imperialismo". Hay una enorme exportación de capitales hacia Rusia. El proletariado ruso, aunque minoritario y concentrado en las grandes ciudades, tiene un peso social muy importante por esta exportación de capitales de origen externo frente a una burguesía relativamente raquítica.

Cuando esto se produce la conclusión es definitiva. El país que no ha consumado una revolución moderna, burguesa, ya no podrá hacerlo dentro de los límites de un orden burgués. Las tareas de la modernización del país serán el subproducto de una revolución que tendrá como protagonista decisivo al movimiento obrero, al proletariado. Esta gran conclusión estratégica es la que va a llevar a los bolcheviques al poder en 1917, imponiendo ese gobierno victorioso, que a su turno es la manifestación empírica, práctica, de la caracterización que incluso los dirigentes del partido habían hecho hacia algunos años, en la época en que el marxismo analizó, en el inicio de este período, el fenómeno del imperialismo. Con el imperialismo, todo país se transforma en un país capitalista. No porque sean todos iguales entre sí sino porque en cualquier país la producción capitalista es la dominante, ordena y jerarquiza al conjunto de un modo muy preciso.

Para comprender esto último examinemos el caso hipotético de un país tribal al cual va una gran empresa petrolera, que instala una enorme refinería que ocupa a dos mil o tres mil individuos. El país sigue siendo tribal porque hay millones de habitantes frente a esos miles de trabajadores de la refinería. Pero la economía del país es la refinería y el sujeto social moderno es el movimiento obrero. Quizá ni siquiera hay burguesía nacional en este ejemplo extremo, porque la burguesía que instala la destilería de petróleo es extranjera. Éste es un fenómeno típico de esa etapa. Hay países de la periferia que tienen inversiones capitalistas significativas, y en consecuencia un proletariado importante, y sin embargo una burguesía nacional raquítica. Por este desarrollo desigual y combinado en el país periférico, que debe asociarse a las características de la época imperialista, el proletariado es el pro-

tagonista, aunque no sea un proletariado que surge como consecuencia de un gran desarrollo burgués nacional. En Rusia pasaba algo parecido. Por eso en un país bárbaro y atrasado los hechos decisivos de la revolución se producen en las ciudades, en las capitales, y el proletariado juega un papel tan descomunal con las huelgas y con los consejos. Los soviets son la organización del movimiento obrero en un plano independiente respecto del poder y más allá de los límites corporativos.

Entonces, en 1789 la nación se levanta toda unida —aun con sus propias contradicciones, porque no podía expresar una división que todavía no había madurado— contra el viejo orden feudal. En 1848 la revolución ya se expresa con una escisión aguda en el campo nacional, entre burguesía y movimiento obrero, sin que la primera se anime a hacer la revolución, ni el proletariado pueda superarla. Y en 1905 aparecen los elementos para la superación de la cobardía de la burguesía, a través de la organización propia del movimiento obrero en los consejos obreros. De esa experiencia concreta el Partido Bolchevique ruso sacará el planteamiento de que los soviets tienen que tomar el poder. Los obreros se organizan de una manera particular, que se presenta como alternativa frente a las formas tradicionales del poder de la burguesía. Es una nueva forma de poder que no podía salir de un laboratorio sino de la expresión del desarrollo concreto, histórico, material de la lucha de clases.

La ex Unión Soviética y el socialismo

En Rusia hubo una revolución obrera, pero ¿estaba madura Rusia para una transformación socialista? ¿Rusia estaba en un nivel de desarrollo tal que, agotándose el capitalismo, tenía que pasar a una forma social superior o Rusia sufría, con todas sus contradicciones, de falta de capitalismo? ¿Estaba por lo tanto madura para encarar una reorganización de la sociedad, con la gestión social de los medios de producción, a escala de producción adecuada? La respuesta es, definitivamente, que no lo estaba. Pero hay que tener cuidado con esta respuesta que puede parecer, en una primera aproximación, una visión novedosa, después de todo un largo período transcurrido. Esta idea de que Rusia no estaba madura para el socialismo es la idea por la cual el partido dirigente de esa revolución tomó el poder. Los dirigentes del Partido Bolchevique, de la naciente Unión Soviética, respondían al unísono que Rusia no estaba madura para el socialismo.

El socialismo requiere de una cierta base técnica, de un cierto desarrollo de las fuerzas productivas que Rusia no poseía por sí sola. Esa base técnica, ese desarrollo de las fuerzas productivas, se da en el conjunto del capitalismo, y en particular en las naciones más desarrolladas. Es decir: el mundo estaba maduro para el socialismo porque el capital había cumplido su "misión histórica" y constituido el mercado mundial, y porque por eso mismo se abría la etapa de su decadencia histórica, de su descomposición, de lo cual

era testimonio la barbarie de la época, expresada en la Gran Guerra en 1914. Rusia es el eslabón más débil de todo ese escenario. La toma del poder en el país de los zares debía ser y fue considerada como primer episodio de un desenvolvimiento más amplio, cuyo epicentro sería el estallido de la revolución en los países centrales. Ésta era la apreciación de quienes dirigían la revolución de octubre de 1917.

Se esperaba que en Alemania hubiera una revolución inmediatamente después que en Rusia. Y efectivamente se produce una revolución en 1918, que será la que instaló la república. Hasta 1918 hubo en Alemania un káiser. Pero esa revolución triunfa como contrarrevolución, aunque esto parezca una contradicción. La emergente República de Weimar se desenvolverá no como consecuencia de un hecho revolucionario sino de uno contrarrevolucionario. Se expulsa al káiser y se fusila a la dirección del partido que quería hacer la revolución obrera. Los que hacen la "revolución", a la que llamamos "contrarrevolución", son los que asesinan en 1919 a Rosa Luxemburg y a Karl Liebknecht, los dirigentes del Partido Comunista alemán y que pretendían que el movimiento obrero se hiciera cargo del poder, estableciendo una federación única con Rusia y abriendo un período de revolución socialista internacional. Ellos son fusilados y la revolución queda recortada en un ámbito nacional, tomando las formas parlamentarias, las formas constitucionales, de toda transformación burguesa, pero ahora en otro contexto: no revolucionario sino contrarrevolucionario.

Es importante tener en cuenta esto, ver la forma y el contenido de los procesos sociales históricos. Un país puede pasar de instituciones de tipo feudal, precapitalista, y el contenido de las nuevas instituciones burguesas modernas puede no ser revolucionario.

En América Latina hay un ejemplo casi paradigmático de mitad del siglo XIX. Paraguay tiene entonces un desarrollo industrial importante, significativo, relativamente autónomo, bajo formas políticas autoritarias, por eso mismo es aplastado en la llamada Guerra de la Triple Alianza, una guerra brutal, después de la cual no quedó prácticamente ningún paraguayo vivo —y esto no es metafórico—. Entonces ese desarrollo autónomo queda quebrado y Paraguay entra en la "modernidad" política. Ese país se hizo moderno a partir del triunfo de la Triple Alianza liderada por la Argentina y Brasil, en interés del imperialismo entonces dominante, el de Gran Bretaña. Ingresa entonces así a la "modernidad" mediante el aplastamiento de una dictadura y el paso a la formalidad democrática del parlamento y del sufragio. Es la importación de formas "constitucionales" de gobierno, bajo el impacto de una transformación no revolucionaria sino contrarrevolucionaria. Por eso hacemos la analogía con este ejemplo, para ser más claros respecto de la Alemania de 1918. No se puede comparar la Alemania de 1918 con la Francia de 1789 aunque en ambos casos una monarquía ceda el paso a la república. Es otra época histórica. Algo formalmente similar es distinto si se da en un contexto diferente, en una época histórica diferente.

Rusia no estaba madura para el socialismo como sistema de organiza-

ción social, que como prerequisite tiene el desarrollo de la gran industria. En Rusia no había gran industria sino islas de gran industria en algunas ciudades. No había un desarrollo nacional industrial. La aspiración era apuntar a una transformación de carácter más amplio, de naturaleza internacional, que fracasa porque la revolución alemana es derrotada. Esto le plantea a los dirigentes de la revolución que impone el primer gobierno obrero victorioso un dilema y un problema terrible. ¿Qué hacer? El aislamiento de Rusia, luego del fracaso en Alemania y de la paz de Versalles, era muy dramático. Además, Rusia estaba hecha pedazos por los resultados tanto de la Primera Guerra Mundial como de la guerra civil interna. Después de la victoria de la revolución obrera, Rusia se queda casi sin obreros —y tampoco estamos hablando metafóricamente—. Las pocas industrias que había estaban destruidas. Los obreros que trabajaban en esas fábricas, sus mejores dirigentes, pasaron al aparato del Estado. Su infraestructura productiva estaba liquidada. Se trata de una situación extremadamente dramática, que tiene que ver con los debates que se dan en 1919, en 1920 y en 1921, sobre la política económica en el nuevo país de los soviets.

Esto explica por qué los bolcheviques, en la década del 20 en Rusia, imponen una política económica que estimula, en muchas partes del tejido social ruso, una economía de mercado para suscitar las condiciones de la planificación en otra escala. No impusieron la economía de mercado en las grandes industrias de las ciudades que podían planificar y organizarse con una centralización de recursos.

Pero Rusia era un mosaico de relaciones productivas correspondientes a estadios históricos muy distintos. En las ciudades había fábricas que reunían a miles de obreros y eran testimonio de lo más desarrollado del capitalismo. Pero eran islas de modernidad en un mundo en el cual había también un enorme campesinado, con prácticas todavía medievales. Si en la ciudad se podía planificar, ¿cómo se hacía en el campo? Porque para poder planificar hay que tener recursos con los cuales hacerlo: escala de producción, contabilidad, medios adecuados, etc. ¿Qué se puede planificar en un mar de miseria y atraso? Entonces, para estimular la actividad rural y a la enorme masa campesina, bajo los soviets se impuso el despliegue de la economía de mercado. Fue un viraje de 180 grados con relación a lo que en los primeros tres años fue una necesidad derivada de la guerra civil que signó a la revolución. Entonces se impuso un impuesto forzado a los campesinos, todo era *manu militari*, no tenía nada que ver ni con una economía estatal, en el sentido socialista, desarrollada, ni con un desarrollo capitalista, de mercado.

La cuestión clave, entonces, era: ¿cómo se hacía para hacer socialismo en una sociedad medieval de la escala del territorio ruso? No se podía. Había que crear desarrollos de tipo mercantil, que permitieran fomentar las condiciones productivas y sociales para luego ir socializando de acuerdo con esa economía, mientras se esperaba el desenvolvimiento de otra etapa revolucionaria en el resto del mundo. Claro que el costo es muy grande: el aislamiento, la liquidación de una buena parte de la clase obrera, el agotamiento de sus cuadros y la degeneración burocrática de los dirigentes de ese partido.

Todo esto es lo que empieza a procesarse en la década del 20 del siglo pasado. ¿Cuál es entonces, el gran debate? Si es posible construir el socialismo en un solo país o si, manteniendo la idea original, hay que tratar de que la revolución no se derrumbe y esperar una nueva oleada revolucionaria internacional, que acompañe el desarrollo económico, social y político en Rusia, a la escala de la transformación más general del capitalismo mundial. Por lo tanto, en este plano lo más importante era, desde un punto de vista político, no el tener relaciones diplomáticas con todo el mundo para que no molesten a Rusia, sino una internacional obrera, que permitiera acelerar el proceso revolucionario mundial, mientras Rusia hacía lo que podía.

¿Qué posición triunfa? La posición del socialismo en un solo país, que es mencionada por primera vez en la década del 20 y en Rusia. Porque ningún marxista hubiera hablado antes del socialismo en un solo país, ni siquiera Stalin. El socialismo como etapa del desarrollo de las fuerzas productivas sólo es posible en la escala de la producción mundial ya creada por el propio capitalismo. Pero en realidad, la tesis del socialismo en un solo país no es el reflejo de una elaboración teórica sino de los intereses de una burocracia que se va configurando como resultado final de una revolución obrera que triunfa en un país relativamente atrasado y que se aísla en relación con el desarrollo ulterior de la revolución.

Esto da lugar a una configuración social e histórica particular: la burocracia de un Estado obrero, el stalinismo, con características extremadamente contrarrevolucionarias. Porque el aislamiento produce una burocracia y la burocracia reproduce el aislamiento y la derrota de un proceso de extensión de esta transformación social en escala internacional.

Es un proceso histórico concreto, que toma una forma definida en la segunda mitad del siglo pasado. Recordemos dos instancias clave en ese proceso que tiene que ver con la arena mundial en la cual se decidía el futuro de la Unión Soviética. Primero: en 1926, el Partido Comunista debe decidir, frente a una gran huelga general en Gran Bretaña, si se alía a la burocracia británica vinculada al gobierno para que no molesten a Rusia o si apoya a los obreros para que transformen su país en un sentido revolucionario. Y Stalin apoya la burocracia del gobierno británico. Segundo: en 1927 se produce otro episodio brutal, la Revolución China. Y Stalin ordena al Partido Comunista chino someterse al dirigente nacionalista de la época, Chang Kai Shek, que incluso es nombrado copresidente de la Internacional Comunista y que será quien después funda Taiwán y el presidente honorario de todas las Triple A que se constituyen en el mundo. Y con Triple A nos referimos a las alianzas anticomunistas, en nuestro caso "Argentina". Chang Kai Shek fue después el prototipo del fascista, del anticomunista. El cálculo —burocrático, conservador— de Stalin era que había que consolidar el socialismo en Rusia, y esto —aunque era imposible porque no tenía horizonte histórico— reforzaba el poder de la propia burocracia en Rusia.

Stalinismo y posguerra

Lo que importa retener es que, como consecuencia de un gobierno obrero victorioso, que queda aislado, se produce un fenómeno histórico nuevo: el surgimiento de una burocracia en un Estado obrero. Es un fenómeno nuevo, resultado del aislamiento, y que refuerza tanto este aislamiento como las tendencias al retroceso en esa experiencia revolucionaria. Y que tiene, como en las experiencias de 1926 y de 1927, connotaciones políticas e históricas muy significativas durante ese siglo: la alianza de una burocracia de un Estado obrero con la gran burguesía internacional, cuya expresión más acabada es el orden que surge a partir de 1945, en Yalta, donde se llega a un acuerdo para aplastar las tendencias a la consolidación de un movimiento obrero independiente y para dividir Alemania, que siempre fue la niña mimada de las revoluciones, donde está el proletariado históricamente más desarrollado, más fuerte, más potente. Hay que sujetar al movimiento obrero alemán, como consecuencia de la derrota. Porque toda guerra produce un trastocamiento muy profundo. Si caía el nazismo, si caía Hitler, ¿quién iba a sucederlo? Había que evitar que interviniera el movimiento obrero alemán. Y con esto tienen que ver, en parte, los acuerdos que los aliados hicieron después de la guerra y las atrocidades que se cometieron contra el pueblo alemán. El registro histórico es definitivo respecto de los destrozos y de los ataques contra la población civil que se hicieron en Alemania en el final de la guerra. No fueron una necesidad militar sino una necesidad política: evitar que el movimiento obrero levantara la cabeza. Incluso con esto tiene que ver la misma división física de Alemania, para impedir que, en el cuadro de la unidad nacional y con un balance de la experiencia histórica, se pudiera plantear la continuidad de ese movimiento obrero que había nacido el siglo anterior y que se expresaba en un poderoso movimiento socialista y revolucionario.

Al mismo tiempo, en 1945 termina todo un desarrollo del capitalismo contemporáneo en el siglo XX a la escala del pronóstico acerca de lo que es el imperialismo desarrollado por los marxistas a principios de siglo. El siglo XX fue terriblemente conflictivo, caótico y perturbador. Para 1945 ya tenemos dos guerras mundiales, 60 millones de muertos en la última de ellas, una crisis económica como la de 1930. Éstos son todos elementos que configuran la verificación del pronóstico que habían formulado los marxistas y que señalamos al principio del capítulo. Sobre esta base de barbarie tendremos lo que después se llamarán los "treinta años gloriosos", de 1945 a 1975, cuando se quiebra otra vez la curva del desarrollo de la sociedad capitalista. En 1975 encontramos la primera gran crisis internacional de posguerra generalizada. No es que no haya habido crisis económicas entre 1945 y 1975, pero cuando había crisis en un país, se levantaba otro. Sin embargo, en 1975 caen todos al mismo tiempo y la curva general del desarrollo capitalista tiene una inflexión. En ese año entramos en una curva realmente depresiva, cuya explosión final es la crisis actual. Porque hoy el capitalismo está en una severísima cri-

sis, de la cual la Argentina es también un eslabón débil —manteniendo la analogía con lo que dije de Rusia—. ¿Por qué estamos en una crisis severísima? Porque en 1997 estalla una crisis enorme en aquellos países asiáticos que aparentemente demostraban que el capitalismo se reproduce en todos los lados de forma invencible. Se caen los “tigres asiáticos”. En 1998 se cae la economía rusa restaurada. En 1999 se cae Brasil, cuyo aspecto más emblemático es la devaluación. A partir de ahí entramos en un maremágnum donde está en cuestión qué pasa con las grandes economías capitalistas.

Aunque los acuerdos entre el stalinismo y la burguesía en la posguerra constituyen la culminación de una política que podemos considerar contrarrevolucionaria y que afectó poderosamente el desarrollo de la revolución social en el siglo XX, es muy importante señalar que las leyes de la historia son siempre más fuertes que los aparatos y que los intereses que tratan de detenerla. Después de dos décadas de derrotas y luego de los acuerdos mencionados al concluir la Segunda Guerra Mundial, en 1949 tenemos una nueva revolución socialista victoriosa cuando se produce la revolución china con Mao Tse Tung a la cabeza y veinte años después de una derrota espantosa, la de 1927, que ya mencionamos. Después de la posguerra hay una suerte de “revolución” (esto implica un debate muy largo) en los países que ocupa la Unión Soviética y que quedan bajo su dominio como parte del pacto de Yalta y de Potsdam. Pero no es una revolución al modo tradicional. Intentan un ordenamiento no obrero, un ordenamiento burgués, un ordenamiento republicano y, fracasado ese intento, la dirección stalinista termina por expropiar a los capitales originales e impone Estados obreros con características muy burocráticas que extienden el campo de dominio de la Unión Soviética. Es interesante, por lo tanto, observar que en el período de la posguerra —el período de una estabilización y reconstrucción económica mundial— la etapa de guerras y revoluciones continúa como signo de la época. Cinco años después de la Revolución China comenzará la guerra de Vietnam que en dos décadas conducirá a la derrota del imperialismo francés y luego del norteamericano. Antes todavía tenemos la guerra de Corea, al comienzo de los años 50. Y al finalizar esa misma década, en pleno *boom* económico internacional, tendremos la revolución cubana de 1959, para tomar apenas los acontecimientos revolucionarios paradigmáticos.

El caso cubano es interesante porque replantea dos temas que recorren este capítulo. Primero: ¿es posible una revolución burguesa, un capitalismo nacional autónomo, la reiteración del ciclo histórico de la Revolución Francesa, de la inglesa, de la norteamericana, para hacer surgir ahora naciones modernas en la periferia atrasada del mundo capitalista, en la época del imperialismo? Segundo: ¿es posible, caso contrario, reeditar la tesis del “socialismo en un solo país”? El primer interrogante replantea la conclusión ya señalada en 1848-1850 y confirmada por la experiencia de 1917. El caso cubano es paradigmático porque ha venido a probar positivamente —como todo el proceso revolucionario del siglo XX— que en la etapa imperialista, y una vez que el movimiento obrero está presente en la escena histórica ya de una

forma muy distinta de la de 1848, no hay ninguna posibilidad de que triunfe una revolución en el cuadro del régimen burgués nacionalista. Todas fracasaron. La única que permaneció es la que trascendió esos límites: la cubana, para tener otros límites en otro plano, como ya veremos.

Para decirlo en otros términos: cuando se cuestiona a los marxistas acerca de dónde triunfan sus postulados, en realidad se está invirtiendo el planteamiento. ¿En qué lugar los movimientos nacionalistas que proliferaron como nunca en la época del imperialismo, por las razones que apuntaremos en el capítulo 9, pudieron triunfar en el marco del orden burgués y como movimientos nacionalistas? Es decir, bajo la pretensión de tener un capitalismo nacional, autónomo, independiente, que ulteriormente diera lugar a otro tipo de polarización, entre burgueses y proletarios, que emergerían como consecuencia de ese supuesto desarrollo autónomo, independiente. En ningún lugar. La Argentina es uno de los ejemplos más importantes de esta tesis. Hemos tenido un movimiento nacionalista, que dominó el país durante cincuenta años y que empezó con los bríos típicos de cualquier debut. Recordemos que Juan Domingo Perón emerge a la historia política detrás de aquella consigna que lo oponía al embajador estadounidense, donde había que votar a Braden o a Perón, con todo el folclore típico de un movimiento nacionalista y con algunos reclamos antiimperialistas de la época hasta que rápidamente se estableció dentro de límites de carácter conservador. El peronismo en su metabolismo político termina degenerando, hasta que llegamos a esta última versión que tuvimos en la década del 90.

Hubo expresiones mucho más radicales de movimientos nacionalistas. Para tomar otro ejemplo, también de América Latina: Bolivia, en 1952. Allí hubo un movimiento nacionalista que acabó destrozando al ejército de su propio país, constituyendo milicias obreras, pero siempre tratando de restringir el fenómeno a lo nacional y que no fuera nada parecido al gobierno de Lenin y Trotsky de 1917. ¿Cómo terminó? Mal, y no al cabo de una crisis histórica de setenta años sino a los dos o tres años. Entre los representantes de ese movimiento están Juan Lechín, que se murió hace poco, y Víctor Paz Estenssoro, del Movimiento Nacionalista Revolucionario, que siguió la misma evolución que el peronismo porque terminó gobernando con el dictador Hugo Banzer hace poco tiempo. Es decir, terminó degenerando.

En otro rincón del planeta, otra experiencia nacionalista desarrollada fue la de Gamal Abdel Nasser en Egipto, que llegó a nacionalizar toda la industria para tratar de promover un desarrollo propio, queriendo crear un capitalismo nacional. Y también fracasó. Una cosa es crear un capitalismo nacional y otra muy distinta es crear un gobierno obrero, que a lo mejor también tiene que aplicar políticas de mercado, pero a la espera de un desenvolvimiento histórico de otra naturaleza, y con otra estrategia y con otra visión. Las diferencias son de orden político, de orden estratégico y de orden económico.

Cuba se topó con el mismo problema y no le fue bien. ¿A qué me refiero? Fidel Castro dice, en un momento determinado, en 1959 y en el marco de determinados problemas: “Si esto tiene límites, yo soy comunista y se acabó”.

Esta es la primera revolución socialista de América Latina. Veinte años después, al final de la década del 70, cuando en Nicaragua los sandinistas toman el poder, Fidel les dice que no hagan lo que hizo él, que traten de apoyarse en algunos de los países "democráticos". Y lo de Nicaragua terminó mucho más rápido que lo de Cuba. Cuba tiene muchos problemas, pero posee la fuerza de una transformación social profunda.

Ahora, ninguna transformación social profunda inmuniza contra una reversión en el largo plazo. Son muy difíciles los problemas de Cuba. Por eso la salida de Cuba era la de Ernesto "Che" Guevara: había que extender la revolución por América Latina para poder respirar. Si no ¿cómo se hace estando en una isleta a unos pocos kilómetros de Miami? No se puede. Es posible hacer ciertas cosas, pero son conquistas logradas sobre la base de muchas restricciones y mucho sufrimiento. No hay salida. No hay socialismo en un solo país. Ése es un debate saldado en la década del 20. Tendría que haber un curso especial sobre este debate teórico, político y moderno, hecho hace ochenta años, y no reproducir cosas como si nunca se hubieran dicho y como si el pensamiento mismo no tuviera historia.

En cualquier caso, volviendo al eje de nuestra preocupación, en esta visión de nuestra época es un error suponer que las "guerras y revoluciones" se confinaron, luego de la posguerra, en el llamado Tercer Mundo. No. Profundas convulsiones sacudieron también a los países desarrollados. En la década del 60, en 1968, hubo una rebelión obrera de alcance internacional cuyo epicentro fue París. Aunque estuvieran los estudiantes, la clave de 1968 fue la huelga general francesa. Y la huelga general francesa fue liquidada en sus perspectivas por el Partido Comunista francés.

En esa época hay también una ola revolucionaria en los países burocratizados que estaban bajo el dominio de la vieja Unión Soviética. En estos países la clase obrera se levantó contra la burocracia desde muy temprano. Por ejemplo: en Berlín en 1953, un ejemplo no tan conocido como la Primavera de Praga en 1968 y el de la revolución húngara de 1956; todos ellos aplastados por la represión del Ejército "rojo".

Si hiciéramos un listado de todas las revoluciones del siglo XX, y no sólo de las victoriosas, no hay ningún año sin revolución, incluyendo los "treinta años gloriosos", que parecen una época de estabilidad y florecimiento del capitalismo. Esto es falso. En ese final de la década del 60 hay un estallido general, donde se incluyen nuestro propio Cordobazo y la revolución de los estudiantes en México. En la década del 70, sobre el final, tenemos la revolución sandinista y la de Irán. ¿Por qué decimos todo esto así, de una manera apresurada? Para demostrar que cuando se dijo en 1915 que ésta iba a ser una época de grandes convulsiones sociales, una época de revoluciones y contrarrevoluciones, no se estaba hablando de cosas abstractas sino de la evolución del siglo XX a la luz de otro ángulo que no es el habitual, y que por eso sorprende.

Final de época

En realidad, la derrota, la no comprensión de lo que pasó en la Unión Soviética, la caída de ésta y la del Muro de Berlín a principios de los 90, hicieron de esta visión que estamos transmitiendo una cosa que parece absolutamente extraña. Y es extraña al pensamiento dominante, incluso en la propia izquierda. Lo que prima es una visión a la Hobsbawm de un "siglo corto", como si la Revolución Rusa hubiera sido un extravío, largo pero sólo un extravío, de un desarrollo moderno que va a transcurrir por otro lado que no es el de la revolución obrera, el de la revolución social. Pero no hay nada que lo demuestre. La fuerza inmanente de una transformación socialista de la sociedad, la última, la definitiva, la que sin removerse no va a cambiar el signo de la época, es la descomposición irreversible del mundo capitalista. Si esto pudiera ser superado, ya no hablaríamos más de la revolución socialista. Porque el capitalismo habría encontrado una vía que desconocemos, por la cual la posibilidad de una progresividad histórica del capitalismo no ha quedado eliminada, donde el capitalismo puede cumplir un papel progresivo. Pero no está demostrado en ningún lugar que el capitalismo pueda cumplir ese papel. Si no, no estaríamos como estamos, tanto en lo nacional como en lo internacional. Y nos referimos a cosas que se reflejan no en el pensamiento sino en las estadísticas de Naciones Unidas: en los millones de pobres, en la degradación de las condiciones de vida en todo el mundo, empezando por los grandes países, y que tienen sus expresiones más extremas en nuestro propio país, que nunca ha alcanzado un estadio histórico de desarrollo tan alto y que se debate en una suerte de perpetua humillación y en una existencia deplorable.

Las tensiones en los países desarrollados son más grandes de lo que parecen. Por ejemplo, a partir del 1995 hay una reversión en el desarrollo político y social en las manifestaciones de lo que podemos llamar la lucha de clases incluso en los países centrales. Esto se verifica con una gran huelga general en Francia. También se refleja en el nivel de deterioro de los regímenes políticos de esos países. Es una expresión todavía negativa y no positiva, pero brutal. El régimen político italiano desapareció y fue reconstituido a los ponchazos en el último período. Toda la arquitectura de la posguerra se hizo pedazos con la democracia cristiana e incluso con el mismo Partido Comunista. Los grandes países no pueden resolver, política y geopolíticamente hablando, ningún problema. Miremos lo que pasa en el pantano yugoslavo. Se trata de una etapa de decadencia y esa decadencia es universal.

En este sentido, la declinación argentina, la decadencia argentina, es paradigmática, de nivel internacional. Y que es paradigmática quiere decir que sintetiza tendencias del desarrollo mundial. La Argentina está en el ojo de la tormenta porque es muy importante si tiene un problema grave en términos de colapso económico y social. Ya hubo países que lo han tenido: Ecuador, Bolivia, Turquía. Pero la Argentina no es ni Turquía, ni Bolivia, ni Ecuador. Juega otro papel, incluso en el plano de la cadena financiera inter-

nacional. Para dar apenas un dato: de los países emergentes con títulos en relación con el sistema financiero internacional, la Argentina es uno de los principales. Cuando cayó Rusia en 1998, decretando el *default* de su deuda —que era 15 por ciento del monto de la actual deuda externa argentina—, hubo temor de que la quiebra arrastrara a Estados Unidos. Si vamos a los diarios de 1998, cuando Rusia devaluó y entró en cesación de pagos, verificamos los extendidos comentarios relativos a la eventualidad de un crac en la economía estadounidense. Entonces el gobierno de Estados Unidos capeó el temporal ayudando con miles de millones de dólares a resucitar a un enorme conglomerado financiero comprometido con la deuda rusa. Pero en cualquier momento se plantea otra situación así. Las contradicciones mortales de la economía capitalista se encuentran ahora potenciadas como nunca antes y permiten pronosticar que su descomposición y agotamiento nos arrastrarán a un período de catástrofes y crisis económicas, sociales y políticas inéditas en este umbral del siglo XXI.

Ahora, naturalmente, la psicología social tiende a ver las cosas de manera conservadora. Finalmente uno desayuna todos los días, duerme a la noche, tiene parciales en la facultad, sin grandes catástrofes. ¿Qué puede pasar? Pero hay que examinar el panorama presente en la escala de las tendencias que dominan este “final de época” de un orden social agotado. Sobre todo si uno quiere actuar hasta cierto punto con “objetividad”. Los más objetivos, finalmente, fueron los diez tipos que se reunieron en Suiza a principios del siglo XX, en 1915, cuando todo estaba perdido, cuando había una guerra mundial y los propios socialistas estaban hechos pedazos porque se habían arrastrado detrás de sus propias clases dominantes en un enfrentamiento dramático y terrible, como lo fue el de la llamada “Primera Guerra Mundial”. Y esas diez personas dijeron: “La confusión es general pero nosotros no nos confundimos; o el mundo se hunde en la barbarie o avanzamos a una completa revolución social... nosotros nos preparamos para dirigirla”. Y la dirigieron y fundaron la Internacional Obrera y, dos años después, conmovieron al mundo. No es, por supuesto, un mal ejemplo, y podemos inspirarnos en él.

Capítulo 9

La economía mundial como punto de partida *Internacionalización del capital e imperialismo*

Introducción

El concepto de “internacionalización del capital” en sus diversas dimensiones (productiva, financiera, comercial) se ha vuelto de uso generalizado en el análisis económico. El gigantismo de firmas que operan con filiales distribuidas en los puntos más distantes de la Tierra, el volumen creciente de los flujos de comercio exterior que constituyeron un verdadero *boom* en las últimas décadas y, más recientemente, la verdadera explosión de divisas que comenzó a ser girada bajo la forma de préstamos por un sistema financiero expandido en escala planetaria, son los elementos a los cuales la “internacionalización” hace referencia directa. Todavía es muy común que el término remita sobre todo a análisis empíricos y no a la precisión necesaria de orden conceptual que, en principio, demanda.

Por esta razón, y en la misma medida en que pretendemos lidiar con los fenómenos anteriormente señalados, surge como necesaria una indagación inicial sobre el sentido más profundo de la economía mundial “internacionalizada” de nuestros días. La pretensión, sin embargo, es modesta, limitándose a señalar aquellas ideas que nos parecen decisivas para explicitar cuál es el significado que atribuimos a la cuestión en debate. En verdad, no esperamos sino establecer el punto de partida que nos parece fundamental para los análisis sobre el problema y metodológicamente imprescindible para su correcto desarrollo. Por esto, no hay una pretensión innecesaria de decir algo nuevo sino, en todo caso, de colocar los puntos sobre las íes y de invitar al debate de conceptos que, si no son nuevos, resultan seguramente motivo de críticas constantes y severas polémicas. En este aspecto se concentran las páginas siguientes.

En este capítulo abordaremos en primer lugar la problemática del comercio exterior y del mercado mundial con relación a la formación y evolución histórica del capitalismo, del mercado mundial como factor constitutivo

del modo de producción y la economía mundial constituida como resultado de su propio movimiento de expansión. En segundo lugar, intentaremos trazar las características fundamentales que forman la estructura del mercado —monopolista— y el tipo social de capital —financiero— que alcanza la hegemonía en este contexto, sus diferencias cualitativas con lo que podemos considerar el período inicial, de ascenso y consolidación de la sociedad capitalista. En tercer lugar, entonces, definiremos cuál es el sentido de la nueva etapa del capitalismo como “fase superior” del sistema, conforme a la popularizada definición del imperialismo dada por Lenin. En cuarto lugar haremos una breve referencia al carácter y la importancia de la división del mundo entre naciones que, integradas en el conjunto de relaciones articuladas, representan, con todo, estadios diferentes y particulares de avance histórico. Finalmente, sintetizamos algunas observaciones básicas sobre el contenido de la economía mundial contemporánea, las tendencias y contradicciones que le dan su propia fisonomía.

Economía mundial (comercio exterior) y capitalismo

En su acepción más genérica, el concepto de economía mundial es utilizado para caracterizar los fenómenos derivados del desarrollo del comercio a larga distancia,¹ o sea, las relaciones económicas vinculadas al tráfico de mercaderías entre territorios y comunidades de origen diverso y alejadas geográficamente. Las primeras manifestaciones significativas de este tipo de relaciones en la economía occidental surgen en la época de las cruzadas, como el flujo de intercambio de productos entre Oriente y Occidente que aparecen asociadas a aquel acontecimiento. En el interior de Europa el crecimiento de las ciudades mediterráneas y del tráfico marítimo altamente desarrollado en el norte por las ligas hanseáticas constituyeron, en la época, el estímulo fundamental para la constitución de importantes redes comerciales. Aquí están los antecedentes del escenario de la economía mundial que desatarán los grandes descubrimientos geográficos del siglo XVI y de la constitución de los imperios coloniales.

El nuevo continente y los gigantescos emprendimientos marítimos que entonces unían el centro europeo a las “Indias” orientales y occidentales fueron un estímulo de primera magnitud para la definitiva transición del viejo continente en dirección a la moderna sociedad burguesa y su modo de producción específico, el capitalismo. En este sentido, la economía mundial —entendida sobre todo como comercio exterior, como el sistema de trueque que abarcaba distintas regiones del planeta por la vía de los flujos mercantiles— precede al capitalismo industrial y está en la base de su pleno desarrollo.

En la época mencionada, el comercio exterior actuó como palanca de la estructuración del capitalismo nacional en los países metropolitanos. Por es-

to es necesario no confundir esta fase primitiva de la “economía mundial” con el período posterior de la expansión del capitalismo más allá de las fronteras nacionales originales, período que corresponde a la madurez del propio capital en el interior de las naciones más avanzadas. ¿Cuáles fueron las características básicas de esta economía mundial originaria? La expansión en el ámbito de la circulación de mercaderías, ocurrida durante toda la etapa de los imperios coloniales que se constituyen desde el final de la Edad Media, se dio en el contexto de un severo proteccionismo y de la estructuración de una serie de mercados cautivos. Es el momento histórico del mercantilismo, de la acumulación primitiva de las masas de capital-dinero que servirá de aliciente para el surgimiento del capitalismo moderno y del mercado nacional que le es propio. El sistema proteccionista tuvo en esa circunstancia una función histórica precisa para la formación de un área económica nacional: establecer la libre competencia en el interior de la nación, concentrar las fuerzas del capitalismo, eliminar los últimos restos del feudalismo y permitir el florecimiento de las primeras industrias, colocando barreras a la entrada de mercadería del competidor externo. Pero “el proteccionismo, precisamente en la medida en que tuvo éxito, trajo consigo el libre cambio. Medio artificial de crear la gran industria, el proteccionismo hace que la nación que alcanza la etapa de la gran industria se vuelva dependiente del mercado mundial”.² El libre cambio aparecerá entonces como la ideología dominante a partir del poderío del capital industrial —particularmente británico— estructurado para invadir el mundo con sus mercaderías e imponer la supremacía de sus ventajas comparativas sin la mediación de barreras aduaneras o extraeconómicas. Por lo tanto la victoria del libre cambio recolocará, esta vez en una etapa distinta de la evolución del capital, el surgimiento de un nuevo proteccionismo en el mercado mundial. Por lo que cabe enfatizar que este último es, al mismo tiempo, efecto y causa del desarrollo capitalista moderno, tiene un carácter “bifacético” como indica Marx en *El capital*:

La expansión del comercio exterior, aunque constituyó en la infancia de la producción capitalista su propia base, se ha convertido, en el curso de su evolución, en su producto, en virtud de la necesidad intrínseca de este modo de producción, de su necesidad de un mercado cada vez más extenso.³

En realidad, a lo largo de la obra de Marx, son innumerables sus observaciones sobre la relación entre el capitalismo y la economía mundial, a pesar de que él mismo se propuso dedicar un capítulo particular al problema cuando diagramó el plan general de su principal trabajo, capítulo que nunca llegó a ser escrito. Marx consideraba el “establecimiento del mercado mundial” entre los “tres hechos fundamentales de la producción capitalista”, uno de los aspectos fundamentales de su “misión histórica” de “medio para el de-

1. Véase Ernst Wageman, *Estructura y ritmo de la economía mundial*, Barcelona, Labor, 1937, donde se encuentra la descripción aquí indicada.

2. Pierre Dockes, *A internacional do capital*, Río de Janeiro, Zahar, 1976.

3. Karl Marx, *El capital*, México, Siglo Veintiuno, 1977, t. III, vol. 6.

sarrollo de la fuerza productiva material".⁴ Ya en el célebre *Manifiesto comunista*, cuando se indica el papel "eminente revolucionario" que la burguesía desempeñó en la historia, está incluido este destino de la burguesía que "invade todo el globo", "impelida por la necesidad de mercados siempre nuevos", que

...necesita establecerse en todas partes, explorar en todas partes, crear vínculos en todas partes. Por la explotación del mercado mundial la burguesía imprime un carácter cosmopolita a la producción y al consumo en todos los países. Para desesperación de los reaccionarios, ella le quitó a la industria su base nacional [...] desarrollándose un intercambio universal, una interdependencia universal entre las naciones. [...] Los bajos precios de sus productos son la artillería pesada que destruyó todas las murallas de la China. [...] Bajo pena de muerte, ella obliga a todas las naciones a adoptar un modo burgués de producción, las obliga a abrazar lo que llama civilización, esto es, a tornarse burguesas. En una palabra, crea un mundo a su imagen y semejanza.⁵

Por lo tanto, a pesar de la importancia que Marx le dio al mercado mundial y al comercio exterior, sus importantes observaciones fueron por mucho tiempo ignoradas o mal comprendidas. En su principal obra, Henryk Grossmann, después de indicar que la economía política burguesa no sabe decir nada sobre la verdadera función del comercio exterior en el capitalismo, agregó que en torno de esta cuestión "no es menos triste el nivel de conocimiento en la literatura marxista hasta ahora editada".⁶ El propio Grossmann destaca tres funciones fundamentales del comercio exterior en el modo de producción capitalista que vale la pena resumir. La primera habla respecto de su importancia para el aumento de la variedad de valores de uso que sustentan la constante ampliación del mercado exigida por el capital. La observación es interesante, además, porque reintroduce en el propio terreno de la economía marxista el significado de un concepto fundamental en el análisis de la característica contradictoria del producto del capital y que, no obstante, muchos marxistas consideraran excluido del campo de la ciencia económica: el valor de uso.⁷ El problema, a pesar de ser muy poco considerado es, en verdad, relativamente simple: el capital, que descansa en la producción de valor, y por el valor obtiene su lucro con absoluta independencia de la forma material específica que tome el bien producido, encuentra en esa misma forma, o sea, en el valor de uso de la mercadería, una barrera que debe constantemente superar para garantizar su proceso de acumulación. Esto es, la producción de valor necesita, para su revalorización, cristalizarse en una

4. Ídem.

5. K. Marx y F. Engels, *Manifiesto comunista*, Buenos Aires, Cuadernos Marxistas, 2000.

6. Henryk Grossmann, *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, México, Siglo Veintiuno, 1979.

7. Sobre este punto específico cabe recomendar el análisis de Roman Rosdolsky, *Génesis y estructura de El capital de Marx*, México, Siglo Veintiuno, 1978.

serie determinada de mercaderías cuya diversidad permita no apenas satisfacer las necesidades de consumo productivo y de consumo de la población sino al mismo tiempo establecer las condiciones para su expansión. La acumulación y el consumo no podrían progresar limitados en el cuadro nacional restringidos

...al círculo reducido de los valores de uso en que se proyecta el valor del trabajo. Por lo tanto, es en el comercio exterior donde se desenvuelve el verdadero carácter de la plusvalía considerada como valor, al desenvolverse como trabajo social o trabajo contenido en ella; gracias al comercio exterior, el trabajo social se proyecta sobre una serie infinita de distintos valores de uso dando así realmente sentido y razón de ser a la riqueza abstracta.⁸

La segunda función del comercio exterior como ampliación de los mercados de colocación de productos está vinculada a las ventajas propias de la economía de escala que incide directamente sobre los costos de producción y, por lo tanto, sobre la tasa de ganancia. Cuanto mayor es el tamaño de la unidad productiva, mayor será la especialización, su capacidad de localización donde existan las condiciones más favorables y donde la productividad del trabajo sea más elevada; todos ellos factores que contribuyeron para la reducción de los costos de producción.⁹ En este caso, la necesidad del comercio exterior se hace presente como una tendencia básica del capital sin que esto implique la imposibilidad de compatibilizar el valor de la producción nacional con el valor del consumo global (productivo y personal) como sustentaran una serie de economistas, desde Robert Malthus a Rosa Luxemburg, en el conocido debate "sobre los mercados". Habría que agregar aun que la venta de las mercaderías en el exterior, en la medida en que viabiliza la disminución del costo unitario del conjunto de las mercaderías vendidas, permite aumentar la diferencia con relación al precio de venta y, por lo tanto, aumentar la masa del lucro realizado en el mercado interno a pesar de que la exportación de mercaderías sea efectivizada al costo de producción.¹⁰

Otro beneficio fundamental que otorga el comercio exterior al capital es la posibilidad de venta de las mercaderías a precios superiores a su propio valor. Ricardo, que partía de la vigencia acabada de la ley del valor —sin la mediación de los precios formados a partir de la tasa general de ganancia (y, por lo tanto, de la transformación de valores en precios)—, ignoró esta cuestión, que fue explícitamente señalada por Marx. Este problema es frecuentemente considerado de un modo, por así decir, "pasivo" como factor contrarrestante de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia y no como un recurso "activo" de los países metropolitanos, que alcanzan más temprano un desarrollo capitalista integral; recurso destinado a la obtención de superlu-

8. K. Marx, "Historia crítica de la teoría de la plusvalía", citado por H. Grossmann, ob. cit.

9. Véase Rudolf Hilferding, *El capital financiero* [1910], citado por H. Grossmann, ob. cit.

10. Esta cuestión ya fue señalada por N. Bujarin en *O imperialismo e a economia mundial* [1915], Río de Janeiro, Laemmert, 1969.

cros y que encuentra en el comercio exterior un medio idóneo para reproducir esta fuente de beneficios extraordinarios. Marx da un ejemplo concreto de intercambio entre dos países hipotéticos. En el primero, más adelantado, la proporción del capital fijo y circulante (capital constante que se transfiere como tal al valor de la mercadería) es muy superior a la del segundo con relación al capital variable gastado en salarios (que se transfiere a la mercadería como valor agregado de la plusvalía producida por el trabajo humano). Por lo tanto, la plusvalía con relación al capital global adelantado en la producción, esto es, la tasa de ganancia, es superior en el país más atrasado, donde la intensidad del trabajo es mayor. Como resultado de la competencia en el mercado mundial se establece una tasa media de ganancia superior a la existente en el país más avanzado e inferior al correspondiente al de su par en el comercio exterior.

De esta manera, en el mercado mundial se producen, dentro de la esfera de circulación, transferencias de plusvalía producida en el país poco desarrollado al capitalista altamente desarrollado, dado que la distribución de plusvalía no se realiza según la cantidad de obreros ocupados sino conforme a la magnitud del capital en función.¹¹

Las funciones decisivas que tiene el comercio exterior para el modo de producción capitalista son la sustancia misma que explica su tendencia a extender su dominación al conjunto del planeta. No hay que olvidar que el capitalismo emerge como fenómeno peculiar en Europa occidental y que, a partir de ahí, difundirá su propio impulso al resto del globo hasta conformar una nueva estructura de la economía mundial como "un sistema de relaciones de producción y de relaciones de intercambio correspondientes, abrazando la totalidad del mundo".¹²

Si se observa la cuestión desde otro ángulo, la economía mundial como resultado de la expansión del capitalismo es la forma que asume en la época moderna la división social del trabajo a nivel internacional. Las condiciones de esta división¹³ son tanto de orden natural, provenientes de la diversidad del medio ambiente de las distintas unidades nacionales, como sociales y culturales, en función del grado diferente de desarrollo de las fuerzas productivas. Es este último elemento (que marca justamente la capacidad del hombre para dominar y modelar la naturaleza y su desigual distribución entre las células nacionales que integran el organismo vivo de la economía mundial) lo verdaderamente decisivo cuando lo que está en cuestión es analizar las formas peculiares asumidas por la división internacional del trabajo en las diversas fases de su evolución.

Resumiendo, el movimiento histórico del capital implica el pasaje de la economía o mercado mundial como factor constitutivo del mismo a la econo-

11. H. Grossmann, ob. cit.

12. La definición es de N. Bujarin, ob. cit.

13. Véase N. Bujarin, ob. cit., cap. I: "Noción de economía mundial".

mía mundial constituida como resultado de la propia consolidación del capitalismo en las naciones más desarrolladas. Es a este último momento al que se denomina habitualmente fase de "internacionalización del capital" y que, a su vez, debe ser comprendido como fenómeno históricamente determinado a partir de las características que toma la evolución del modo de producción capitalista en los países centrales. Ésta es la razón por la cual conviene precisar las modificaciones cualitativas fundamentales operadas en la dinámica capitalista en torno del final del siglo XIX y comienzos del XX, cuando toma forma lo que podemos denominar la economía mundial contemporánea.

Monopolio y capital financiero

Existe entre los análisis más diversos de la literatura económica una vasta coincidencia en destacar las alteraciones procesadas en el mercado de los grandes países capitalistas a partir de las últimas décadas del siglo XIX. Alteraciones que hablan respecto de la estructura que envuelve la relación entre los capitales individuales y, por lo tanto, de los mecanismos de reproducción del capital social. Como es sabido, el universo propio de la llamada "economía clásica" es aquel que corresponde al productor para quien el precio constituye un dato externo, completamente ajeno a su propia voluntad, resultante de la regulación objetiva impuesta por la ley del valor, esto es, por el hecho de que el trabajo socialmente necesario invertido en la mercadería es el centro de gravedad en torno del cual se articula todo el sistema de compra y ventas y la distribución de los recursos productivos entre las diversas ramas y sectores.

Al nuevo cuadro a su vez corresponde la superación del "modelo atomizado y competitivo del capitalismo en el cual el propietario individual del capital (el grupo familiar o un pequeño grupo de socios) y la empresa capitalista eran idénticos"¹⁴ y, al mismo tiempo, es un resultado inevitable de la dinámica propia del "modelo" competitivo cuya tendencia va en el sentido de la concentración y centralización del capital. Son precisamente estos dos procesos los que conducen a la empresa gigante, al *trust*, al cartel y a las diversas formas de combinación que dan lugar a la empresa monopolística moderna. La concentración es el incremento de la masa de riqueza que funciona como capital en las manos de cada propietario privado de los medios de producción; ésta se impone como necesidad de supervivencia frente a los beneficios de la productividad contenidos en el aumento de la escala de producción, que permite sustentar la competitividad del capitalista. La centralización, a su vez, está directamente vinculada a las escalas de producción crecientes y a las enormes masas de capital que provienen de ésta, pero se diferencia del fenómeno de concentración

14. H. Braverman, *Trabajo y capital monopolista*, México, Nuestro Tiempo, 1987.

...por el hecho de que supone simplemente una redistribución diferente de los capitales existentes y ya en función. El capital se acumula en las manos de uno solo porque escapa a la posesión de muchos. Es la centralización propiamente dicha, por oposición a la acumulación y a la concentración.¹⁵

Las formas particulares que asumen progresivamente la concentración y la centralización muestran el pasaje histórico del predominio del capital monopólico en la sociedad burguesa.¹⁶ En primera instancia, hasta el último cuarto del siglo XIX predominó la concentración en la empresa individual que, al mismo tiempo, progresaba centralizando el capital a través de la ruina y absorción de los medios de producción de los pequeños propietarios. A partir de entonces, el surgimiento y la expansión de las sociedades anónimas marcaron el agotamiento definitivo de la firma individual del primer plano del escenario económico y crearon las condiciones para la hegemonía de la empresa monopólica. Comenzó entonces la segunda fase de la concentración y centralización capitalista. Por un lado, la acumulación de capital aún no llevó al aumento de la masa de recursos productivos de los productores individuales, pero se convirtió en la palanca más poderosa para la constitución de *trusts*. Por otro, la competencia cambió de forma para transformarse en “competencia feroz entre un pequeño número de gigantescas asociaciones capitalistas, que practican una política compleja y, en gran parte, calculada”.¹⁷ Como resultado de toda esta evolución, Nicolai Bujarin señala dos conclusiones fundamentales, que se identifican con el último estadio del proceso de concentración y centralización. En primer lugar, “la economía nacional tiende a transformarse en un gigantesco *trust* combinado”, dando lugar a la estructuración de una serie de “*trusts* capitalistas nacionales” que deben ser encarados “como parte integrante de un sistema económico y social mucho más vasto: la economía mundial”. Es en este contexto donde, en segundo lugar, la competencia alcanza su punto máximo, precisamente como “competencia de *trusts* capitalistas nacionales en el mercado mundial”. Así, mientras la competencia tiende a reducirse al mínimo en el seno de las economías nacionales, “renace en el exterior en proporciones fantásticas, nunca vistas en épocas históricas anteriores”.

El significado de la nueva conformación de la economía mundial y de las contradicciones propias y la inevitable subsistencia de las formaciones económicas nacionales será desvelado en el siguiente apartado. Por lo tanto, es importante indagar más profundamente sobre las implicaciones del monopolio para el modo de producción capitalista considerado en sí mismo. En el tercer libro de *El capital*, Marx hace una descripción magistral sobre la cuestión al analizar justamente esta nueva forma de capital social (por opo-

15. K. Marx, *El capital*, citado por N. Bujarin, ob. cit.

16. El proceso aquí descrito está N. Bujarin, ob. cit., cap. X.

17. N. Bujarin, ob. cit.

sición al capital individual atomizado) que dará origen a la moderna sociedad anónima y que caracterizó como la “abolición del capital como propiedad privada dentro de los límites del propio modo capitalista de producción”. La expropiación de los medios de producción del conjunto de la sociedad por los representantes del capital alcanza entonces su forma más acabada:

La expropiación se extiende aquí del productor directo hasta los propios capitalistas pequeños y medianos. Esta expropiación es el punto de partida del modo capitalista de producción; su ejecución es el objetivo de éste, más exactamente y en última instancia, es la expropiación de cada uno de los medios de producción, que, con el desarrollo de la producción social, dejan de ser medios de producción privada y productos de la producción privada y que sólo pueden entonces ser medios de producción en manos de productores asociados, y que por esto pueden ser su propiedad social así como es social su producto. Pero esta expropiación se presenta a sí misma, dentro del sistema capitalista, como una figura antagónica, como la apropiación de la propiedad social por parte de unos pocos; [...] así existe ya el antagonismo con la antigua forma en la cual el medio social de producción se presenta como propiedad individual; por eso, la transmutación [...] aún permanece prisionera ella misma, dentro de las barreras capitalistas; por eso, en vez de superar el antagonismo entre el carácter de la riqueza en cuanto riqueza social y en cuanto riqueza privada, apenas se perfecciona en una figura nueva.¹⁸

La sustitución de la libre competencia por la posibilidad del monopolio de controlar las fuerzas que operan en el mercado implica cambios de orden cualitativo en el funcionamiento global de la economía capitalista. Más que nada porque supone la posibilidad de alterar de una manera radical los mecanismos de regulación de la economía competitiva, en la cual la vigencia plena y acabada de la ley del valor actuaba como una “mano invisible” en la asignación de las masas de capital en los diversos sectores, por la vía del precio “dado” en el mercado. Para el monopolio, el precio ya no está “dado”:

Cuando hablamos del precio del monopolio, queremos decir, de un modo general, el precio determinado apenas por el ansia de los compradores por comprar y por su solvencia, independientemente del precio determinado por el costo general de producción y por el valor del producto.¹⁹

Esta capacidad de fijar los precios de su producto, que Rudolf Hilferding consideraba lo esencial de la definición del monopolio, significa una violenta ruptura de los mecanismos propios de la distribución del lucro o plusvalía social entre los diversos capitalistas. En la medida en que el precio es determinado por el mercado sin el arbitrio del propietario individual y existe

18. K. Marx, ob. cit., t. III, vol. 6.

19. K. Marx, citado por Paul M. Sweezy, *Teoría do desenvolvimento capitalista*, Río de Janeiro, Zahar, 1976.

la posibilidad de movilizar el capital de una rama a otra de la economía, la tendencia natural es el establecimiento de una tasa general de ganancia según la cual cada unidad de capital aplicada obtiene un retorno igual, independientemente del carácter específico que asuma tal aplicación. En esas condiciones, la distribución de plusvalía entre los capitalistas toma una forma “democrática”, impuesta por la lógica de la competencia: el monopolio de los medios de producción por parte de una clase implica una distribución de la valorización de esa riqueza —por intermedio del valor creado y no pagado a los trabajadores— que es posteriormente distribuida conforme al principio de la proporcionalidad entre el capital aplicado y el retorno obtenido (y no según el criterio de la proporción de la parte del trabajo social utilizado por cada capitalista). Esta tendencia a la nivelación de la tasa de ganancia es violada por la nueva posición asumida por el monopolio. Su capacidad de elevar el precio de venta por encima del precio de producción equivalente a los costos, y el incremento que correspondería a la tasa de ganancia media vigente en condiciones de libre competencia, rompe las relaciones de distribución “cooperativas” propias de esta situación original. De esto proviene el fenómeno esencial que caracteriza al mercado dominado por el monopolio: el hecho de que este último puede apoderarse de una parte más que proporcional de la plusvalía social (proporcional respecto de su participación en la masa total del capital existente). A partir de entonces, el mecanismo de distribución del lucro social está sometido a la fuerza relativa del monopolio con relación a los otros monopolios y capitalistas individuales. De esta manera: “El predominio de la fuerza como medio de distribución de la plusvalía se constituye en una categoría esencial”.²⁰

Está claro que, si el precio deja de ser un “dato” para el monopolio, el conjunto de la plusvalía social continúa siendo un límite objetivo para la perturbación posible de los mecanismos de distribución. El precio del monopolio tiene como resultado la transferencia de lucro de los sectores no monopolizados a los monopolizados y puede, eventualmente, significar también una deducción del salario real de los trabajadores a favor de estos últimos. En todo caso, desde el punto de vista teórico, “los límites dentro de los cuales el precio monopolístico afectaría la regulación normal de los precios mercantiles estarían sólidamente determinados y serían calculables con exactitud”.²¹

Las consecuencias fundamentales de la aparición del monopolio como protagonista decisivo del modo de producción capitalista son de diversos órdenes en los diversos campos de la vida económica, social y política, sin embargo todos ellos están vinculados al primer plano que ocupan la fuerza y la capacidad de dominación en las diversas esferas del mercado como elemento distintivo de su propia reproducción. La tendencia a la violencia generaliza-

20. Víctor Testa, *El capital imperialista*, Buenos Aires, Fichas, 1973. Los dos capítulos iniciales de este trabajo sirvieron de inspiración, en gran medida, para el diagrama de nuestro propio apartado “Monopolio y capital financiero”.

21. K. Marx, *El capital*, t. III, vol. 8.

da como componente estructural de la sociedad moderna, el belicismo sin precedentes que caracteriza al siglo XX como un todo, no pueden comenzar siquiera a ser entendidos al margen de esta cuestión central.

Como parte integrante de este proceso debe analizarse la evolución de la economía monopolística en el sentido de la asociación de la gran empresa con el Estado, institución a la cual cabe el monopolio de los medios de coerción y violencia. El capital de la fase monopolística “no desea libertad sino dominio, no tiene el gusto por la independencia que revela el capitalista individual sino que demanda su regimentación; detesta la anarquía de la competencia y desea organización, apenas para reiniciar la competencia a un nivel más alto. Para eso y al mismo tiempo para mantener y aumentar su poderío, necesita de la garantía del Estado en la protección del mercado interno y por lo tanto la facilidad para la conquista de mercados externos”.²² El ideal de Estado, que debía limitarse a lo indispensable en la arquitectura de la nación, es sustituido por una ideología propensa a embellecer la hipertrofia de todas sus funciones; un proceso que, además, acaba generando una fuente de demanda adicional para los monopolios que aseguran el control de las palancas fundamentales del aparato estatal.

Si consideramos la participación creciente del Estado en la economía, es necesario buscar las raíces del problema en la propia desregulación de la producción capitalista que es inherente a la monopolización. En la misma medida en que se trastorna completamente el equilibrio proveniente del funcionamiento más o menos acabado de la tendencia a la nivelación de la tasa de ganancia, se altera el mecanismo de colocación del capital en las diversas ramas y sectores. En las condiciones del mercado competitivo, el precio señalaba la demanda social de un producto conforme a las necesidades derivadas de las relaciones de producción establecidas por el propio capital. Un aumento o una disminución del precio indicaba, en este sentido, escasez o abundancia, respectivamente. En ese caso, los movimientos ascendentes o descendentes de la tasa de ganancia que surgen como consecuencia de las alteraciones ocurridas en los precios del mercado estimulan los desplazamientos de capital que aseguran una cierta proporcionalidad entre las diversas ramas, de acuerdo con las necesidades sociales. Esta función particular del precio tiende a desaparecer a medida que se profundiza la dominación que el monopolio puede ejercer sobre el mercado. La desproporcionalidad entre las ramas y la anarquía que es propia del modo de producción capitalista se tornan cualitativamente distintas y adoptan formas extremadamente agudas. Es el momento en que “el elemento de desagregación supera a la razón organizadora de la burguesía”.²³

A partir de la falencia en los mecanismos de regulación automática de la era competitiva, el Estado se ve obligado a buscar una alternativa a través de su propia regulación y del planeamiento de ciertas actividades que sirvan

22. R. Hilferding, citado por H. Grossmann.

23. N. Bujarin, citado por V. Testa, ob. cit.

como mecanismo compensatorio ante la posibilidad de un colapso. No es casualidad, obviamente, que este tipo de actuación estatal —que también implica un paso más en el sentido de “la abolición del modo de producción capitalista en los límites del propio modo de producción capitalista”— haya surgido con el *New Deal* americano después del crac económico de 1929 (posteriormente “legitimado” en el terreno de la ideología económica por el famoso *Teoría general del empleo, el interés y el dinero* de John Maynard Keynes, aparecido en 1936).

Para analizar más específicamente el contenido de las modificaciones propias de la presencia dominante del monopolio en la economía capitalista, es preciso considerar todavía la forma peculiar que adquiere en la época contemporánea, esto es, la forma de capital financiero. Víctor Testa indica,²⁴ acertadamente, que si la diferencia básica entre el capitalismo competitivo y el capitalismo monopolístico reside en el tipo de estructura que le es propia, la distinción entre el capitalismo clásico y el capitalismo financiero consiste en el distinto tipo de capital que adquiere concomitantemente la hegemonía social y consolida los cambios profundos que se manifiestan en el sistema productivo como un todo. Aunque pueda parecer ocioso, es bueno recordar que el capital no es una cosa sino una determinada relación social y que, por lo tanto, capital financiero significa una manifestación particular de esta relación con desdoblamientos decisivos en lo que atañe a la dinámica del capitalismo en su conjunto.

Si se aborda el estudio del capital como relación social en su diversas facetas, es necesario tener en cuenta que esto supone, en la realidad, un conjunto de relaciones en el seno de la sociedad que vinculan no sólo a los propietarios de la riqueza convertida en capital con los trabajadores desprovistos de los medios de producción sino también a los capitalistas entre sí. El movimiento histórico de estas relaciones tuvo y tiene un significado fundamental para el funcionamiento del modo de producción. En este sentido, el aspecto revolucionario del capitalismo está vinculado a lo que podemos considerar el triunfo del capital industrial para el cual el desenvolvimiento de las fuerzas productivas (y el progreso técnico ligado a este proceso, impuesto por la lógica de la competencia) se transforma en un arma fundamental en función del aumento y de la expansión de la plusvalía obtenida en el proceso de trabajo. Pero ni todo capital es capital industrial ni ocupa el mismo lugar en el sistema productivo y social.

Entre las formas más primitivas de capital (anteriores incluso al modo de producción capitalista), se encuentran el capital usurario o capital a intereses y el capital comercial, que tiene en común con el capital industrial el

24. Véase lo que sigue en V. Testa, ob. cit., cap. “La importancia del capital financiero”, del cual algunas ideas fundamentales están aquí resumidas. Algunas precisiones en torno de conceptos (capital-dinero y capital a intereses, por ejemplo) que figuran en el texto indicado y merecerían una discusión particular, escapan al alcance de nuestro trabajo y no afectan las sugerencias incisivas y extremadamente provechosas del libro de Testa.

hecho de que, contrapuestos al trabajo humano, se apropian gratuitamente de una parte del valor o de la riqueza por él producidas. En contrapartida, su conducta respecto de la producción en sí misma —al contrario del capital industrial— es total y puramente pasiva. En tanto el capital industrial está interesado de una manera activa en el aumento de la productividad social del trabajo, del cual depende directamente su posibilidad de lucro, el capital a intereses se caracteriza por su completa exterioridad con relación al proceso productivo. Se podría decir que el capital a intereses tiene todos los vicios del capital industrial sin tener, en cambio, ninguna de sus virtudes: “El capital usurario posee el modo de explotación del capital sin su modo de producción”;²⁵ su movimiento tiende a paralizar, en lugar de desenvolver las formas productivas.

En la misma medida en que el capital industrial impone su hegemonía y da lugar a un poderoso desarrollo de las fuerzas productivas bajo su égida, esa forma “antediluviana” del capital —el capital a intereses— se subordina a las condiciones y necesidades impuestas por la nueva situación. Será, entonces, la base del moderno sistema de crédito, que permitirá ampliar y lubricar los circuitos de reproducción ampliada del capital. Dada su postura de distanciamiento de la producción material, la característica parasitaria que constituye su marca congénita no se modifica. El capital a intereses, que a través del crédito permite una expansión sin precedentes de la acumulación capitalista, sólo se distingue de su antepasado, el capital usurario, por las condiciones bajo las cuales funciona y no por “su naturaleza o su carácter”, que continúan siendo los mismos.²⁶

El capital industrial busca maximizar la plusvalía obtenida como resultado del proceso de valorización real que ocurre en la producción material; el capital a intereses —aun en su forma crediticia más desenvuelta— busca maximizar precisamente el interés, que es nada más que una deducción de la plusvalía con cuya creación carece de cualquier punto de contacto directo. En verdad, “el capital a intereses tiene por antítesis en cuanto tal, no al trabajo asalariado sino al capital actuante; el capital que se presta se opone directamente en cuanto tal al capitalista realmente operante en el proceso de reproducción pero no al asalariado, a quien precisamente, sobre la base de la producción capitalista, le han sido expropiados los medios de producción. El capital a intereses es el capital en tanto propiedad frente al capital en tanto función. Pero en la medida en que el capital no funciona, no explota a los obreros y no entra en antagonismo con el trabajo”.²⁷ En otro párrafo, Marx insiste en la caracterización de este capital como parasitario de una manera inequívoca:

El sistema de crédito, que tiene su punto central en los bancos presumiblemente nacionales y en los grandes prestadores de dinero y usu-

25. K. Marx, *El capital*, t. III, vol. 7.

26. Ídem.

27. Ídem.

meros que se multiplican en torno de ellos, es una enorme centralización, y confiere a esta clase parasitaria un poder fabuloso, no sólo de esquilmar periódicamente a los capitalistas industriales sino también de interferir de manera más peligrosa en la producción real, y esa banda nada sabe de producción y nada tiene que ver con ella.²⁸

En el transcurso de la evolución histórica, en lugar de una delimitación y confrontación clara entre el capital industrial y el capital a intereses (que en una primera etapa quedó subordinado a las condiciones impuestas por el primero), lo que se dio fue una particular combinación —asociación o fusión— entre ambas formas. El fenómeno fue producto de las propias modificaciones estructurales en el funcionamiento del sistema capitalista, en cuya base están los procesos de concentración y centralización ya analizados. Ambos procesos aparecen estrechamente vinculados, como ya vimos, a la acumulación y a los aumentos de escala de producción del capital que, a su vez, se manifiestan en un aumento del capital fijo por unidad productiva y también con relación a la unidad de trabajo humano que interviene en el proceso productivo. Las gigantescas plantas industriales modernas colocan enormes masas de inversión en equipamiento y maquinaria pesada que implican una inmovilidad del conjunto y que tanto dificultan la entrada y la salida del capital del sector correspondiente, como tornan extremadamente difícil cualquier desplazamiento en el sentido en que se hacía posible en las circunstancias del mercado atomizado de la producción concentrada en unidades medias y pequeñas. Esta inmovilidad torna más indefenso al capital ante las eventuales alteraciones ocurridas en el mercado y, en cuanto reestimula la monopolización como forma de asegurar por cualquier medio la protección de la propia actividad, promueve al mismo tiempo el esfuerzo por la diversificación de las aplicaciones con el objetivo de diluir el riesgo de la concentración extrema.

El resultado es que, de un lado, las exigencias objetivas de inmovilización del capital tienden a tornar más rígidas y voluminosas las inversiones y, de otro, aparece la necesidad de disponer de una igualmente voluminosa masa de capital monetario, de forma tal que permita no correr el riesgo contenido en la situación anterior, a través de la diversificación de aplicaciones. De esta manera, “las condiciones están dadas para que los industriales busquen escapar de la rigidez que les imponen las nuevas estructuras productivas mediante su asociación con la forma más móvil del capital, con el dinero. La monopolización operada en el ámbito del dinero facilita el acuerdo de este capital con el capital industrial y el surgimiento del capital financiero”.²⁹ Las formas de esta asociación pueden ser de las más diversas conforme al momento histórico y al ámbito geográfico y no deben ser confundidas con una forma peculiar de la misma ni con la apreciación unilateral de que se trata del dominio de las empresas industriales por los bancos (Bujarin afirmó que el capital financiero era simultáneamente capital bancario y capital industrial).

28. K. Marx, *El capital*, t. III, vol. 7.

29. Ídem.

Lo que importa destacar aquí es que, en esta forma superior de capital, que se gesta como consecuencia del conjunto de transformaciones operadas en la dinámica del sistema capitalista, aparecen definitivamente incorporados a la relación social dominante los aspectos parasitarios del capital usurario, su plasticidad particular para difundirse por todos los lugares, en la misma medida en que se independiza o se mantiene al margen del proceso directo de la producción material: “En la búsqueda de movilidad, el capital tiende a separarse de su propia base productiva para convertirse en puro derecho a la apropiación de plusvalía”.³⁰ La sociedad anónima es por esto una forma particularmente adaptada a esta característica del capital financiero porque la gestión de empresa y la propiedad del capital aparecen divorciadas. El capital financiero complementa, refuerza y difunde una característica que es específica de la economía monopólica: en la misma medida en que ésta plantea la posibilidad de control del mercado y del sistema de precios, hace aparecer la posibilidad económica de detener el progreso técnico inherente al cuadro típico de libre competencia. La novedad de esta etapa contemporánea es, por eso, tanto la tendencia al dominio y la fuerza, que constituyen la esencia del monopolio, como el parasitismo peculiar que conforma el carácter distintivo del tipo social del capital que lo representa: el capital financiero, resultado histórico de la combinación del capital industrial, y el capital bancario.

Imperialismo e internacionalización del capital

En los trabajos de economía que se reivindican marxistas e incluso entre los que se distancian explícitamente de él, es frecuente considerar que el popular texto de Lenin —*El imperialismo, fase superior del capitalismo*— contribuyó relativamente poco a la evolución del análisis de las características peculiares de la etapa más reciente del capitalismo. La fama del folleto se debería sobre todo al talento extraordinario del autor para la exposición y la polémica, pero no a su originalidad, que poco agregaría a los textos “clásicos” sobre la cuestión escritos por John Atkinson Hobson (*Imperialismo*, de 1902) y Rudolf Hilferding (*El capital financiero*, de 1910).³¹ Otras críticas más sofisticadas apuntan al énfasis excesivo que Lenin habría dado a los aspectos referentes a la circulación del capital en detrimento de aquellos relativos a la producción. Sin embargo, creemos que, al contrario, el mérito de la obra en cuestión es justamente el de haber integrado las diversas contribuciones sobre el tema en una visión integral del problema, en una apreciación global cualitativa de esta “nueva etapa” del modo de producción capitalista.

En este sentido cabe destacar que en el momento de hacer un balance sobre su propia exposición, Lenin define el lugar histórico preciso del imperialismo en la estructura del modo de producción capitalista:

30. Ídem.

31. Véase Benjamin S. Cohen, *The Question of Imperialism*, Nueva York, Basic Books, 1973.

El imperialismo surgió como desarrollo y continuación directa de las propiedades fundamentales del capitalismo en general. Por lo tanto, el capitalismo se tornó imperialismo capitalista apenas cuando alcanzó un grado determinado, muy avanzado, de su desarrollo, cuando algunas de las características fundamentales del capitalismo comenzaron a convertirse en su antítesis, cuando tomaron cuerpo y se manifestaron en toda su plenitud los trazos de la época de transición del capitalismo a una estructura económica y social más elevada.³²

Nótese particularmente la observación sobre la aparición del imperialismo en el momento en que “algunas de las características fundamentales del capitalismo comenzaron a convertirse en su antítesis”; estamos ante una conclusión semejante a aquella expuesta por Marx y ya comentada. Esto es, en torno de las grandes empresas de “capital social”. A la raíz del imperialismo, la conformación acabada de la “forma superior del capitalismo” corresponde la cristalización plena de los fenómenos relativos a la “abolición del capital dentro del modo de producción capitalista” a una “época de transición” donde el capitalismo ya no es aquél y no obstante no puede dejar de serlo; una circunstancia en la cual la tensión entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación alcanza sus puntos extremos. Por esta razón Lenin ubica a los monopolios sustituyendo a la libre competencia como “lo fundamental” en este proceso; monopolios que —él mismo aclara— no eliminan completamente la competencia pero que existen por encima o al lado de ella, dando origen a las contradicciones, choques y conflictos particularmente agudos y bruscos.

Está claro, por lo tanto, que la definición “más breve posible del imperialismo” como “fase monopolística del capitalismo” es extremadamente rica si es correctamente entendida y se vincula a los análisis previos del propio Marx. Por esto Lenin insistirá en el parasitismo y en la descomposición del capitalismo como características inherentes al imperialismo, características que resultan de la alteración en la estructura del mercado capitalista impuesta por la aparición del monopolio y que implican la modificación de su dinámica global. A la luz de este concepto clave se debe abordar el significado del capital financiero. De ahí que, ante la definición de Hilferding sobre este último —“capital que se encuentra a disposición de los bancos y que utilizan los industriales”— Lenin indique que no es completa si no se agrega la cuestión decisiva de la concentración de la producción y del capital en un grado tan elevado que conduce y ha conducido al monopolio.

Mientras que Hobson, que popularizó con su libro la denominación “imperialismo”, vinculaba el fenómeno de una manera unilateral con la política colonial y encontraba sus raíces en el subconsumo propio del capitalismo, no apuntaba precisamente a la modificación cualitativa que Lenin indica y articula en una concepción unitaria que tiene como antecedentes el trabajo de Hilferding sobre capital financiero y los análisis realizados por Bujarin sobre

el monopolio, en su trabajo sobre el imperialismo y la economía mundial. Tiene razón Christian Lecaute cuando afirma que no es Lenin sino sus ocasionales críticos quienes cometen el error de reducir las características económicas del imperialismo a fenómenos que dependen exclusivamente de la esfera del mercado y de sus representaciones empíricas inmediatas:³³ los monopolios y el capital financiero no son apenas “formas de mercado” que se expresan, en primera instancia, en transformaciones en la competencia y en las relaciones de distribución sino que implican una reorganización de las relaciones sociales de producción (cuya importancia destacamos en particular en el apartado anterior). A partir de esta dimensión del problema cabe analizar los cinco rasgos fundamentales de la difundida conceptualización de Lenin sobre el imperialismo: 1) la concentración de la producción y del capital alcanza un grado tan elevado de desarrollo que crea los monopolios, los cuales desempeñan un papel decisivo en la vida económica; 2) la fusión del capital bancario con el industrial y el surgimiento, en el terreno de este “capital financiero”, de la oligarquía financiera; 3) la exportación de capitales, con relación a la exportación de mercaderías, adquiere una importancia particularmente grande; 4) se forman asociaciones internacionales monopolísticas de capitalistas que se reparten el mundo entre sí, y 5) se acaba la división territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes.³⁴

En el apartado anterior y en el inicio de éste concentramos el análisis en los items 1 y 2, en la tentativa de indicar cuál es la importancia particular de la transmutación operada en esta fase del capitalismo. Cabe ahora hacer algunos comentarios sobre los otros puntos que hablan respecto de la dimensión específicamente internacional de la etapa imperialista y de sus consecuencias sobre el mercado mundial. Por último, más adelante veremos, en el nuevo contexto, cómo operan las tendencias propias del capitalismo monopolístico en la economía mundial y qué factores atenúan y/o afectan su desarrollo.

En lo que atañe a la exportación de capital, es esencial el desplazamiento del lugar de creación de plusvalía de los centros capitalistas más desarrollados a la periferia más atrasada. Esto lleva a concebir la economía internacional y el mercado mundial en un nuevo cuadro de extensión en escala planetaria del modo capitalista de producción.³⁵ Éste es un rasgo distintivo de la exportación del capital con relación a la exportación de mercadería porque para esta última es relativamente indiferente el régimen económico interno del país que actúa como uno de los polos de intercambio comercial. En contrapartida, el capital, en la medida en que se transfiere, reclama y desensuelve ciertas condiciones indispensables para su funcionamiento, tales

33. Véase Christian Lecaute, *Internacionalización del capital e imperialismo*, Barcelona, Fontamara, 1978.

34. Véase Lenin, ob. cit.

35. Véase Albert Michalet, *Le capitalisme mondial*, París, Presses Universitaires de France, 1976.

32. Lenin, *El imperialismo, fase superior de capitalismo* [1916], Moscú, Progreso, 1979.

como contar con mano de obra dispuesta a asalariarse, una cierta infraestructura en lo referente a las denominadas "economías externas" (transportes, comunicaciones) y, obviamente, la posibilidad de obtener tasas de ganancia que justifiquen la operación de transferencia de la inversión. La exportación de capital no es, por lo tanto, como en el caso de las mercaderías, un acontecimiento restringido al área del intercambio o de la circulación; corresponde en la realidad a una extensión mundial de las relaciones de producción y, en este sentido, a un desenvolvimiento "amplio y profundo del capitalismo en el mundo entero", en palabras de Lenin.³⁶

Aunque pueda manifestarse de las más diversas maneras, el factor causal que está por detrás de la expansión del capital más allá de sus fronteras originales es siempre la búsqueda de una mayor tasa de ganancia. Teóricamente este mismo objetivo puede ser alcanzado por la venta de mercaderías en el exterior, pero una serie de circunstancias convergieron en la dirección del pasaje de una forma de exportación a otra. La primera fue la reintroducción de políticas proteccionistas por parte de diversos países después del período histórico de vigencia más o menos extendida de la libre competencia que acompañó la victoria y expansión original del capitalismo británico. En las últimas décadas del siglo XIX, las tarifas aduaneras se fueron generalizando como recurso defensivo de la producción interna y, colocadas las barreras para la circulación de mercaderías, llegó el momento de exportar la producción de la propia mercadería. Otro factor que está presente en la primera etapa de exportación del capital es la búsqueda de materias primas (elemento esencial para los costos de producción) que se torna más aguda en la misma medida en que se expanden la producción y los mercados centrales de las naciones más desarrolladas. Sea por la vía de ciertas inversiones en el área de comunicaciones y transporte dirigidas a facilitar este mismo comercio, sea por la necesidad directa de organizar la producción a partir de un determinado recurso natural (minerales), la exportación de capital asume proporciones significativas en esta área desde hace más de cien años. Un tercer elemento que la estimuló fue la oportunidad de obtención de altas ganancias en los préstamos realizados por los sistemas financieros de los países desarrollados a los más atrasados, en los cuales la necesidad de capital para los primeros estadios de acumulación se hacía sentir de un modo más intenso. Finalmente, es evidente que la posibilidad de explotación de mano de obra más barata es también un motivo que promovió el desplazamiento de masas de capital para los países más pobres y de salarios habitualmente más bajos.

Es evidente que la exportación de capital está asociada a una sobreacumulación en los países de origen, y era a esto a lo que se refería Lenin al vincularla a una "madurez excesiva" del capitalismo en los países centrales. Por esta razón, no son pocos los que acusaron a Lenin de meter por la ventana lo que había expulsado por la puerta en la polémica con los partidarios de la teoría del subconsumo (que defendían el punto de vista según el cual la reali-

36. Citado por Ch. Lecaute, ob. cit.

zación de la producción capitalista sólo era formalmente posible sin la venta de sus productos en áreas —internas o externas— exógenas al propio modo de producción). En torno de esta cuestión, sin embargo, la polvareda levantada parece enteramente injustificada. Negar la sobreproducción o la sobreacumulación significa negar no la tesis anterior sino la esencia misma de las contradicciones que marcan al propio capitalismo. Se puede decir que la "sobreproducción es sólo relativa" con relación, por ejemplo, a las necesidades sociales insatisfechas, "lo que es totalmente correcto; pero ocurre que todo el modo capitalista de producción es sólo un modo de producción relativo, cuyos límites no son absolutos pero que sí lo son para él, sobre su base".³⁷ En verdad, cuando Lenin hablaba de "madurez excesiva" del capital en los centros imperialistas, se refería a esta manifestación específica que el propio Marx ya había señalado:

Si se envía capital al exterior, esto no ocurre porque sea absolutamente imposible ocuparlo en el interior. Ocurre porque en el exterior puede ser ocupado a una tasa más elevada de ganancia. Pero éste es un capital absolutamente excedente para la población obrera ocupada y para el país dado en general.³⁸

Si la exportación de capital está ligada al desarrollo de las fuerzas productivas y tiene como requisito el mercado mundial preexistente, lo que le da una característica peculiar es su concentración en las redes de los grandes monopolios ubicados obviamente en los países de mayor expresión en el cuadro del capitalismo americano. De esto provienen las dos últimas características fundamentales de la época imperialista señaladas por Lenin: asociaciones internacionales monopólicas que extienden su dominio sobre el planeta entero y división del mismo en diversas áreas territoriales de influencia de las potencias dominantes. De hecho, se estimaba que en la década anterior un grupo de entre mil y dos mil firmas controlaban más de 75 por ciento del producto industrial de Occidente.³⁹ Esta expansión monopólica en la arena de la economía internacional está en la base del desarrollo complementario de las tensiones entre naciones que, de un lado, constituyen la raíz misma de las dos grandes guerras mundiales que marcan el siglo XX y, de otro, son un elemento constitutivo en el sistema permanente de agresiones montado contra los países de la periferia vinculados a líneas de dominación de aquello que Bujarin llamaba los "trusts capitalistas nacionales". En seguida examinaremos este rasgo distintivo de la época actual que consiste en la definitiva división del mundo en naciones dominantes y dominadas. De cualquier modo, cuando después de un *boom* económico mundial que tuvo como fundamento la destrucción sin precedentes de las fuerzas productivas operado durante la

37. K. Marx, *El capital*, t. III, vol. 6.

38. Ídem.

39. Véase Charles Levinson, *Capital, Inflation, and the Multinationals* (Londres, Allan and Unwin, 1972), citado por V. Testa, ob. cit.

guerra nos encontramos nuevamente delante de una crisis de características generalizadas en la economía capitalista y en un contexto marcado por formidables tensiones, entre las cuales la hipótesis de barbarie nuclear no debe ser excluida, se torna difícil escapar al juicio definitivo de Lenin, tan "antiguo" como actual:

Los monopolios, la oligarquía, la tendencia a la dominación en lugar de la tendencia a la libertad, la explotación de un número cada vez mayor de naciones pequeñas o débiles por un puñado de naciones riquísimas o muy fuertes: todo esto ha originado los rasgos distintivos del imperialismo que obligan a calificarlo de capitalismo parasitario o en estado de descomposición.⁴⁰

Nota sobre los países atrasados

Resumamos brevemente lo hasta aquí planteado.⁴¹ A partir de fines del siglo XIX, y completamente después de la Primera Guerra Mundial, la economía internacional queda dominada por la hegemonía del capital financiero y monopolístico en las grandes potencias occidentales. Por eso, en cuanto el desarrollo de las fuerzas productivas de las naciones capitalistas avanzadas tendían a superar sus propias fronteras, el resto del planeta se encontraba aún en un estadio histórico de tipo precapitalista. En esta diferencia, que puede ser entendida como el desnivel de productividad entre las diversas economías y en la disponibilidad distinta de recursos naturales con los que éstas estaban dotadas, reside la base original de la división internacional del trabajo, esto es, de la especialización de distintos países en la producción de mercaderías destinadas al intercambio entre ellos. Dicho de otra manera: el factor determinante de la división internacional del trabajo y el nivel desigual de evolución de las fuerzas productivas. Fue fundamentalmente por esta razón que algunos países surgieron del mercado internacional como productores y exportadores de productos primarios, al mismo tiempo que un número reducido de naciones se dedicó a abastecer al mundo de artículos industriales.

Podemos decir que, a partir de la expansión del capital, como fue anteriormente descripta, pasamos —como afirma Michalet— de la economía internacional a la economía mundial, la primera caracterizada por la transferencia de plusvalía a través del comercio y el intercambio desigual, la segunda por la creación *partout* de valor (a pesar de que —conviene aclarar— una cosa no anula la otra). En esta economía mundial las diversas naciones se integran sea como dominantes sea como dominadas, en un mercado cuyas características son establecidas en función del poder hegemónico poseído por las pri-

40. Lenin, ob. cit.

41. Partes de este capítulo fueron desarrolladas en Pablo Rieznik, "O problema das relações externas: elementos para um debate", São Paulo, Cebrap, mayo de 1979, mimeo.

meras y cuyo origen es el desigual desarrollo previo de las fuerzas productivas. De esta manera, el comercio internacional de mercaderías y los flujos de capitales se estructuran en función de la búsqueda de una mejor tasa de ganancia y de la acumulación de capital centrada en los países desarrollados. El capital que entra en las naciones dominadas ciertamente contribuye para desarrollar el modo de producción capitalista en los países de la llamada "periferia". De esto no se deriva, todavía, que la tendencia sea a una nivelación del desarrollo económico en las diversas partes del planeta. Por el contrario, este crecimiento promovido por factores exógenos al capitalismo en los países atrasados, esto es, por la penetración del capital extranjero, profundiza las diferencias en el ritmo de crecimiento de las diversas partes que constituyen la economía mundial.

"Las burguesías de los países atrasados se encuentran frente al monopolio internacional en la misma situación en que se encuentran las empresas pequeñas de las metrópolis frente a las gigantes, pero hay una diferencia esencial entre los dos casos: las primeras disponen de un aparato estatal que las últimas no pueden ni soñar en dominar."⁴² El monopolio tiende a negar la ley del valor apropiándose, a través del control del progreso técnico y de las condiciones que se derivan de su posición de fuerza en el mercado, de la plusvalía producida en los segmentos no monopolizados. O sea, con relación a estos últimos tiene la posibilidad de obtener siempre tasas de ganancia superiores. Esto se aplica también a la relación entre los países semicoloniales y los imperialistas en la economía mundial. En la cadena del mercado mundial los primeros sirvieron históricamente como fuente de superganancias extraordinarias para el imperialismo. En la última década, la masa de ganancia financiera obtenida por los grandes bancos que prestaron enormes recursos a los países del llamado Tercer Mundo (y que constituyen una parte decisiva y creciente de todos sus beneficios) son una expresión de este fenómeno.

Históricamente, como señalamos, la división internacional del trabajo fue articulada por las ondas de expansión del capitalismo occidental que dividió el planeta entre países industrializados más o menos avanzados y una gran serie de territorios coloniales o semicoloniales, primitivos y atrasados desde el punto de vista de su desarrollo. Estos últimos eran generalmente monoprodutores de algún recurso natural codiciado en los países centrales donde se consumía sea como bien final, sea como insumo. Brasil se integró al mercado mundial como un engranaje más de este sistema, en función del cual se sucedieron las alternativas de su propia economía de origen colonial (ciclo azucarero, minero y cafetero). Hasta bien entrado el siglo XX, Brasil era un representante clásico de la integración de las economías atrasadas a la economía mundial: escasa industrialización interna, monoproducción de exportación como factor clave de realización de la renta nacional, mercado interno extremadamente primitivo, mayoría de población sobreviviendo bajo los niveles de subsistencia, etcétera.

42. V. Testa, ob. cit.

Ahora bien, el atraso no significa estancamiento absoluto y debe ser analizado en el cuadro de la evolución histórica concreta de los países que integran la economía mundial y de las diferencias de su desarrollo productivo, diferencias que se reproducen en el tiempo, a través de constantes modificaciones, incluyendo la semiindustrialización de las naciones de la periferia del sistema. Como afirmamos, la penetración del imperialismo en los países atrasados estimula el desarrollo capitalista. Pero es verdad⁴³ que sería un grave equívoco suponer que lo hace imponiendo las características históricamente progresivas del capital en su primera época: liquidación de las clases representantes del *Ancien Régime*, imposición de la libre competencia, sumisión de las diversas formas del capital al liderazgo de la gran industria, creación de un amplio y relativamente homogéneo mercado nacional, etc.; o sea, creando las bases para un poderoso desarrollo de las fuerzas productivas. Cuando el capital imperialista penetra en los países atrasados, se trata de una variante histórica distinta de aquella que corresponde a su etapa ascendente en los países centrales, una variable que es complementaria a las tendencias dominantes en las metrópolis. Por esta razón, cuando invade nuevas formaciones nacionales no liquida a las viejas clases nativas sino, al contrario, se vincula estrechamente a los representantes sociales del atraso y de la dependencia nacional con relación a la propia metrópoli. De esta forma, somete partes decisivas del aparato productivo a su propio control, coloca bajo su influencia a sectores enteros de la burguesía vernácula —mientras lleva a la ruina a otros— y, en su conjunto, bloquea el desarrollo de la industrialización, entendido como la hegemonía económica de la industria nativa y como rama independiente en el mercado mundial. Por lo tanto, el imperialismo es al mismo tiempo un medio y un obstáculo para el desarrollo capitalista de los países semicoloniales que él mismo intenta controlar, someter y disciplinar.

La denominación de países atrasados como semicoloniales debe ser entendida con relación al status particular que éstos ocupan en el cuadro de la economía mundial dominada por el capital financiero, “una fuerza tan considerable [...] que es capaz de subordinar, y en realidad subordina, incluso a los Estados que gozan de la independencia política más completa”. Corresponde precisamente a la estructura de la economía mundial de la época actual la existencia de las formas más “variadas de países que desde el punto de vista formal, político, gozan de independencia pero que, en la realidad, se encuentran envueltos en las redes de la dependencia financiera y diplomática”.⁴⁴

43. Conforme a la observación hecha en P. Rieznik, “Una discusión sobre la revolución brasileña”, en *Internacionalismo*, Lima, agosto-octubre de 1982.

44. Lenin, ob. cit.

Economía mundial: tendencias y contradicciones

El punto de partida es ahora la economía mundial. Ésta conforma una realidad propia como producto concreto del desarrollo capitalista contemporáneo, esto es, de la articulación histórica de un modo de producción que integra espacialmente al planeta entero como terreno de su propia reproducción. Como la salida del capital de sus países de origen, las relaciones sociales que le son propias adoptan una dimensión universal. Si bien es necesario no olvidar que esto da lugar a un sistema de naciones ricas y opresoras frente a un conjunto de países pobres y sometidos a diversos tipos de dependencia nacional, no es menos cierto que el capitalismo es la forma dominante en todos ellos, no por la población que vincula directamente a su explotación específica sino por su capacidad de disolver y someter las relaciones económicas preexistentes (y que representan un estadio de desarrollo histórico primitivo anterior a la industrialización del capital moderno). Precisamente, la fuerza del capital se deriva, en este caso, del hecho que corresponde a un régimen social históricamente superior y que ha conquistado la hegemonía mundial. En estas condiciones, las peculiaridades nacionales deben ser establecidas como una combinación original, contradictoria, de las características más generales del mercado mundial dominado por el capital monopólico y financiero.

Ésta es la razón fundamental por la cual, desde el punto de vista metodológico, es necesario abordar el estudio del capitalismo mundial como totalidad y no como la suma particular de una serie de capitalismo nacionales. Al contrario, no se pueden enfocar teóricamente los rasgos específicos de estos últimos sino a partir de una comprensión general del desarrollo desigual de la acumulación de capital en el ámbito mundial. Es necesario, por lo tanto, partir

...de la economía mundial considerada no como simple suma de sus unidades nacionales, sino como una poderosa realidad independiente creada por la división internacional del trabajo y por el mercado mundial que, en nuestro tiempo, domina todos los mercados nacionales. Las fuerzas productivas de la sociedad capitalista superaron, desde hace mucho tiempo, las fronteras nacionales. [...] Los rasgos específicos de la economía, por muy importantes que sean, constituyen, en grado creciente, los elementos de una unidad más elevada que se llama economía mundial. [...] La particularidad de tipo nacional es nada más que la cristalización de las desigualdades de su formación.⁴⁵

Como el capitalismo o la economía mundial son la forma en la cual se expresan las tendencias fundamentales del monopolio y del capital financiero, es necesario precisar ahora el modo particular de sus manifestaciones, las contradicciones que provoca y los factores que intervienen en el sentido de

45. León Trotsky, *La revolución permanente* [1930], Barcelona, Fontamara, 1977.

mitigar el ritmo de su desarrollo. La internacionalización, el parasitismo, la eliminación de la competencia, etc., como características propias del capital moderno no pueden imponerse de una manera lineal ni dejan de provocar, por su propia dinámica, una serie de fenómenos que actúan en dirección opuesta a su vigencia acabada. Cabe, por lo tanto, dar cuenta, aunque resumidamente, de los problemas que esto pone en cuestión.

Tenemos, para comenzar, un aspecto fundamental sobre cuya importancia Bujarin ha llamado la atención cuando destacó el proceso de nacionalización del capital que acompaña necesariamente la aparición y extensión de la economía imperialista. En realidad, nacionalización e internacionalización del capital son dos fases de un mismo desarrollo. Ya vimos, en el momento oportuno, que un estímulo fundamental para la exportación del capital surgió de la extensión que alcanzó la utilización de la política aduanera desde el momento en que la protección a los mercados internos se tornó un imperativo para las diversas fracciones de los capitales nacionales. En verdad, la generalización de las tarifas como barreras a la libre circulación de mercancías se transformó, rápidamente, de un instrumento proteccionista defensivo en un arma ofensiva de los monopolios en el mercado mundial toda vez que, permitiendo elevar los precios internos, viabilizaba la competencia en el exterior a precios más reducidos o incluso a través de los mecanismos de *dumping*. Desde el inicio, por lo tanto, la internacionalización del capital fue acompañada por un proceso de nacionalización de la política económica, de establecimiento de mercados internos cautivos, de asociación de los monopolios con su propio Estado para asegurar una mejor posición en la competencia con otros monopolios y otros Estados.

Precisamente la agudización de la competencia en el plano del mercado mundial (que, a su vez, es un factor compensador de su cercenamiento en el mercado interno) —agudización que se da en la lucha por la conquista de mercados consumidores, por el dominio de las fuentes de recursos y materias primas y por las áreas de inversión— provoca esta necesidad de cohesión interna del capital, que es el contenido propio del proceso de nacionalización del capital: "Creación de cuerpos económicos homogéneos, encerrados en las fronteras nacionales y refractarios unos a otros".⁴⁶ La propia gestión de diversos sectores económicos que pasaron de manos privadas al Estado debe ser analizada como resultado de este proceso: la nacionalización de empresas cumple, en este sentido, la triple función de descargar sobre el aparato estatal el costo de sectores en decadencia poco rentables para los capitalistas, impedir su compra por competidores extranjeros y facilitar una cierta regulación compatible con los monopolios nacionales en su conjunto. Otro aspecto del mismo fenómeno se puede verificar en las diversas disposiciones tomadas con vista a impedir una excesiva internacionalización de los *trusts* nacionales. Estados Unidos, por ejemplo, ejerce un fuerte control sobre el eventual deslocamiento de maquinaria y equipamientos productivos considerados es-

46. N. Bujarin, ob. cit.

tratégicos, en tanto en Alemania fue establecida formalmente la prohibición de que cualquier empresa instalase en el exterior una capacidad de producción superior al 25 por ciento correspondiente al total de la misma.⁴⁷

Este movimiento contradictorio es propio, no de la internacionalización de la vida económica abstractamente considerada sino, al contrario, de los límites y las constricciones que resultan del hecho de que el vector de la internacionalización es el propio capital. Es el capitalismo financiero que, "infiltrándose en la economía mundial, crea, al mismo tiempo, una violenta tendencia al aislamiento de los cuerpos nacionales, a la formación de un sistema económico autosuficiente, tendiendo a consolidar su monopolio".⁴⁸

Las consecuencias de este movimiento tienen una serie de desdoblamientos fundamentales que influyen en la evolución de la economía mundial como un todo. Uno de los más importantes consiste en los estímulos que provoca en dirección contraria al parasitismo intrínseco al capitalismo monopolístico. En la medida en que la internacionalización del capital no significa una internacionalización de los intereses de los capitalistas sino que, al contrario, lleva al paroxismo la competencia de los capitales nacionales, el problema de la fuerza necesaria para sustentar esa competencia remite a la cuestión del sistema productivo interno, su capacidad de innovación, su base industrial y tecnológica. El abecé de la guerra, y también de la guerra comercial, de pugna entre los monopolios, incluye entre sus principios más elementales esta condición básica: contar con una retaguardia productiva capaz de dar el respaldo necesario a cualquier confrontación en su forma extrema, que es el emprendimiento bélico directo. De una forma o de otra, los Estados imperialistas, como representantes del gran capital nativo, están obligados a tener en cuenta este desafío. Hipotéticamente, las tendencias que acompañan a la exportación del capital y a la difusión de las relaciones de producción a lo largo del planeta podrán llevar *in extremis* a un desplazamiento completo de la producción industrial más allá de las fronteras, convirtiendo a los países centrales en una especie de paraísos de placer con su población subsistiendo en las condiciones de "rentistas" a partir de la plusvalía extraída del resto del mundo (Hobson, a principios del siglo XX, pintó justamente un escenario de este tipo). Esto, con todo, dejaría a las grandes naciones en condiciones extremadamente vulnerables delante de cualquier conflicto significativo en la arena mundial. No se puede olvidar aún el significado concreto tanto de la lucha de los trabajadores en el interior de cada país como del avance del proceso de expropiación del capital en regiones fundamentales del globo, hechos que constituyen una especie de advertencia permanente al capital sobre los límites de su propia acción.

Finalmente, el crecimiento de la regulación estatal que corresponde a los tiempos modernos puede implicar también en un cierto límite el impulso anárquico y caótico que se origina en el predominio del capital monopolístico y financiero sobre otras formas pretéritas de su existencia.

47. Véase V. Testa, ob. cit.

48. N. Bujarin, ob. cit.

De esta forma, es por una serie de razones convergentes —agudización de la competencia internacional, amenaza de revolución social, relativa autonomización de la tecnología y de la ciencia, etc.— que la marca del parasitismo en la economía mundial aparece atenuada y se desenvuelve a través de zigzags y contradicciones que traducen en la evolución concreta del sistema la presencia de estas diversas determinaciones.⁴⁹ Con todo, no se debe concluir de esto que el resultado final del conjunto de variables que operan en el mercado mundial es aleatorio o consiste en la suma formal de elementos cuya resultante es teóricamente imprevisible. Los denominados “factores compensadores o atenuantes” no suspenden las tendencias que marcan la propensión o inclinación general del movimiento, tendencias que, en el plano científico, constituyen una categoría que corresponde al movimiento real y sirven para indicar el sentido y la dirección general que este último adopta.

Cuando se examina la economía mundial en su conjunto, este punto de partida metodológico (y es apenas en esta temática que nos concentramos en estas páginas) se revela fundamental para destacar las tendencias que orientan al todo como un conjunto de abstracciones reales pertinentes. En el análisis de lo concreto, la evaluación de los diversos períodos y de las distintas circunstancias, es necesario ver la traducción específica de esa totalidad orgánica. Si las crisis —y el presente es un momento de crisis— pueden ser analizadas como la hora de la verdad del capital, cuando sus contradicciones tienden a explotar de una manera convulsiva, esto no significa que su naturaleza real no puede ser percibida en todo su movimiento, cuyas sístoles y diástoles pertenecen a la esencia fundamentalmente anárquica de la estructura y la superestructura que sobre ella se levantan y que en la época del imperialismo abarca la economía mundial como un todo.

Por esto, y a modo de conclusión, vale la pena incluir una cita que, a pesar de su extensión, tiene la virtud de condensar y articular lógicamente algunos de los principales conceptos que aquí intentamos explicitar sobre el contenido de la economía mundial contemporánea:

El capitalismo surge cuando las diferentes partes de la humanidad se encuentran en grados distintos de evolución, cada una de las cuales contiene profundas contradicciones internas. La gran variedad de niveles alcanzados y la extraordinaria desigualdad del ritmo de desarrollo de las diversas partes de la humanidad, en el curso de los diferentes períodos, constituyen el punto de partida del capitalismo. Apenas gradualmente domina la desigualdad que heredó, la torna evidente y la modifica empleando sus propios métodos y marchando por sus propios caminos. En esto, distinguiéndose de los sistemas económicos que lo precedieran, el capitalismo tiene la propiedad de tender continuamente a la expansión económica, de penetrar en regiones nuevas, de vencer las diferencias económicas, de transformar las economías provinciales y nacionales, encerradas en sí mismas, en un sistema de vasos comunicantes, de aproximar, de igualar el

nivel económico y cultural de los países más avanzados y más atrasados. [...] Sin embargo, al aproximar a los países y al igualar el nivel de su desarrollo, el capitalismo opera con sus métodos, esto es, con métodos anárquicos que minan continuamente su propio trabajo, oponiendo un país y una rama de producción a otra, favoreciendo el desarrollo de ciertas partes de la economía mundial, frenando o paralizando otras. Solamente la combinación de estas dos tendencias fundamentales, centrípeta y centrífuga, nivelación y desigualdad, ambas consecuencias de la naturaleza del capitalismo, nos explica el vivo entrelazamiento del proceso histórico. [...] A causa de la universalidad, de la movilidad, de la dispersión del capital financiero, que penetra en todas partes, de esta fuerza propulsora del imperialismo, se acentúan aun más esas dos tendencias. El imperialismo une con mucha más rapidez y profundidad en uno solo los grupos nacionales y continentales; crea entre ellos una dependencia vital de las más íntimas, aproxima sus métodos económicos, sus formas sociales y sus niveles de evolución. Al mismo tiempo, persigue este “fin” que es suyo por procedimientos tan antagónicos, dando tales saltos, efectuando tales *razzias* en los países y regiones atrasados que el mismo perturba la unificación y nivelación de la economía mundial, con violencias y convulsiones que las épocas precedentes no conocieron.⁵⁰

Tal es, como afirma el autor, el abordaje “dialéctico y no abstracto y mecánico” que puede abrir el camino para la comprensión adecuada de la economía mundial de nuestros días.

49. Véase V. Testa, ob. cit., cap. VI.

50. León Trotsky, *La III Internacional después de Lenin*, Buenos Aires, El Yunque, 1974.

Bibliografía citada

- AA.VV., *Contra la cultura de trabajo. El derecho a la pereza*, Buenos Aires, Ediciones RyR, 2002.
- ALBORNOZ, S., *O que e trabalho*, São Paulo, Cortez, 1998.
- BIDET, J., "Le travail fait époque", en J. Bidet y J. Texier, ob. cit.
- y J. TEXIER, *La crise du travail*, París, Actuel Marx-Presses Universitaires de France, 1995.
- BRAVERMAN, H., *Trabajo y capital monopolista*, México, Nuestro Tiempo, 1987.
- BUJARIN, N., *O imperialismo e a economia mundial* [1915], Río de Janeiro, Laemert, 1969.
- CIPOLLA, C., *La población mundial*, Buenos Aires, Eudeba, 1968.
- CHALMERS, A., *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, México, Siglo Veintiuno, 2000.
- COHEN, B., *The Question of Imperialism*, Nueva York, Basic Books, 1973.
- DOCKES, P., *A internacional do capital*, Río de Janeiro, Zahar, 1976.
- ENGELS, F., *El papel del trabajo en la transformación del mono al hombre* [1896], en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, 1981.
- FREYSSINET, M., "Historicité et centralité du travail", en J. Bidet y J. Texier, ob. cit.
- GEYMONAT, L., *El pensamiento científico*, Buenos Aires, Eudeba, 1984.
- GOULD, S.J., "La postura hizo al hombre", en *Razón y Revolución*, N° 2, Buenos Aires, primavera de 1996.
- GROSSMANN, H., *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, México, Siglo Veintiuno, 1979.
- LECAUTE, Ch., *Internacionalización del capital e imperialismo*, Barcelona, Fontamara, 1978.
- LENIN, *El imperialismo, fase superior de capitalismo* [1916], Moscú, Progreso, 1979.
- LUXEMBURG, Rosa, *Introducción a la economía política*, México, Siglo Veintiuno, 1988.

- MANACORDA, M., *Marx e a pedagogia moderna*, São Paulo, Cortez, 1996.
- MANDEL, E., *"El capital": cien años de controversias en torno a la obra de Marx*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1978.
- , *La formación del pensamiento económico de Karl Marx*, México, Siglo Veintiuno, 1986.
- MARX, K., *Grundrisse. Elementos fundamentales para la crítica de la economía política [1857-1858]*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1973, 3 t.
- , *El capital [1864-1877]*, México, Siglo Veintiuno, 1977.
- , *Contribución a la crítica de la economía política [1865]*, en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, t. 3, 1981.
- , *Manuscritos económico-filosóficos [1844]*, Madrid, Alianza, 1993.
- , *Trabajo asalariado y capital [1847]*, Buenos Aires, Anteo, 1987.
- y F. ENGELS, *Manifiesto comunista [1848]*, Buenos Aires, Cuadernos Marxistas, 2000.
- MESZAROS, I., *La teoría de la enajenación en Marx*, México, Era, 1970.
- MICHALET, A., *Le capitalisme mondial*, París, Presses Universitaires de France, 1976.
- NAPOLEONI, C., *Teoria(s) do valor (na Economia)*, São Paulo, Hucitec, s/f.
- NAREDO, J.M., *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1987.
- NAVILLE, Pierre, *De l'alienation à la jouissance. Genèse de la sociologie du travail chez Marx et Engels*, París, Gallimard, 1957.
- y G. FRIEDMANN, *Sociología del trabajo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958.
- RIEZNİK, P., "O problema das relações externas: elementos para um debate", São Paulo, Cebrap, mayo de 1979, mimeo.
- , "La pereza y la celebración de lo humano", Actas del III Congreso Latinoamericano de Sociología, Buenos Aires, mayo de 2000.
- , "Una discusión sobre la revolución brasileña", en *Internacionalismo*, Lima, agosto-octubre de 1982.
- ROSDOLSKY, R., *Génesis y estructura de El capital de Marx*, México, Siglo Veintiuno, 1978.
- RUBIN, J., *Ensayos sobre la teoría del valor*, México, Pasado y Presente, 1979.
- RUSSELL, B., *La perspectiva científica*, Buenos Aires, Ariel, 1981.
- SCWARTZ, O., "Circulations dramatiques, efficacités de la activité industrielle", en J. Bidet y J. Texier, ob. cit.
- STROOBANTS, M., *Sociologie du travail*, París, Nathan, 1993.
- SWEETZ, P., *Teoria do desenvolvimento capitalista*, Río de Janeiro, Zahar, 1976.
- TESTA, V., *El capital imperialista*, Buenos Aires, Fichas, 1973.

- TROTSKY, L., *La III Internacional después de Lenin*, Buenos Aires, El Yunque, 1974.
- , *La revolución permanente [1930]*, Barcelona, Fontamara, 1977.
- , *1905: balance y perspectivas [1906]*, Buenos Aires, El Yunque, 1984.
- WAGEMAN, E., *Estructura y ritmo de la economía mundial*, Barcelona, Labor, 1937.